

Aunque se acabe este mundo o nuestras vidas

Historias del Nudo del Paramillo

Aunque se acabe este mundo o nuestras vidas

Dice mi tío que era el animal más hermoso que ha visto, que tenía el pelo pegaito al cuero, lisito y con visos azules, que el día que lo vio llovía y el agua le resbalaba por el pelaje. Dicen que esa pantera era más salvaje que el propio tigre, y eso ya era mucho decir, porque en esa época el tigre se sacaba a los pelaos por entre el cerco de Achama.

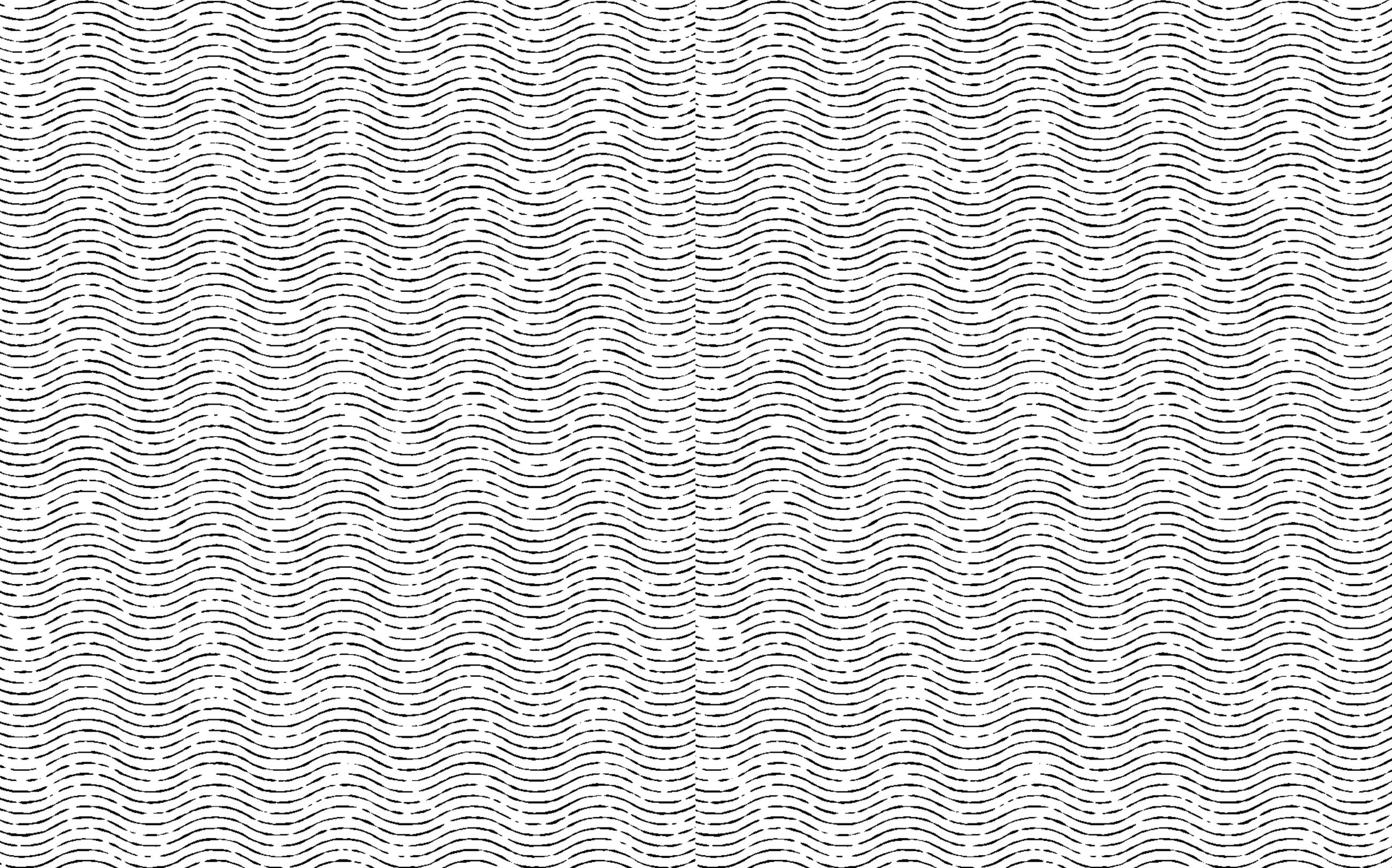


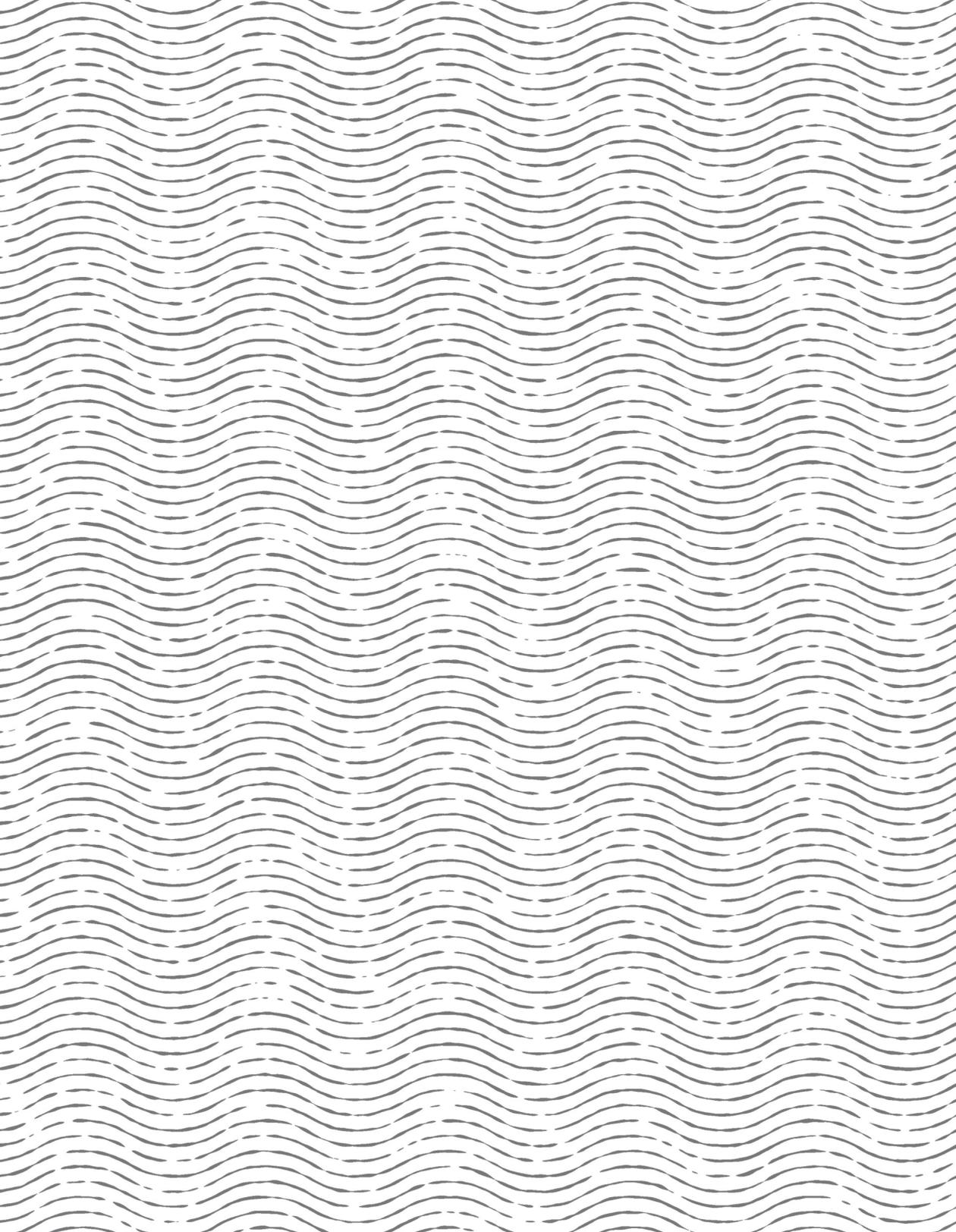
Cuentos basados en las memorias
de la comunidad campesina de la Vereda
Santa Anita Municipio de Tierralta, Córdoba.

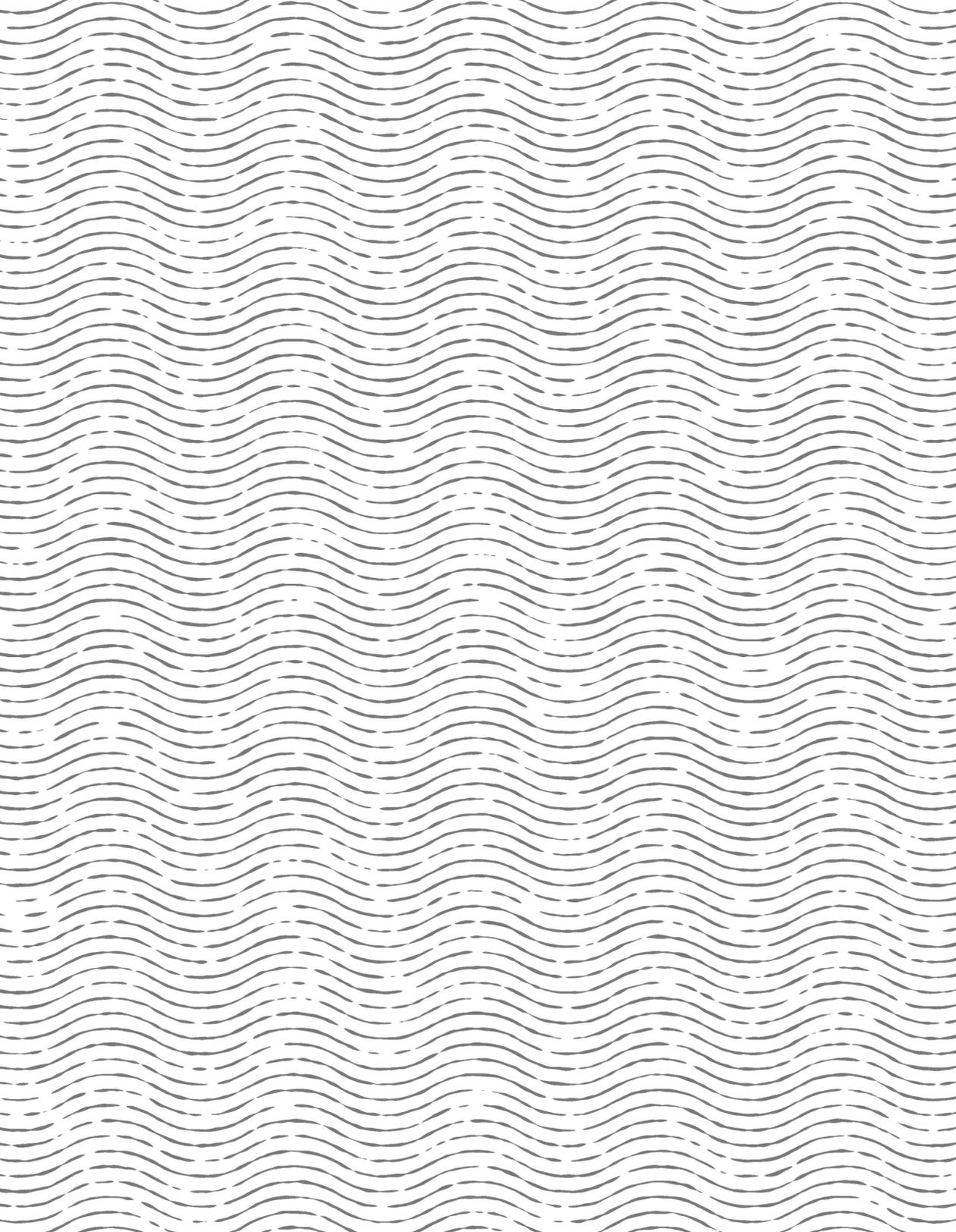
ISBN: 978-958-49-8960-4



9 789584 989604





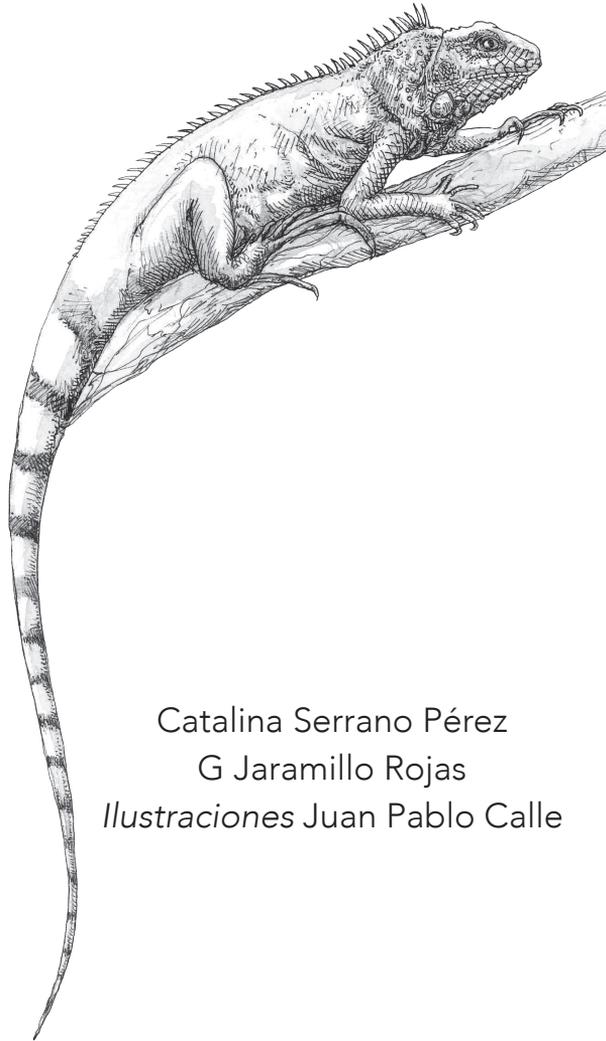


**AUNQUE SE ACABE ESTE MUNDO
O NUESTRAS VIDAS**

Historias del Nudo del Paramillo

AUNQUE SE ACABE ESTE MUNDO O NUESTRAS VIDAS

Historias del Nudo del Paramillo



Catalina Serrano Pérez
G Jaramillo Rojas
Ilustraciones Juan Pablo Calle

Introducción

El Nudo del Paramillo es uno de los lugares más intrincados de la realidad colombiana. En su sistema montañoso palpitan las contradicciones de la cordillera central andina, los bosques del Urabá y las planicies hacendadas de la costa caribe. Aunque fue declarado zona de conservación natural en los setenta, desde hace más de cien años este territorio ha sido habitado por poblaciones indígenas y campesinas que se resguardaron en sus bosques huyendo de fenómenos de despojo territorial y violencia, construyendo allí corregimientos enteros, que en los noventa fueron borrados del mapa en medio de un conflicto que involucró megaproyectos hídricos, así como estrategias paramilitares y guerrilleras de dominio territorial.

Las siete historias aquí narradas son crónicas de ficción resultado del diálogo entre una de las investigaciones ganadoras de los estímulos del ICANH 2020: “Los campesinos del Nudo del Paramillo, despojo y reproducción de la

vida en una región de frontera agraria”, de Catalina Serrano y la interpretación periodística y literaria de G Jaramillo Rojas. Los autores esperamos generar un acercamiento tanto a la realidad del territorio, como a la infinidad de maneras que existen para abordarlo imaginariamente, con el objetivo puntual de reconstruir los lazos de la memoria que el tiempo no solo va borrando, sino que, en el peor de los casos, la desnaturaliza.

Deseamos, entonces, que estas historias sean una excusa para que las nuevas generaciones reconozcan la historia de sus antepasados y que les sirvan como testimonios de vida para sobreponerse al olvido y valorar el entramado sociocultural que ha sabido determinarlos como individuos. Ahora bien: ¿por qué crónica de ficción? Es sencillo: eso que llaman realidad no es otra cosa diferente a la multitud de percepciones que se desprenden de un hecho aparentemente común, pero que es interpretado de formas diferentes por quienes viven u observan el contexto. Así las cosas, la crónica de ficción nos permite transitar aquellas percepciones de maneras en las que los lectores pueden verse reflejados, sin caer en la teatralización de una realidad para someterla al difícil juicio de la objetividad. Damos prioridad a la imaginación, ya que por medio de esta es que puede superarse cualquier tipo de verdad, feliz o dolorosa, y proyectarla sobre las estancias de lo soñado o, en otras palabras, de lo fantásticamente posible.

Autores

Catalina Serrano Pérez (Tunja, 1990). Antropóloga, educadora popular y viajera. Investigadora de la memoria de las poblaciones rurales de Colombia, los territorios de frontera agraria, dinámicas del conflicto armado y defensa de derechos humanos.

G Jaramillo Rojas (Bogotá, 1987). Sociólogo, periodista y docente. Autor de los libros *Sur* (Fallidos Editores, 2019), *Cubanías* (9editores, 2020), *Sal* (Fallidos Editores, 2021) y *Sensorium. Historias bogóticas* (9editores, 2021).

Índice

Cometierra. *G Jaramillo Rojas*

Edelia. *Catalina Serrano Pérez*

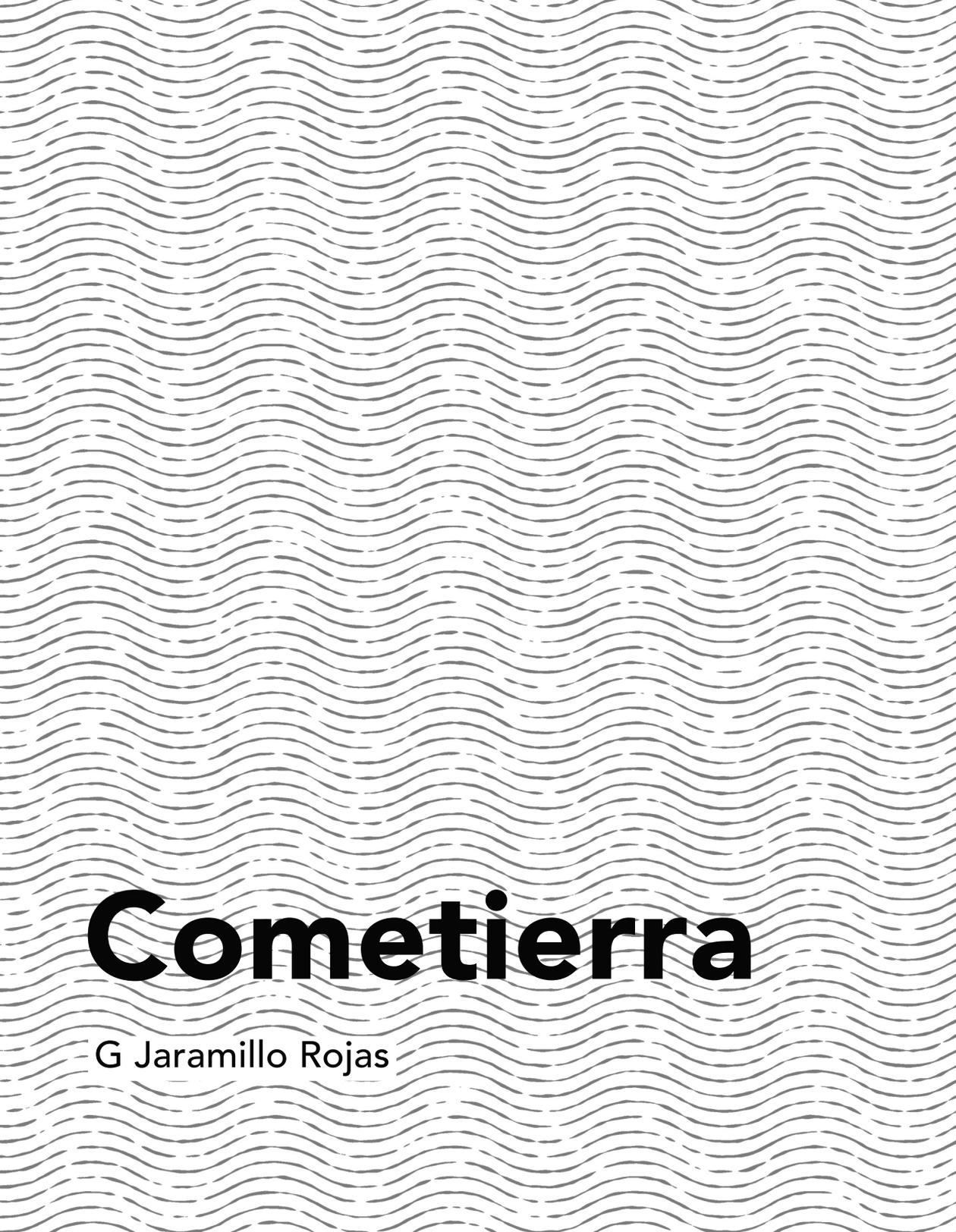
Usted vea, pero no toque. *G Jaramillo Rojas*

Aunque se acabe este mundo o nuestras vidas.
Catalina Serrano Pérez

Doncel Marroquín. *G Jaramillo Rojas*

El tiempo de la selva. *Catalina Serrano Pérez*

Fuego bajo la ceniza. *G Jaramillo Rojas*

The background of the entire page is a repeating pattern of thin, wavy, horizontal lines in a light gray color, creating a textured, water-like effect.

Cometierra

G Jaramillo Rojas

A Juan José Altamirano le pusieron un revólver en la cabeza. Nosotros no somos bobos, le dijeron. Sabemos que usted se llama Julio. Juan José se mantenía sereno. Tenía claro que si tenía que morir aquella mañana sería diciendo la verdad. No señores, yo me llamo Juan José, pero si me parezco a Julio es porque él es mi hermano, respondió una y otra vez. La mezcla de calor y angustia se traslucían en un sudor denso y amarillento. La camisa de Juan José no solo permanecía entrapada, sino completamente sucia debido a la cantidad de veces que lo habían arrojado al suelo. Yo solo soy un campesino, esta es mi tierra y no le debo nada a nadie, repetía. El dolor era una mirada aguda que se perdía en el cielo o en las copas de los árboles. Juan José pensó en su padre, hombre desplazado como él que jamás pudo retornar. Cuando Juan José volvió sabía que esto podía pasar en cualquier momento. Y el momento había llegado: otra vez lo estaban doblando cara al abismo de la historia de su familia. Como una mata de arroz que saca el gajo permanecía con el rostro lleno de barro y un



revólver paramilitar ceñido a la coronilla. La primera vez que salió corriendo con su familia, Juan José tenía 14 años. Aquella vez sus padres abandonaron 8 mulas, 26 vacas y 4 caballos. Ahora, cuando tiene 40, las cuentas vuelven a ser igual de claras: 6 mulas, 39 vacas, 7 caballos, 11 cerdos y medio centenar de gallinas. Él sabía que no debía estar por ahí, exponiéndose a problemas que nada tenían que ver con él pero que por el solo hecho de habitar la región lo hacían partícipe. No obstante, hay cosas que, en definitiva, la gente tiene que hacer personalmente. Horas antes de su captura Juan José desayunó sancocho con huevos y café, besó a su esposa en la frente y salió a cerrar la venta de 2 de sus mulas y 4 vacas.



Aquella primera migración obligada llevó a la familia Altamirano a Medellín, aunque la familia habría de llegar incompleta a la capital antioqueña, debido a que en una de esas largas caminatas el papá de Juan José sufrió un infarto y murió repentinamente. Entre Juan José, Julio y Joaquín levantaron a su padre y lo cargaron, metido entre costales dos días enteros, sorteando montañas y valles, ante la mirada atónita de campesinos e indígenas. Lo enterraron en un campo cerca a un río. La madre y sus hermanas prepararon el cuerpo, le cantaron, lo lloraron, lo despidieron y siguieron el viaje. Una muerte de la que aún nadie se recupera. Después, hubo una segunda migración. Juan José y sus hermanos regresaron a la región. La madre y las hermanas se quedaron en Medellín. Iban y venían, mientras trabajaban pequeñas parcelas aledañas a

la que antes era su tierra. Levantaron una casa y Juan José y Julio se quedaron a vivir. Cuando todo estuvo listo, Joaquín decidió regresar e instalarse en Medellín. Así pasaron tres años, aparentemente tranquilos, sin inconvenientes de ningún tipo, hasta que otra vez surgió de la nada aquella voz ronca y virulenta, que amenaza y cumple y, sin más, propició un nuevo desplazamiento. De esa segunda vez a Juan José le quedó enquistado un pequeño plan: ahorraría para comprar un revolver, legal, no para delinquir sino para autoprotegerse de la realidad que alguien le había forzado a cargar como propia.



Los paramilitares le gritaron, a lo lejos: Julio, Julio Altamirano, deténgase o se arrepentirá. Juan José avanzó hacia la maleza de una quebrada con la intención de confundirlos y fue cuando escuchó un par de tiros. Él sabía que esos tiros habían sido disparados al cielo, pero que eran la primera sentencia de muerte si no acataba las órdenes. No le quedó otra que bajarse del caballo y llenarse de valor, mientras escuchaba a los hombres acercarse. Cuando lo vieron, cuatro hombres se abalanzaron sobre él, mientras otros dos dirigían la escena. Le quitaron la peinilla que había heredado de su padre, la montura de la bestia, el sombrero de cuero y el revolver. ¿Si no debe nada por qué anda armado?, le preguntaron. Juan José calló. Mire Julio... Yo no soy Julio, soy Juan José. Mire Julio... Que no soy Julio. La peinilla fue instalada en el cuello de Juan José. Mire, acá arriba vive doña Berta, ella me reconoce y puede decirles cómo me llamo. Uno de los hombres que dirigía la escena agarró

cuesta arriba y al cabo de media hora volvió con doña Berta. La mujer, asustada, respondió afirmativamente: Sí señores, él se llama Juan José y yo no tengo nada que ver con él, sé su nombre porque Julio, el hermano, en algún momento hizo negocios de animales con uno de mis hijos. ¿Y Julio? ¿Usted lo ha visto por acá? Doña Berta movió la cabeza negativamente. Los paramilitares empuñaron el revólver de Juan José y le espetaron: díganos dónde está su hermano o le volamos la cabeza con su propio revolver. Yo no tengo nada que esconder, el hermano mío está en la casa. Pueden ir a buscarlo allá. Ustedes saben dónde vive él, pero les aseguro que él tampoco tiene velas en este entierro. ¿Cuál entierro?, le recriminaron. Pues él es campesino como yo y no se mete con nadie: ustedes tienen mal la información. Uno de los hombres dio la orden de ir a buscar a Julio. A esa altura ya habían llegado seis hombres más. Dos horas pasaron, el bochorno del mediodía acechaba con potencia, hasta que llegaron con Julio. Lo traían sin camisa, descalzo, con las manos amarradas y un grueso collar al pescuezo. Juan José intuía la ejecución y no se dejó amarrar las manos: si me van a matar mátenme suelto, les dijo, con rabia hacia afuera, pero enteramente espantado por dentro. La voz del comandante se hizo escuchar: como está tan bravito, no lo amarren, pónganlo a comer tierra, que nunca se le olvide el sabor de la tierra. Suelten a mi hermano, suplicó Julio. ¿Por qué nos quieren matar?, preguntó Juan José. El comandante insistió: ¡llénelo la boca de tierra a ver si se calla! Miren, si nos van a matar por favor no nos tiren al río, es lo único que les pido, dejen que nos encuentren y nos despidan como a todo el mundo, no les tengo miedo y si no estuviera

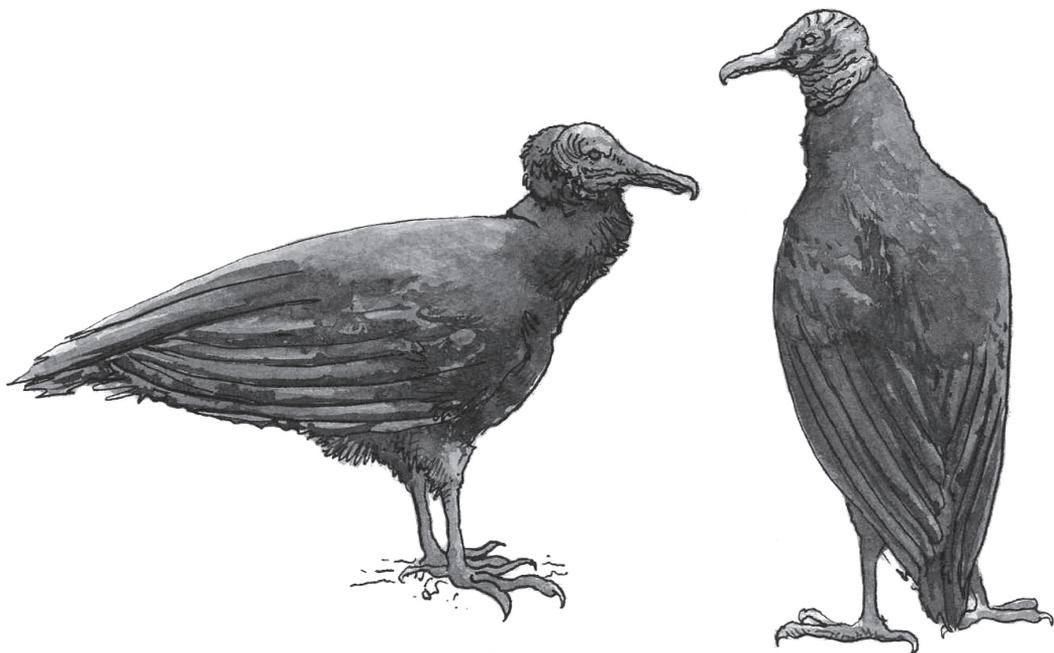


amarrado hasta les quito los fusiles y por lo menos a uno me llevo, dijo Julio. El comandante quedó fascinado con las palabras de Julio y, entre silbidos de pájaros, le expresó suavemente: Mire, hombre, gente así es que necesitamos para la guerra, si usted es tan verraco podría demostrarnos que hace cualquier cosa ¿no? Le damos un arma y listo. Julio miraba fijamente el rostro sufriente y embadurnado de su hermano. A mí me gusta un arma de trabajo y hasta la compro, pero a mí armas regaladas no me gustan y para hacer maldades menos, me da mucha pena, pero si nos van a matar háganlo, pero por la verdad, que por la verdad murió Cristo. Todos los hombres escuchaban con atención la extraña conversación entre Julio y el comandante. Mire cucho —habló el comandante— de tanta persona que yo he lidiado y me ha tocado ajusticiar, la única a la que voy a perdonar es a usted y quiero hablarle por las buenas porque hay que ser muy hombre para pararse así ¿me entiende? Le pregunto puntualmente y espero me responda con más puntualidad: ¿Usted fue el que dio bala a los primos Valencia? Los cacaoteros de La Esperanza. Fíjese cómo los mataron de feo, por la espalda, la verdad que hay que ser muy hijueputa para eso ¿no le parece? Y ahí, en frente de las mujeres y los hijos. Eso no se hace. Un no rotundo salió de la boca de Julio: no señor, yo no he matado a nadie. El comandante prendió un cigarrillo y se lo fumó todo, pausadamente, en completo silencio, dándole la espalda a la escena. Veá, Julio, le voy a perdonar la altanería, porque usted es un valiente y de pronto lo voy a necesitar en la guerra. Los sollozos de Juan José interrumpieron al comandante. Suéltelo —gritó— ¿o es que quieren matarlo? No

sean malparidos, déjenlo respirar el aire de esta mañana maravillosa. Juan José se incorporó y completamente agitado fue a vomitar entre la maleza. El barro en su rostro ya estaba seco. No me vuelva a recalcar eso porque yo no lo voy a acompañar a ninguna guerra, no quiero participar en grupos armados ni nada de eso, si lo hiciera me meto, pero del lado del gobierno y para pelear por el país contra otro país, no a esta vaina sin sentido, terminó Julio. Tranquilo papá —replicó el comandante— de alguna forma nosotros también somos el gobierno.



Juan José permanecía mareado y dolorido. Intentaba limpiarse el rostro y dejar de lado el espanto, cuando escuchó el tiro que le quitó la vida a Julio. No quiso mirar. Se acurrucó con las manos entre la cabeza. Allí quedó entumecido, impidiendo el brote de las lágrimas y con la sangre trémula a punto de reventarle las venas. Lo último que escuchó fue la voz del comandante: Oiga, cometierra, nosotros no somos ladrones. Ahí le dejamos su revólver encima de la valentía de Julio, su hermano. Tiene veinticuatro horas para irse y no volver nunca más por acá y si se pone de bocón a decir lo que no pasó, le caemos a Medellín y le aplicamos la de los sapos ¿entendió? Juan José dejó que se fueran aquellos hombres aciagos. Cuando ya solo se escuchaba el dócil rugir de la selva y el susurro inmortal de la quebrada, Juan José se acercó al cuerpo de Julio, retiró el revolver, le levantó la cabeza, le cerró los ojos y empezó a recitar, con los labios negros y el tufo de su tierra: *Dale señor el descanso eterno y brille para su alma la luz perpetua.*



Edelia

Catalina Serrano Pérez

Tení 18 años la primera vez que salí del Manso. Fuimos con mis primos y una tía en balsa. Como era invierno bajamos ligero y en tres días ya estábamos en Frasquillo Viejo. Tuvo que enfermarse Ismael para que me dejaran viajar. Mi papá siempre dijo que las mujeres éramos para la casa, no para el monte, y mucho menos pa' andar en el río. Después de Ismael seguía yo, y atrás mío mi mamá parió otros cinco pelaitos que para ese momento todavía estaban chiquitos. Entonces, como no había nadie más, me tocó esa vez bajar a mí con los cerdos.

Mis primos le hicieron un entambao' al chiquero y ahí metieron los cerdos. Eran 50 juntando los de los Rodríguez. Los metimos todos y les llevábamos su maicito y les íbamos echando agua por el camino para que no sufrieran el viaje y, cuando nos cogía la noche, buscábamos un playón y ahí mismo amanecíamos para embarcar nuevamente. El viaje me tocó fácil, porque en verano cuando el agua está bajita podía demorarse más, hasta 8 días bajando y más del doble subiendo.

Ni imaginar cómo habrá sido en épocas de los mayores, que hacían un atao' de 50 animales y los bajaban por un camino que atravesaba el monte. Esa gente sí era muy verraca, echaban los cerdos en manada por un camino que salía del Manso y llegaba a la Esmeralda, de Esmeralda a Torres y de Torres a Río Verde hasta el cerro, y por ahí volteaban hasta Carepa. Era como un mes de viaje. Eso sí que era muy duro, tocaba llevar escopeta y de noche prender antorchas para espantar las fieras.

Abel, mi tío, siempre contaba que en una de esas se encontró con la pantera negra. Cuando yo lo escuchaba me daba como un escalofrío de solo imaginarme ese animal deslizándose en la oscuridad. Dice mi tío que era el animal más hermoso que ha visto, que tenía el pelo pegaito al cuero, lisito y con visos azules, que el día que lo vio llovía y el agua le resbalaba por el pelaje. Dicen que esa pantera era más salvaje que el propio tigre, y eso ya era mucho decir, porque en esa época el tigre se sacaba a los pelaos por entre el cerco de Achama.

Lo cierto es que en un descanso del viaje mi tío Abel cruzó al otro lado del río y allá se la fue a encontrar. Estaba encima de un árbol con la mirada fija y empezó a hacer un gruñido profundo que casi hace desmayar a mi tío del susto. A ese animal no se le daba nada de ver a los hombres, al contrario, ya estaba dispuesto a atacar a mi tío. Él, ligero sacó el choco y le fue echando candela. Qué sentimiento le dio cuando vio caer a semejante bestia desde allá arriba hasta el suelo, pero pues no podía hacer otra cosa. Al final resultó bueno el cuento porque

por ese cuero le dieron una buena plata en Antioquia, y con eso se hizo a varias cositas, entre ellas unas botas que le duraron años. Unas botas que siempre le recordaban al animal.

Pero volviendo al cuento, yo no sé qué se le dio a mi papá para dejarme ir esa vez, siendo yo toda una señorita. Aunque claro, en esa época uno no tenía miedo de nada porque todo el mundo era la misma familia: ese es mi tío, ese es mi primo, mi abuela, mi abuelo, pa' donde quiera que uno cogiera pal lado del Sinú, pal lado del Manso, era la misma familia. La misión del viaje era bajar los cerdos, negociarlos y con la plata comprar una medicina para Ismael, unas telas para mi mamá y sal. En esa época no era que hiciera falta comprar muchas cosas. Allá arriba lo teníamos todo. Si necesitaba jabón con la misma grasa del cerdo se hacía, si necesitaba grasa para fritar tenía el fruto de la palma Mil Pesos, el azúcar se sacaba de la caña, no el propio azúcar, pero sí la miel y el guarapo, y así, todo lo iba sacando uno de la naturaleza y por eso la gente era más recursiva, más despierta.

Entonces, como le venía diciendo, yo en ese viaje fui tan feliz... ¿Sabe? Porque yo nunca había salido de la vereda. Lo más lejos que había estado era ahí por las Bocas del Manso y, de ahí para abajo, todo fue novedad para mí. Además ¡cosas de mi Dios, yo no sé! Pero justo en ese viaje me tocó a mí estar con Mateo. Y es que me acuerdo claritico... ya yo a Mateo lo había visto en una fiesta en diciembre. Él era de Zancón. En esa época uno pasaba un diciembre y se quedaba con esas ganas de que llegaría

el otro, pero los años eran larguísimos, eternos. No como ahora que llega uno y al ratico ya viene el otro.

Entonces para el diciembre de esa fiesta yo me acuerdo de que me tocó convencer a mi papá para que me dejara ir. Porque es que en ese entonces sí que era fregado. Eso hasta que uno no cumpliera los veinte años no podía mirar por ahí a nadie, ni nadie mirarlo a uno. Como que existía ese pudor de antes... Me tocó fue convencer a mi hermano Diógenes ¡imagínese eso! El pelao tenía 10 años menos que yo, pero me tocaba llevarlo de chaperón. Si Diógenes no iba me tocaba quedarme guardadita en la casa.

Me acuerdo de que tenía un muñequito de madera. Eso era como un saltarín, uno de esos que llaman ahora ¿cómo es? Un gimnasta, creo. Era como un muñequito colgado de una pita que estaba metida entre dos varas largas, con un palo cortiquitico atravesado en la mitad. Uno le espichaba los palos abajo y el muñeco daba el bote en la parte de arriba ¿si me entiende? Era bonito bonito ese muñeco. Con pinticas azules y blancas, todo en maderita tallada. De esas cosas que ya no se ven. Pues me tocó entregárselo al Diógenes para que me llevara a la fiesta. De la fiesta no me acuerdo mucho, sí que era con radiola, de esas que uno le giraba la manivela, porque allá ni luz eléctrica. Bailamos unas dos canciones, yo creo. Mateo le pidió permiso a Diógenes para dos piezas, y dos piezas bailamos, pero nada más.

De lo que más me acuerdo es de ese viaje. De ese sí me acuerdo bien. Uff, es que usted hubiera visto esos

paisajes: el agua del Sinú allá arriba era como de un verde esmeralda, clarita clarita, mientras en el Tigre y en el Manso el agua era un poquito más turbia, pero si usted la cogía entre las manos ya se daba cuenta de que era transparente. Y dulce, eso sí, no como el agua aquí abajo que ya viene salada y caliente. Allá era dulcecita, yo creo que porque nacía ahí mismo en la montaña. Entonces imagínese uno ir navegando en esa agua que parecía como azul turqués, como esmeralda, eso era una maravilla. Donde había casas todo era más fresco y en la orilla del río se veía puro bijao, tacana, iraka y rastrojo. Y ya en unos poquitos pedacitos de montaña era que el monte se ponía espeso y no dejaba pasar la luz, entonces uno veía esos árboles que sin mentirle eran de diez arcadas. ¡Eso era una cosa impresionante!

El Mateo iba de aquí para allá y de allá para acá. A mí sí me llamaba la atención, pero yo como que no lo miraba mucho, porque es que yo iba a lo que iba, y para qué, pero yo siempre fui muy responsable. En todo caso yo si sentía esa tensión cuando él pasaba por ahí cerquita. Me tocaba dejar la cabeza gachaita para no ir a cruzármele con la mirada, y así de reojito como que ya yo me fui acostumbrando a su presencia. Como que fui perdiendo el susto y la vergüenza. Alguna cosa hablamos, pero yo no era capaz de mirarle la cara, me quedaba mirándole el torso, los brazos, las gotas de agua. Igual, eso a él no se le dio nada. Al final nos sentamos en el borde de la balsa a contemplar el paisaje. Yo solo miraba hacia el frente, como entre nerviosa y tranquila, y ahí poquito a poco resultamos en la charla.





Nos quedábamos mirando el agua y, en un remolino de esos, usted miraba y eso de pronto era piedra, y no era piedra, era puro pescao, sí, puro pescao, a eso le decían el cardumen, y así cualquier remolino que usted veía que era hondo, era pescao. —Mira, allá hay un cardumen de pescao— le señalaba yo con el dedo. Ya Mateo y los otros pelados tiraban el anzuelo pa' acá o pa' allá y eso le salía un rubio o un bocachico. Viajamos en la subienda, me acuerdo, por ahí en noviembre. Ya el verano estaba para entrar, entonces se veía el pescao por toda la orillita así en filita... eso si fue algo que no se volvió a ver jamás.

Llegamos a un punto que había un chorro. Bueno, con el embalse ya ese chorro desapareció. Ya no se nota casi, pero en ese tiempo era un chorro que para subir el pescao ahí era difícil porque el agua tenía como una caída. Entonces había un poco e' gente, como indígenas. Yo era la primera vez que iba por tierras de indígenas, y ahí estaban parados en las piedras comiendo pescao con chócolo. Porque el pescao llegaba ahí y para poder subir lo que hacía era que saltaba. Eso el pescao brincaba y brincaba, usted viera...

El Mateo se lanzó pa allá pa ve cómo es que era eso, y yo como venía apurada me recosté en la balsa. Bueno, pasó un rato y yo a ese pelao' no lo vi más, yo no sé. Yo veía a todos menos a Mateo, y me entra como esa angustia. Yo no sé, si a lo mejor yo... yo no sé, pero a mí me entró como esa angustia de no verlo más, como esa ansiedad. Yo me río ahora porque es que yo creo que eso no era para tanto, pero como ya yo... Y bueno, cuando aparece ese pelao'

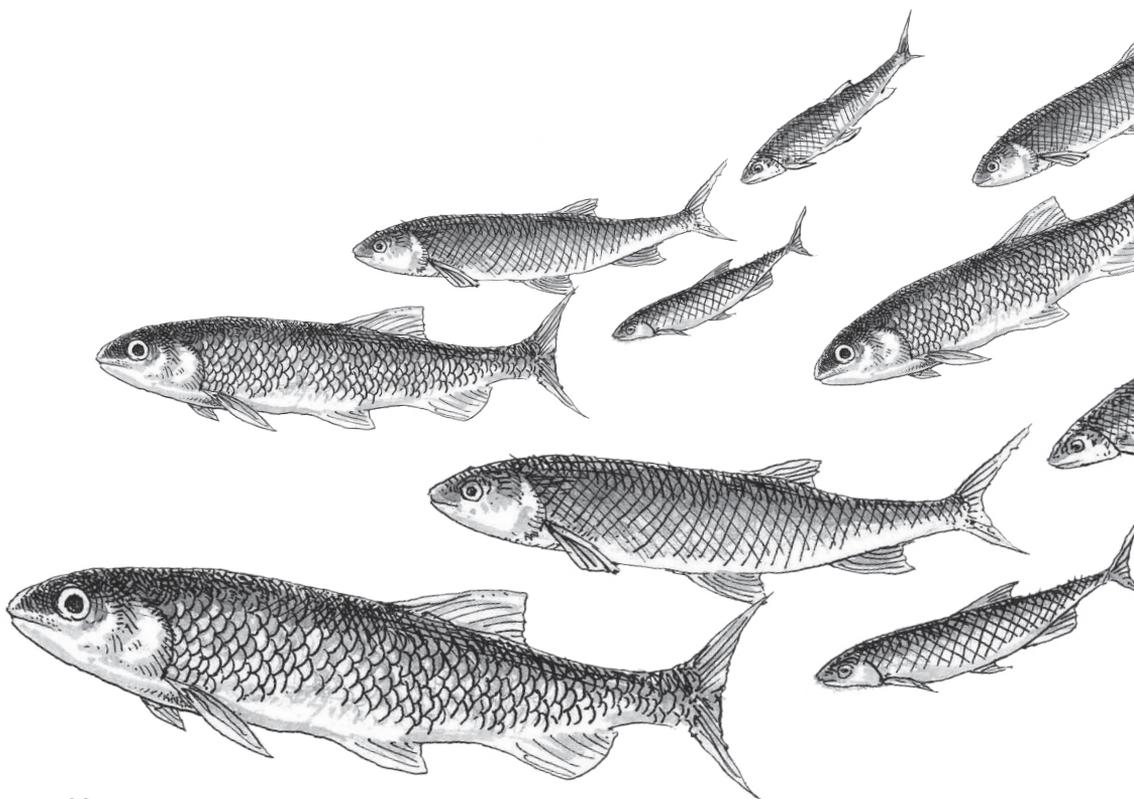
¡Zuas! ¡De la nada! fue que apareció ahí al ladito mío, salió del agua todo mojado ahí al lado de donde yo estaba sentada. Y claro, eso fue para mí la felicidad, yo ahí, por primera vez lo miré a los ojos ¿sabe? Y es que me recuerdo de ese momento: ese pelao' todo empapao', todo muerto de risa, y con esos ojos brillantes brillantes que eso parecían el Sinú con el sol poniente. Y bueno, así fue. Así con esta cara que usted me ve en este instante, así con esta cara lo miré yo, es que es como si se me devolviera el caset.

Y bueno, ese fue el cuento. De ahí nos fuimos que pa una tienda que quedaba en Las Claras, luego al Gallo y lo más abajo que estuvimos fue en Frasquillo Viejo. Todo eso que le digo es aquí más arribita, bueno, era, porque de eso ya no queda nada. Todo eso se perdió, había otro pueblo, Tukurá, pero ese se acabó rapidito. La gente se fue yendo y ya cuando fue el llenado de la represa ya todo eso se acabó. Esas tiendas no prosperaron porque se metió la violencia y entonces a la gente le daba miedo. La violencia acabó con todo lo bonito que había allá.

Eso era muy bonito, ahora no sé, llevo mucho sin ir. Los amigos que pasan por allá son los que me cuentan: en tal parte todavía se ven las cosas que tenían antes, donde yo vivía dizque se ve un pedazo de corral, la escuela dizque la volvieron a construir. Familia mía todavía hay un cuñado, un primo, todavía hay familia por ahí regadita. Pero sí, ya yo después quedé viuda y bueno...

A mí la muerte de Mateo no me afecta tanto ¿sabe? A mí lo que de verdad me duele es mi muchacho. Tanto

tiempo y sin saber dónde fue a parar... Pero como le digo, a mí no me gusta hablar de eso, eso... no, es que para qué. Lo que es a mí, si usted me pregunta, a mí déjenme allá, en ese día en esa balsa, eso es lo único. Lo demás no vale la pena ni hablar.





**Usted vea,
pero no toque**

G Jaramillo Rojas

La tristeza vino del bajo Sinú. Subió a estas tierras y se instaló como una indestructible telaraña. El Paramillo nunca más volvió a ser igual. En serio. Aunque yo creo que puede que un día vuelva a serlo. Eso no lo descarto. Esta esperanza no es religiosa ni nada de eso. Es más bien optimismo porque es que vea esta maravilla de tierra: donde usted tira una semilla algo crece. Usted solo tiene que esperar. Esto no se encuentra en todos lados. ¿O sí?

Yo ni siquiera había nacido cuando el problema ese entre liberales y conservadores. Mi padre me lo contaba con lujo de detalles. Cuando hablaba de eso se ponía raro. Cambiaba de emociones como quien cambia de ropa en el transcurso de un día caluroso. Todas las generaciones anteriores a la mía tienen algo que ver con esa telaraña. Para bien o para mal se vieron involucrados en algo que muchas veces ni siquiera comprendían, pero vivían diariamente. La tristeza básicamente fue gestionada por esa violencia. Hoy el parque es sinónimo de peligro, pero cuando yo era niño era sinónimo de libertad.

Mi madre llegó, por el río Esmeralda, en 1948. Venía de Antioquia huyendo del miedo y buscando tierras fértiles para vivir y trabajar. Ella dice que la primera sensación fue de desconfianza cuando vio a los que habitaban estas tierras, pero que no tardó mucho en darse cuenta de la amabilidad de aquellos indígenas y, posteriormente, en sentirse identificada con una misma intención: defender el territorio.

Nací en 1961 y en mis primeros años habité el parque como si fuera mío. Esto quiere decir que iba y venía por muchos de sus caminos, bosques y recovecos sin miedo alguno. Jugaba a soñar con hermanos, primos y amigos. Hasta con los animales. Como en aquellos años no había tanta deforestación era muy fácil ver bestias salvajes como tigres, osos, venados y serpientes.

Mientras nosotros jugábamos a ser grandes, los mayores tenían largas jornadas de montiar. Se reunían diez o quince y se internaban en silencio a cazar puercos manados o dantas. Lo que encontraran por ahí. Utilizaban escopetas y lanzas. Nosotros, de niños, soñábamos con acompañarlos, pero no nos dejaban porque era peligroso. Ni siquiera perros permitían, porque los puercos podían llegar a ser tan agresivos que los mataban. Cuando regresaban de las faenas se repartían lo cazado en partes iguales. Tiempos aquellos.

Me gustaba hablar con indígenas porque aprendía mucho de ellos. Por ejemplo, para cazar, atraían los animales con un sonido proveniente de un tubo que ellos mismos

fabricaban y después usaban una broquera para lanzar dardos que adormecían la presa. Los animales nunca sufrían cuando eran cazados por ellos, mientras que a mí sí me daba pesar cuando mis mayores los cazaban, porque era evidente el dolor. Igual esto no influía en que yo disfrutara de los banquetes y la felicidad de compartir en comunidad. Nunca entendí, por ejemplo, por qué los indígenas sí hacían trampas para cazar y nosotros no. Varias veces vi tapires, armadillos y guartinajas, colgando de árboles. De niño comía mico guisado, negro o colorado, pero después del desplazamiento nunca más volví a probar ese manjar.

Cuando tocaba celebrar algo, los grandes preparaban las bebidas alcohólicas. Ponían a fermentar panela y hacían chicha o guandolo. Recuerdo que dividían el trabajo muy bien, de acuerdo con edad, sexo e incluso privilegiando las habilidades de cada uno. También trabajaban en grupo para prepararlo todo y al agasajo le llamaban combite. —El próximo sábado haremos un combite en donde don José—. Y allá, a la finca de don José, llegaba todo el mundo. Podían ser hasta 100 personas. Estas celebraciones no solo se hacían por matrimonios o nacimientos, sino también eran comunes para agradecer las diferentes cosechas. En la comunidad todos eran agricultores, músicos, cocineros, animadores.

Un día, sin ningún tipo de advertencia, los grupos armados empezaron a controlar estas fiestas. Llegaban en cualquier momento y tocaba atenderlos. Ponían restricciones a diestra y siniestra. Daban órdenes, no dejaban hacer determinado tipo cosas y obligaban a los campesinos a

hacer otras. Así fue como los combites dejaron de ser el centro de la alegría de la comunidad para convertirse, incluso, en un espacio de exposición que podía terminar de las formas más increíblemente feas.

Tengo un recuerdo muy puntual: por allá a mediados de los setenta, el EPL mató una persona de una misión médica y el Estado, por medio del Ejército, respondió reprimiendo a los campesinos y militarizando la región. Esa fue la primera vez que la comunidad vio un helicóptero y todo el mundo se asustó. Las mujeres corrían y los niños lloraban de pánico, pero no por el aparato, sino porque en esos años el pensamiento que había dejado la guerra partidista era que las fuerzas del Estado solo tenían como misión aplastar a la población civil. El ruido del helicóptero y el polvo revoloteando en las veredas era lo de menos, lo que ahuyentaba era el Estado que desaparecía campesinos para después hacerlos aparecer como supuestos guerrilleros. No les interesaba proteger a nadie, solo sumar estadísticas.

En la época del presidente conservador Belisario Betancourt, esto a principios de los ochenta, todo el mundo estuvo con mucho miedo porque creían que iban a invadir la región para matarlos a todos. Entonces, para salvarse de esa guerra, la gente solo tenía como opción refugiarse en la montaña, es decir, subir al Paramillo, ya que allí no llegaba tan directamente el conflicto. Los campesinos, casi todos de filiación liberal, aprendieron a conocer el territorio y así resistieron el embate de las fuerzas del Estado.

Me parece que la bronca hacia el Ejército viene de esta época. El miedo se despertó entre los pobladores, porque si en algo se especializó esta institución fue en golpear al pueblo para sacar información que nadie tenía. Amedrentaban. Por ahí tres o cuatro veces en el trascurso de mi infancia vi hombres colgados de árboles, sí, tal cual como las bestias que cazaban los indígenas, y los azotaban y los obligaban a decir cosas para inculparlos a ellos y a la comunidad. Todo lo hacían a plena luz del día y no les daba pudor ni siquiera el hecho de que hubiera niños viendo toda esa barbarie. Por cosas como estas fue que mucha gente se afilió a la guerrilla: más como una forma primero de resistir a toda esa crueldad y, posteriormente, como una manera de venganza por todo el salvajismo recibido.

Mi padre murió a los 42 años. Una muerte repentina y muy dolorosa. Mi mamá quedó sola con nueve hijos. Yo y tres de mis hermanos no pudimos despedirlo porque el ejército no lo permitió. Cuando el hombre murió mi mamá estaba en el pueblo con mis hermanos mayores. Ese mismo día cerraron el paso hacia el Paramillo porque creían que así incomunicarían bloques guerrilleros. Desde el momento en el que mi papá murió, hasta que volví a ver a mi mamá y hermanos, pasaron cuatro meses, cuatro meses estuvimos encerrados en la casa familiar con mis tres hermanos menores. No podíamos irnos a ningún lado, puesto que éramos muy niños, pero sí escuchábamos los rumores de que algunas familias amigas abandonaban sus fincas, desplazadas por el Ejército. Bueno, acá sí debo decir que los soldados nos ayudaron a no morir de hambre a





mis hermanitos y a mí. Nos compartían sus alimentos y nosotros los recibíamos con un miedo que, por suerte, nunca más he vuelto a sentir.

Al cabo de esos sombríos cuatro meses, cuando por fin quitaron el bloqueo y llegó la chalupa que nos bajaría a Tierralta para el reencuentro familiar, fue el momento más feliz de mi vida. Diez años tenía yo. Lloramos y prometimos no volver a separarnos nunca más. Al día siguiente fuimos a la tumba de mi papá y por fin pudimos decirle adiós.

Hoy tengo cinco hijos y he luchado contra viento y marea para que nunca tuvieran que atravesar por las mismas circunstancias mías. Básicamente mi lucha ha sido alejarlos del entorno de violencia infinita. No ha sido fácil, porque una de las principales fuentes económicas para la gente de la región, sobre todo la gente joven, es todo lo que tiene que ver con los cultivos ilícitos y una vez alguien entra en esa lógica, es muy difícil salir. Por lo menos salir con vida. Por suerte a ningún hijo mío lo ha salpicado la guerra. De todas formas, no agradezco nada de lo malo que he tenido que pasar, pero sí sé que la violencia me ha hecho una persona más fuerte. Yo nunca me armé, pero sí tuve muchos amigos que lo hicieron y hoy no están vivos.

Lo malo es malo aunque lo haga el santo y lo bueno es bueno aunque lo haga el diablo, decía mi mamá. Esta es una enseñanza de vida para mí, con otra que siempre que puedo la reproduzco a modo de consejo a gente que aprecio: usted vea, pero no toque. Como forma de conducta el ver y no tocar me ha servido para sobrevivir a todo esto

que cuento. Espero que un día el Paramillo vuelva a ser ese lugar mágico que era y que no solo mi familia y yo podamos retornar, sino toda la gente que tantos años después solo tiene recuerdos horribles de esta tierra tan hermosa. Párese usted en el lugar que quiera y mire hacia cualquier lado. La verdad, yo no conozco el cielo, pero así, tal cual como lo que vemos, me lo imagino.



The background of the entire page is a repeating pattern of thin, wavy, horizontal lines in a light gray color, creating a textured, water-like effect.

Aunque se acabe este mundo o nuestras vidas

Catalina Serrano Pérez

Te lo dije mil veces, Milita, todas las veces que nos sentamos en el banquito de madera al atardecer. ¿Te acuerdas? Vigilábamos que las gallinas no te escarbaran la huerta y nos poníamos a hablar de todo un poco. A esa hora, por la luz del sol que está como despidiéndose, uno se pone profundo, trascendental. También te lo dije por las mañanas, ya cuando el nuevo día despuntaba y desvanecía los pensamientos que te atormentaban por las noches. Yo no quería preocuparte, por eso siempre lo mencionaba cuando andabas de buen genio, tan tranquila que ni siquiera eso te podía perturbar. De cualquier forma, tú seguiste creyendo y, a la larga, yo también. Las cosas tenían que continuar y así seguimos viviendo. Levantamos a los muchachos hasta cuando se pudo.

Antes de conocerte, Milita, ya yo me había recorrido todas esas partes. Trabajé donde unos tíos en Esmeraldita, y de ese punto anduve por todo lo que es Batata y Río Verde. A esa edad uno aprende varios oficios. Comencé por raicillero con mi tío Alberto. Llegábamos en medio del





monte y ahí nos instalábamos para sacar la raicilla que crecía a la sombra de los árboles más grandes. Armábamos campamentos que duraban hasta tres meses. Nos íbamos con 30 hombres y una sola mujer para cocinar. Después de eso bajábamos y todito se lo vendíamos a los de la farmacéutica, que la usaban para fabricar medicina contra la malaria. El trabajo era bueno, pero acabó tan pronto los árboles más grandes cayeron y la sombra dejó de dominar el paisaje. Ya no había espacio para que la raicilla se refugiara del sol y la plantica se fue mermando hasta que se acabó la bonanza.

Después de eso, como todavía era muchacho, me dediqué a aprender el oficio de boga. Subía y bajaba el río llevando la madera que sacaban los aserradores. En esa época no se tenían las motosierras y había que sacar el bloque de madera en bruto, lo tiraban al río y uno tenía que lidiarlo para que bajara flotando hasta Tierralta. Allá se usaba una cierra manual para ripiar el tronco, con un hombre adelante: el cabecero, y otro atrás: el colero. Eso podían pasar los días destajando un solo tronco. Ya con la madera lista me iba navegando por el Sinú, abajo, hasta llegar a las haciendas de los ricos, que preferían la buena madera para sus mayorías.

Y así fui aprendiendo de todo, también fui arriero y aserrador. Sabía sacarle el aceite al Canime y al Algarrobo para venderlo en los pueblos. Mucho de eso me sirvió cuando me volví hombre de hogar, momento en que nos vinimos a vivir donde mi padre. Es que Milita, de joven se camina mucho, pero yo digo que es importante tener a

dónde llegar. Y esas tierras fueron el mejor puerto. Hoy en día pienso que, si hubiéramos sabido todo lo que nos iba a tocar rodar después y si de pronto las cosas se hubieran hecho distinto, hoy todo eso sería un buen pueblito. Lo sé.

Cuando nos organizamos, te hice la casa de cedro y de roble, porque en esa época esas maderas sí que abundaban. Acomodamos esa finquita a tu gusto, llegamos a tener todo tipo de animales, cada uno en su corral, 40 cabezas de ganado, cerdos, cabras, gallinas, cocadas... Había pa' tomar la leche y pa' hacer el quesito. La finca tenía su cañaduzal y su cacaotera, incluso el café, aunque poquito, lo llegamos a tostar. Trabajamos duro durante largo tiempo y las palmas de coco crecieron bastante.

Allá todos nos levantamos con la orientación de que el gobierno no nos iba a ayudar en nada. Tuvimos siempre que ayudarnos entre nosotros. Por ejemplo, había que mejorar cualquier circunstancia que nos conflictuara, porque nos necesitábamos tranquilos para vivir y estar en paz.

Ya yo sé que tu todo eso lo sabes Milita, y que no te gusta recordar, pero desde lo de Río Grande a mí me gusta darles vueltas a las cosas, aunque se me pasen los días en ello. Y ahora que tú lo dices, sí, el trabajo no ha cambiado mucho, el maíz sigue siendo pa' los marranos y el arroz pa' nosotros...



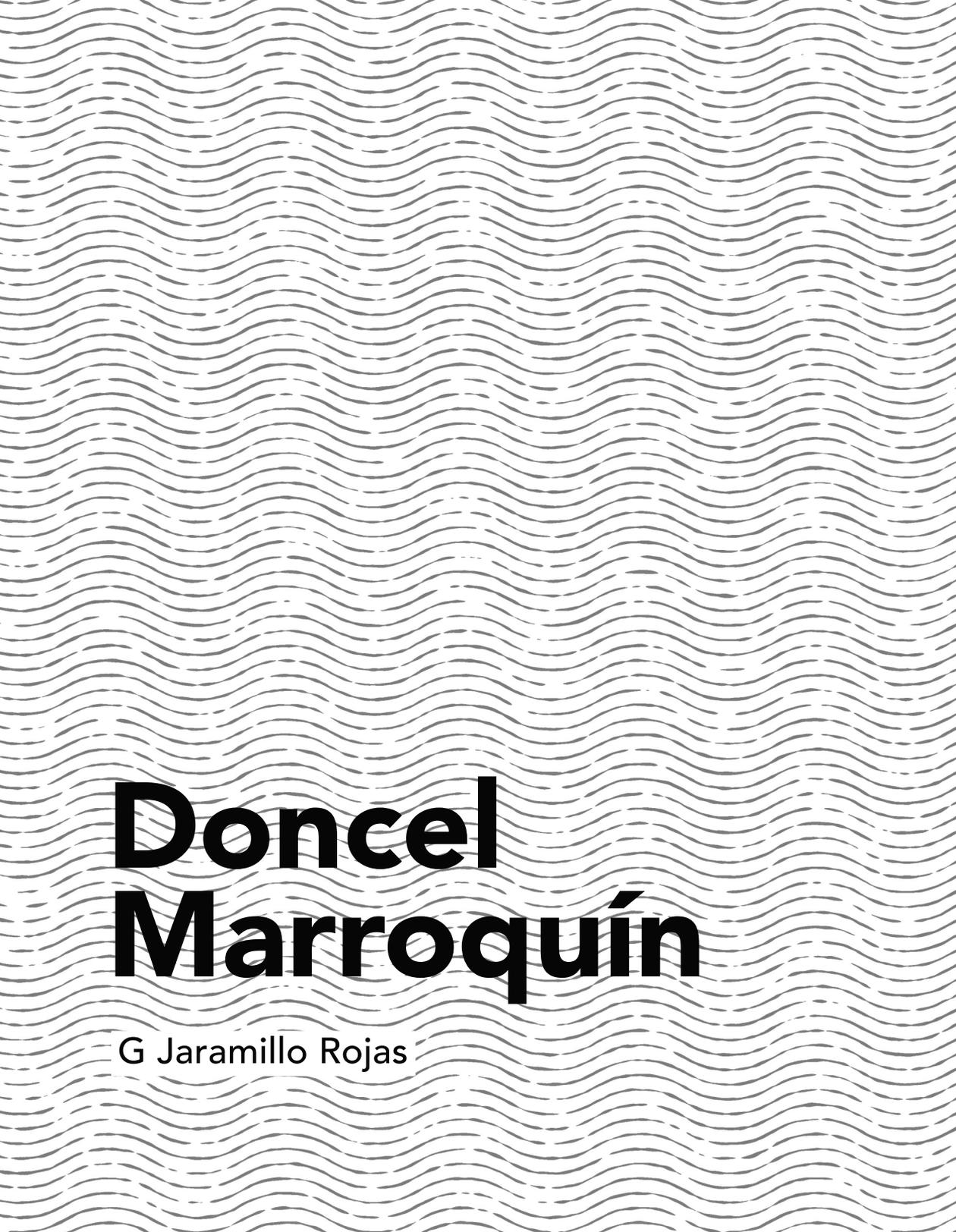
Con ese cuento de la conservación llegaron primero fue los de la empresa a hacer unos estudios. La gente del EPL también nos había dicho, que había que controlar el corte de madera, que solo unos pocos palos por familia, que pensáramos en el futuro de nuestros hijos, decían, pero eso era otra cosa. Lo de conservar el agua y construir la represa comenzó fue por una gente que vino del norte a hacer unos estudios, decían que eso era un proyecto que lo tenían planeado de mucho tiempo atrás.

A nosotros nos dieron un mes para irnos. Que, si no, iba a entrar la ley a sacarnos porque todo lo de la finca era ilegal. La misma empresa fue a medirnos y ahí nos enteramos que todo lo nuestro eran 89 hectáreas. 89 hectáreas que nos tocó dejar. Ahí empezó un poquito lo duro, pero fue solo una probadita de lo peor que se venía encima. Yo no sé, si uno siguiera las señales, si le hiciera caso a ese instinto, a esos nervios que le entran a uno cuando las cosas empiezan a cambiar. Lo cierto es que al irnos perdimos mucho. Todo se deshizo, Milita: tocó empezar de cero.

De la finca de 89 hectáreas salimos pa' Río Grande. Con los cuatro milloncitos que nos dieron por las mejoras empezamos la nueva finquita, y ahí nos aguantamos unos 8 años más, hasta que nos sacó la violencia. Después quisimos volver, pero que ya eso era zona de conservación, nos dijeron. Y por eso es que ahora estamos acá abajo, instalados, y de aquí nos quieren volver a sacar, que porque es un préstamo, dice la empresa.

El vigor de antes se nos fue perdiendo con cada nuevo comienzo, y es que sin la fuerza de los muchachos todo es más difícil. Nos mataron a un equipo de fútbol completo. Ya lo de Río Grande fue lo más tremendo, digo yo, y cuento esa historia porque la viví: a mí fue a uno de los que me tocó salir al río a recoger los cadáveres que iban bajando. Recogimos quince el primer día, de esos, cuatro venían a pedazos y nosotros con una vara larga alcáncelos pa' que la corriente no se los llevara. En esa época se puso de moda la cámara y nuestras primeras fotos fueron de cadáveres: los de ellos, los de nosotros, los desconocidos.

Lo que yo sí digo, como hombre honesto que soy, es que a nosotros nos siguen debiendo lo de la tierra. ¡Eso es innegable! Puede que yo no tenga un título, pero pagué por esas hectáreas de Río Grande. 55 hectáreas le compré a Yolanda Meléndez y como testigo tengo el oficio de compraventa. Y nadie puede decir lo contrario, que no nos vengan a tratar de corronchos pendejos porque no lo somos. Ha de pervivir la voz del hombre que es honesto, y ha de hacerse lo justo, aunque se acabe este mundo o nuestras vidas. Al fin y al cabo, esa es la misma vaina.

The background of the entire page is a dense, repeating pattern of thin, wavy, horizontal lines. These lines are slightly irregular in their curvature, creating a textured, water-like effect. The lines are black on a white background.

Doncel Marroquín

G Jaramillo Rojas

Una mañana de año nuevo, cuando Doncel Marroquín apenas tenía doce años, se prometió a sí mismo que un día tendría tanta tierra y ganado como fuera posible. Cuando le contó a su madre la promesa que se había hecho, ella le preguntó que de dónde había sacado ese deseo y Doncel le respondió con una seguridad que la dejó sin palabras: Má, quiero tener, tener mucho para compartirlo todo.

Aunque en el transcurso de su infancia la madre le regaló gallinas, un pavo, un marrano e incluso un ternero, los primeros animales que Doncel compró, de su propio bolsillo, fueron cinco pollos. Para adquirirlos, Doncel trabajó en el establo de la finca del abuelo materno durante dos semanas. De ahí en más, los cuidó mejor que a sus hermanos. Los alimentaba con el mejor maíz que conseguía y les ponía música de Alejo Durán con el objetivo de que no sufrieran ningún tipo de estrés.

Al cabo de cien días (la abuela le había dicho que ese era el tiempo que debía esperar para garantizar mínimo

tres kilogramos) Doncel amarró los pollos y salió a venderlos. Corría el mes de junio y la excusa que tuvo para vender la pequeña pollada fue el día del padre: "Hágale el sancocho a su papá con pollo 100% natural", "Su papá se sentiría orgulloso de que usted apoya a los pequeños productores", "Si a su papá se le rompe un hueso en la boca le devuelvo la plata y le encimo otro pollo", decía Doncel, mientras caminaba por veredas alledañas.

La ganancia fue a parar a una improvisada alcancía que el mismo Doncel fabricó usando como base una caja de zapatos. Guardó hasta el último centavo y se dirigió al establo a pedir más trabajo. Su abuelo le dijo: ¿y el estudio qué? Y Doncel respondió: Mire abuelo, usted no estudió y mire todo lo que ha logrado, déjeme ayudarle que yo quiero ser como usted.



El día que Doncel cumplió treinta y cinco años toda la familia, amigos y vecinos se reunieron para celebrar su vida. Eran tantas personas que tuvieron que matar cuatro reses. En el discurso de agradecimiento, Doncel no solo correspondió el cariño de su gente, sino que también dejó claro que su trabajo para con la tierra solo tenía sentido si podía ser compartido y que el tremendo agasajo era una muestra de eso.

Para ese entonces, Doncel contaba con setecientas cuarenta cabezas de ganado, varias decenas de caballos de paso fino, diversas fincas de metros incontables y era

un hombre reconocido y admirado en la región. Atrás habían quedado esos episodios violentos que por momentos hicieron tambalear su potentada proyección. Todo el mundo se mataba entre sí. No había tregua. No solo era la muerte y la desaparición física, sino la crueldad: entre más brutal y desalmada fuera la forma de acabar con el otro, mejor. No obstante, Doncel siempre se mantuvo al margen de la infamia, hasta que un día esta tocó su puerta.



Doncel se deshizo de la desconfianza y explicó a los hombres que él no tenía nada que ver con ningún bando y que su única labor era la de trabajar la tierra y ayudar a la gente. Que preguntaran por él en la región y todo el mundo les iba a decir lo mismo. Los hombres terminaron la conversación pidiéndole una plata mensual para garantizar su seguridad y, de paso, ayudar con la causa antiguerillera. Doncel se negó a dar dinero.

Días después tocaron su puerta otros hombres. Le preguntaron que qué tenía que ver con las personas que había atendido la semana anterior. Doncel dijo exactamente lo mismo y añadió: no tengo porqué cerrar las puertas de mi casa a la gente que quiere venir a conversar conmigo sobre los problemas locales. Los hombres usaban palabras raras para Doncel: lucha de clases, igualdad, oligarquía, terratenientes. También le pidieron plata y Doncel, también, se negó.





Doncel siguió trabajando. Compraba, criaba y vendía animales. También comercializaba ropa y enseres que traía de Medellín o de Montería. Una madrugada, Doncel decidió salir a pescar al río con Pancho, su hombre de confianza. El sol aún no salía y se escucharon varios balazos. La tibia madrugada se volvió un hielo en los ánimos de Doncel. En la canoa había suficiente pescado. Las atarrayas estaban copadas de peces de todos los tamaños. Doncel y Pancho volvieron a casa y guardaron silencio el resto del día.

En aquella época, nadie pensaba en la maldad. Todos eran buenos amigos y vecinos. La comida sobraba y la gente no se enfermaba tanto. Nadie sabía qué era el paludismo o la malaria. No obstante, cuando alguien se enfermaba todo se curaba con hierbas. El dolor de barriga lo curaban con una bebida, para la culebra una bebida, y así con cada dolencia. Pero lo que no tendría cura sería la violencia, esa enfermedad que se convierte en noche eterna, en dolor insondable.

De una vida apacible, Doncel pasó a experimentar la zozobra. Aprendió que el miedo se transmite en silencio. Y que es como un virus que todo lo carcome a su paso. Toda la gente que lo rodeaba permanecía tensa. De repente un conflicto político-ideológico mutó en una guerra contra todo el mundo.



Doncel empezó a chocar con los grupos. Veía cómo la violencia se hacía de la región y muchas personas abandonaban sus tierras. La cuestión era obvia: Doncel tenía tanta tierra que era sospechoso de haberla conseguido por mala vía. Tanto para unos, como para los otros. Le decían explotador y latifundista. Le gritaban tacaño y guerrillero. Doncel no entendía por qué tanta hostilidad si él lo único que había hecho a lo largo de su vida había sido ayudar a los demás.

En un cuaderno viejo Doncel tenía anotada la cantidad de animales que había regalado a amigos, vecinos y campesinos sin esperar nada a cambio. También las parcelas que había cedido a campesinos pobres para que se pusieran a trabajar. Las campañas médicas que había traído a la región. Las reformas viales y de luz eléctrica que había gestionado para el beneficio común. Muchas personas que eran amigas cambiaron totalmente y dejaron de hablarle. Doncel descubrió que le tenían rabia.



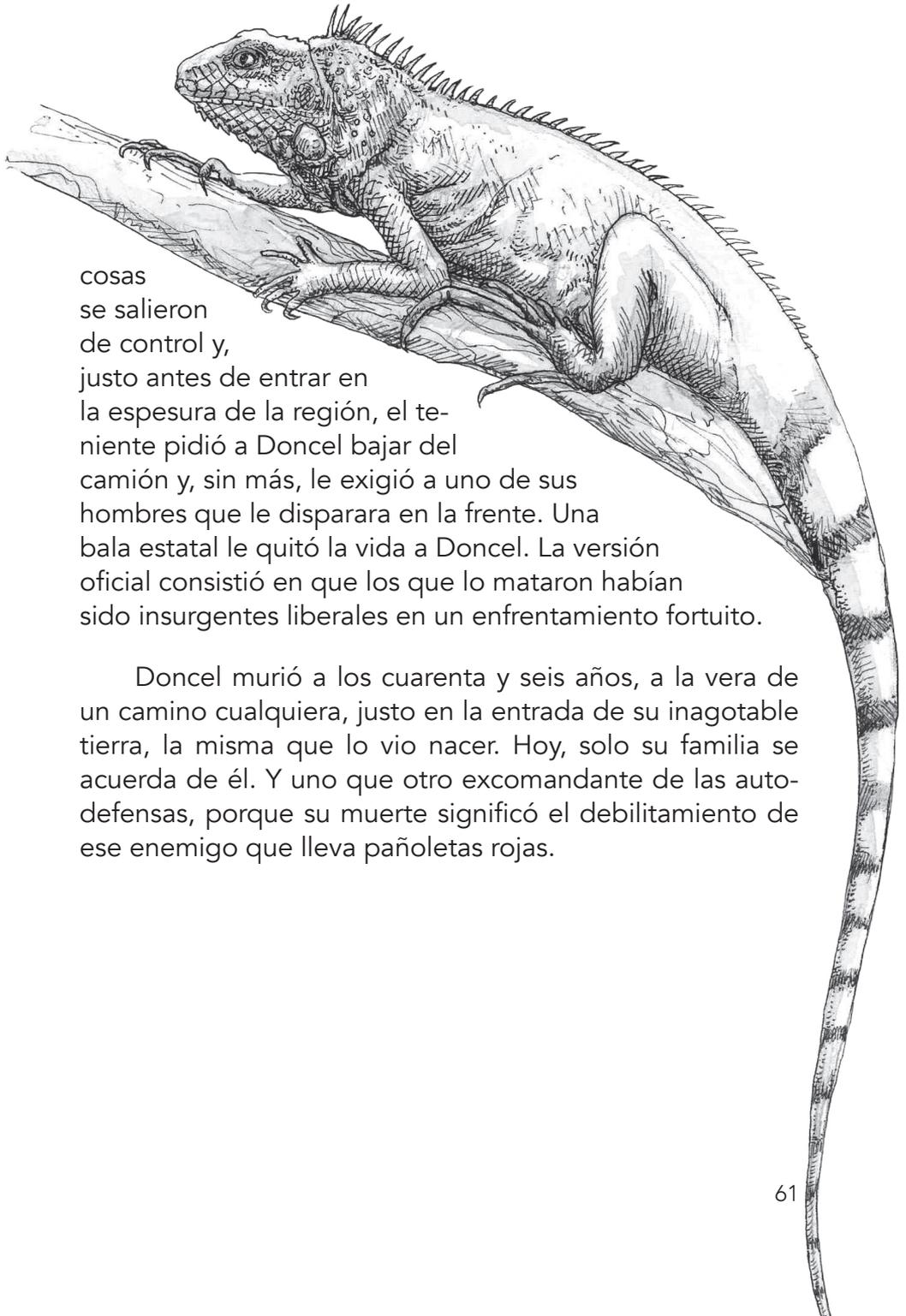
Un día las amenazas y presiones estallaron. Aparecían muertos de la nada y todo el mundo miraba para otros lados. Quemaban casas, mataban animales, pintaban lemas de guerra. Ejércitos de varios colores, con discursos diferentes jugaban al control. Antiguos campesinos mutaron en guerreros. Causas opuestas: unos por el dinero y el territorio, otros, por la libertad y la igualdad. No había licencias. Tomar partido significaba beligerancia.

Doncel y su familia tuvieron que salir obligados de la región, apenas con lo que llevaban puesto. Las guerrillas liberales lo consideraban objetivo militar y los nacientes grupos de autodefensas una amenaza al pretendido equilibrio territorial. De cualquier manera, todos los actores pedían lo mismo: dinero, apoyo, tierras. Peticiones nunca asumidas. Obligaciones que acarrearón su desplazamiento.

Más temprano que tarde, con la necesidad de recobrar el sentido de su vida, Doncel empezó a relacionarse con capitanes del Ejército y políticos de turno. El objetivo: buscar ayuda para recuperar sus tierras y luchar conjuntamente en contra de quienes lo habían sacado. Lo que no intuía Doncel era que de esta forma estaba tomando aquel partido que había evitado por años. Si no estaba de acuerdo con nada que se saliera de la ley, entraría a participar de la misma con la palabra justicia tatuada en su mente.

Doncel se involucró tanto con los entes estatales que empezó a sentirse un militar más. Gastó una fortuna apoyando brigadas de patrullaje y hasta planes de inteligencia. Daba dinero a uniformados para que se pusieran de su lado y lo ayudaran. Una tarde, en reunión con un capitán del ejército, Doncel propuso una fecha para ir a su tierra y recuperarla. En el transcurso de los días siguientes se concretó la acción militar.

Cuando el día llegó, Doncel se vistió de verde y, desde que salieron del batallón, empezó a producirse un altercado con un teniente. Doncel no estaba de acuerdo con la logística que el teniente planteaba para entrar a su tierra. Las



cosas
se salieron
de control y,
justo antes de entrar en
la espesura de la región, el te-
niente pidió a Doncel bajar del
camión y, sin más, le exigió a uno de sus
hombres que le disparara en la frente. Una
bala estatal le quitó la vida a Doncel. La versión
oficial consistió en que los que lo mataron habían
sido insurgentes liberales en un enfrentamiento fortuito.

Doncel murió a los cuarenta y seis años, a la vera de
un camino cualquiera, justo en la entrada de su inagotable
tierra, la misma que lo vio nacer. Hoy, solo su familia se
acuerda de él. Y uno que otro excomandante de las auto-
defensas, porque su muerte significó el debilitamiento de
ese enemigo que lleva pañoletas rojas.

El tiempo de la selva

Catalina Serrano Pérez

Su abuela había muerto sin dejar otro recuerdo que el nombre de dos caseríos a pocos kilómetros de allí. Su legado había sido un pueblo. Una pequeña planada de casas al final del mundo, de la que pocos sabían su existencia. Un diminuto legado que para algunos era tan grande como el mundo entero.

Con los años el caserío creció. Llegó a ser un corregimiento con al menos cinco vías de tierra transitadas por ejércitos de motos. Tenía una plaza central, una cancha multideportiva y niños y jóvenes que la deambulaban con las sudaderas verde limón que funcionaban como uniforme para la escuela. En la plaza se celebraban carnavales y concursos de mapalé para los que se ensayaba durante meses. Como todo pueblo, tenía también sus cantinas en madera y bloque, su puesto electoral cada vez que había elecciones y un puente amplio para llegar hasta allí. El puente, sin duda, era la mayor prueba de existencia de este sitio. Era alto y de estructuras metálicas grandes y amarillas, atravesaba el caudaloso río y conectaba con las carreteras del resto de la región.





La abuela llegó a este lugar en la plena mitad del siglo XX, cuando todo era monte. Era uno de los grupos de familias que fue entrando al bosque en medio de la guerra. Ella ayudó a montar un campamento que sirvió como refugio a viajeros que compartían el mismo rumbo. De esta forma, la familia se fue organizando. De vez en cuando subían viajeros con informaciones que ponían en jaque la paz familiar. A veces la información viajaba de tan lejos que se requerían de a dos o tres relevos para que alguna persona llegara a donde se encontraba la abuela.

La mayoría decía que ella había sido guerrillera, otros sencillamente no lo sabían, y es que con el paso del tiempo sus historias se iban mezclando y tergiversando. En lo que todos coincidían era en que la abuela había tenido dos maridos y nunca tuvo miedo de usar el machete con la diestra o la siniestra. En su honor la cancha del pueblo fue bautizada con su nombre.



Eduardo, por su parte, llevaba una vida mucho más tranquila que la de su abuela. Pasaba las tardes en la hamaca o reparando cosas en el taller de la finca. A sus 24 años todavía no se casaba y las muchachas dispuestas no faltaban. Pocas cosas inquietaban a Eduardo, casi ninguna. Su rostro impassible no llegó a tener nunca las marcas de la edad, ni en ese entonces ni pasados los años. Esta condición especial le valió el apodo de Viejoniño, con el que se le llamó tantas veces que llegó a olvidarse de su verdadero nombre. Viejoniño era el quinto de trece hermanos, por lo

que su particularidad pasaba desapercibida en medio de las personalidades variopintas de los otros doce.

Lo único que desvelaba a Viejoniño era la cacería. Después de las labores matutinas que toda finca familiar necesitaba, se sentaba junto a sus perros de patas negras y blancas, les daba baños con preparados de hierbas para que mejoraran su olfato, les pulía las uñas y les untaba con aceites las patas. Eran perros entrenados para cazar en el bosque. Minuciosamente seleccionados al nacer de entre las fincas de sus vecinos, las que Viejoniño visitaba cada vez que le llegaba la noticia de una perra recién parida. Prefería los cachorros de pelo corto, pegado al cuero, para que se deslizaran con más facilidad entre las empalizadas. Los de orejas largas, servían para seguir el rastro con la nariz pegada al suelo y los de ojos miel brillante eran elegidos por su avidez para encontrar el rastro del saíno en las corrientes de aire.

Esa fue la juventud de Viejoniño: el trabajo en la próspera finca familiar y las tardes de inmersión en sus perros y en la cacería. Salía cada tanto con sus hermanos para internarse en el monte y regresaba con saínos, armadillos y ñeques que se sumaban a la abundante y diversa oferta alimenticia que les proporcionaba la finca. A veces se internaba solo y, a riesgo de un encuentro con el tigre, pasaba horas, días y noches cautivado por el espesor de la selva. Su mundo interior era un misterio que pocos conocían y que tal vez solo se revelaba, tan profundo, tan brillante y despierto, en los intersticios más oscuros de la manigua.

De las pocas veces que Viejoniño se veía cautivado con un acontecimiento de este mundo era cuando Juvenal Domínguez visitaba la finca de sus padres. Aquel hombre de mediana edad iba y venía por toda la región trayendo noticias, objetos y productos de interés para todos. Se decía que había heredado el secreto de un viejo curandero que había visto en su persona el talento y el espíritu para custodiarlo. Por eso, cada vez que alguna persona era mordida por una serpiente venenosa, sus familiares acudían presurosos a Juvenal, que luego de baños de hierbas recitaba el secreto al oído del afectado y con esto empujaba el veneno fuera de la herida, salvando así aquella vida de una muerte segura.

Viejoniño y Juvenal eran buenos amigos, motivo por el que las visitas de Juvenal a la finca podían extenderse por semanas. Cada vez que Juvenal llegaba, Viejoniño se abalanzaba con cientos de preguntas sobre los acontecimientos de los caseríos vecinos y sobre los nuevos productos que comercializaba. Juvenal, que consideraba esas semanas en la finca como su temporada de descanso, se deslizaba en conversaciones interminables con Viejoniño, que iniciaban con los chismes que a toda la familia interesaban y terminaban con disertaciones profundas a propósito de las propiedades aromáticas de las plantas.

De esta forma fue que Juvenal propuso a Viejoniño la idea de internarse en el bosque hacia el norte. En aquella visita Juvenal traía, como los viajeros a los que alimentaba la abuela, importantes razones de más abajo, de las que podría depender la vida de toda la familia. Sin embargo,

esto no se llegaría a comprender en ese momento, incluso Viejoniño jamás llegaría a percibir la magnitud de lo que sus ojos verían. Para la vida tranquila que el destino quiso otorgarle, todo aquello no dejó de ser más que un mal presentimiento sobre el futuro, un futuro que iba más allá de su vida misma y de los años que caminaría sobre la tierra. Un futuro que le pertenecería a sus hijos y a los hijos de sus hijos.

Se fueron entonces con sus tres perros. A la familia le comentaron de un asunto de caza, pues jamás comprenderían los motivos de su partida. Ellos mismos no tenían claridad sobre lo que esperaban encontrar, por lo que de madrugada salieron siguiendo el antiguo camino que sus padres habían abierto para el tránsito del ganado y, desviándose en algún punto hacia el nororiente, se internaron varios días en la selva. Al atardecer del quinto día empezaron a encontrar señales de habitación humana. Con sigilosa caminata se acercaron hasta lo que parecía una hacienda de tierras bajas, instalada extrañamente muy adentro de la selva.

Al acercarse, vieron por primera vez la luz eléctrica que alumbraba el interior de una gran casa de altas paredes blancas. Mientras ellos se refugiaban cubiertos bajo el grueso manto de la selva nocturna, allá afuera varias decenas de hombres y mujeres departían en medio del estruendo musical, y alumbraba una piscina de lozas claras coronada con blancas estatuas, ¿Qué era eso?, se preguntaba Viejoniño acostumbrado a los alrededores de su finca, donde nada realmente nunca cambiaba. Aquella visión

de otros tiempos llamaba la atención por su blancura, su galantería y sus armas. Años después sus hijos llegarían a conocer ese lugar como El Diamante.

El destello de aquel diamante, sin embargo, se sentía como un rayo de luz que atravesaba el pecho. Una espina cargada. Protegidos por la selva y por su propia intuición, los viajeros guardaron silencio expectante casi toda la noche, y se retiraron en silencio de allí, sorprendidos y sin poder asimilar todo lo que habían observado. Años después aquel lugar quedaría cubierto por miles de metros cúbicos de agua, tras una gran inundación que cambiaría el porvenir de toda la región, borrando pueblos y montañas enteras del mapa. Viejoniño y Juvenal, que no sabían todo eso, sintieron en aquel momento un sabor amargo que se instalaría para siempre en sus gargantas.

Cincuenta años después de esa visita, frente a las ruinas del Diamante, que no duró más de veinte, los hijos menores de Viejoniño llegarían con sus familias buscando trabajo como obreros para el llenado de la represa, cuando de la próspera finca no les hubieran dejado sino las cenizas y ellos no fueran más que un rastro de familias tristes que deambulaban sin rumbo en medio de aquellas montañas.

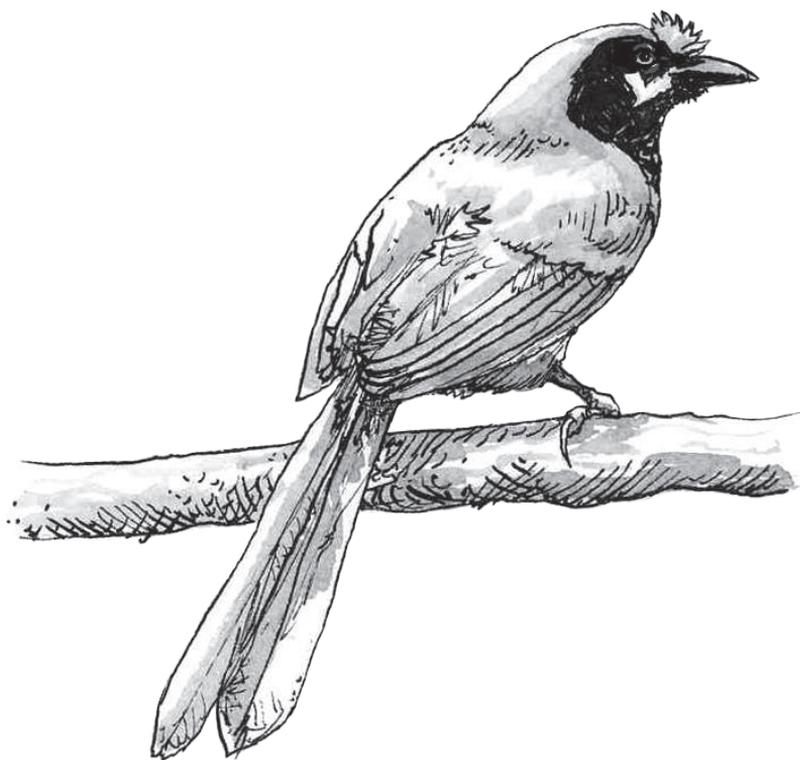


De regreso a la finca el viaje se hizo largo y silencioso. Abstraídos, cada uno intentaba darle un orden lógico en su mente a lo que había visto. Con el pasar de las horas y



los días fue evidente que el retorno les estaba costando el doble de tiempo, ambos lo sabían, pero ninguno se atrevió a decir ni una sola palabra, sus mentes se mantenían ocupadas yendo y viniendo sobre lo acontecido. Fueron tantos los esfuerzos que cada uno hizo por explicarse aquellas visiones, que al final lo más sencillo fue dejar que la vida pasara sin decir nada. Con la ilusión de que al borrarlo del lenguaje se borraría del pensamiento. Aquel viaje llegó a ser no más que un recuerdo lejano de la única vez que a Viejoniño se le perdió uno de sus perros entre la montaña.

Juvenal, que regresó varias veces a la finca, después de un tiempo no los visitó más. No fue por rabia, ni por descuido, simplemente un día sin darse cuenta pasó a ser un desaparecido. Compartía su situación con mucha gente, por lo que no fue sorpresa que su nombre pasara al olvido y, con él, su secreto para sanar heridas de serpiente. Así pasa con todo en estas tierras: se inunda, se desaparece, se esfuma del mapa. Si uno se descuida, al final no queda ni una piedra sobre la otra. Los nombres de los pueblos se hacen invisibles en la oscuridad de la manigua y permanecen allí, titilando, a la espera de que alguien los reclame como propios, de que los tome con sus manos y los ubique en su futuro. Aquellos pueblos de la selva, siempre titilantes en medio del olvido.



The background of the entire page is a repeating pattern of thin, wavy, horizontal lines in a light gray color, creating a textured, water-like effect.

Fuego bajo la ceniza

G Jaramillo Rojas

1967 fue un año tenso como cable de electricidad. En nochevieja, Jaime Rendón brindó con toda su familia. Uno a uno abrazó y deseó lo mejor. A nadie extrañó el entusiasmo de Jaime. Por el contrario, él se caracterizaba por llevar impresa en su rostro una interminable sonrisa. Al día siguiente, primero de enero, cual gesta cubana, Jaime tenía un plan: abandonar la comodidad de su vida y, así, entregarse a sus ideas.

Jaime Rendón tenía el justo devenir del país en su cabeza y, para eso, debía ungir sus manos de acción. ¿El objetivo? Arrebatarse el poder a la oligarquía desatando una guerra popular. Jaime había usado cada día del año para llevar a cabo un concienzudo y estricto tránsito entre la simple resistencia y la concreción de la lucha revolucionaria. En otras palabras: en 1967 Jaime pasó de ser un combatiente liberal para convertirse en un guerrillero comunista. De cualquier manera, la confrontación armada ya formaba parte de su imaginario político y, de lo que se trató puntualmente fue de una reestructuración filosófica que no le hizo cambiar de pensamiento, sino más bien, según él mismo, afianzar y pulir el que ya tenía instaurado.

No obstante, Jaime había dejado de lado la ínfula facciosa y un par de años atrás había depuesto las armas más como una forma de supervivencia en un contexto en el que la palabra hostilidad se quedaba corta. La resistencia se había desarrollado orgánicamente. Para nadie era un secreto que los campesinos del nororiente colombiano se dedicaron fue a no dejarse matar y esta circunstancia implicó el desarrollo de la autodefensa como maniobra tanto de aguante como de orgullo. Jaime sabía que sus años de resistencia le habían hecho ganar algo que de otra manera jamás habría podido obtener: la vida. Él, por una parte, entendía muy bien que estaba vivo por haber luchado y, por la otra, que él no se volvió guerrillero porque sí, sino que básicamente lo habían obligado a convertirse en tal.

La deposición de armas que llevó a cabo Jaime fue una estrategia a mediano plazo. Corría el año 1965 y Jaime viajó a Montería por asuntos personales y fue en un quiosco en el que conoció a un inspector de policía que rechistaba constantemente del gobierno conservador. Se conocieron tomando cerveza. El inspector dejó clara su preocupación en torno a lo que sucedía y planteó la posibilidad de armar un grupo insurgente en la tierra de Jaime, aprovechando que es una zona de difícil acceso gracias a la complejidad de su geografía. Jaime regó su pasado en medio del tufo cervecero y se alineó con el inspector. La borrachera fundó un nuevo ánimo.

No era fácil entrar en una región tan hermética. El trabajo de campo o, mejor, el trabajo ideológico, debía

ser delicado. Por tantísimo dolor, los campesinos se mostraban desconfiados de lo foráneo, puesto que habían sido siempre los agentes externos los que habían forjado la zozobra y el engaño. En conversaciones y borracheras posteriores, el inspector y Jaime acordaron la forma de entrada en las comunidades del Alto Sinú: escuelita por aquí, escuelita por allá. La acción pedagógica permitiría labrar consciencias nuevas, no beligerantes, sino más bien reflexivas y sensatas. Así funcionaba la convicción de los nuevos amigos.

En 1967 se fundó formalmente la guerrilla. Muchas de las armas fueron entregadas por Jaime, que las había enterrado en una esquina remota de la finca de su gran amigo Arcesio Buenaventura: ocho fusiles, una carabina punto 30, cuatro carabinas 22, unos 500 tiros y dos brújulas chinas. Lo necesario para emprender el alzamiento. No un sueño cumplido, sino una misión que abanderar.

En sus primeros años de adolescencia, Jaime creyó fervientemente que el trabajo asalariado era la salida y en breve descubrió que era una mentira gracias a su trabajo como obrero ferroviario. Allí conoció a enormes figuras del sindicalismo colombiano que le enseñaron todos los mapas disponibles para llevar a buen puerto la lucha. Presenció la represión y la sangre derramada en las zonas bananeras y, una vez, desempleado y amedrentado por tanta sinrazón, se enlistó en el ejército en busca de un futuro del que no tardó en desilusionarse.

Aquellos años vertiginosos le permitieron a Jaime conocer, desde la entraña, ambos bandos del paisaje nacional, y comprender las dinámicas de funcionamiento, tanto discursivas como prácticas. Al volver a su tierra, con una mano adelante y otra atrás, con un montón de pensamientos encima y una realidad encendidamente abrumadora, Jaime decidió lanzar una moneda de cincuenta pesos al aire: si caía sello se devolvía a Medellín (ciudad en la que había prestado el servicio militar) a sobrevivir o, si caía cara, se quedaba en su tierra (San Jorge) a vivir. La moneda dio dos veces consecutivas cara y Jaime se quedó. Fue su labor como agricultor y criador de cerdos la que le hizo relacionarse con muchas personas de la región que posteriormente se volvieron compadres de vida y, después, compañeros de resistencia liberal, para desembocar en camaradas guerrilleros.

Las cosas empezaron a pintar rojas, tanto de sangre como de pensamiento. En medio de uno de los tantos embates conservadores, Jaime recibe una carta de un comandante liberal del Casanare en el que pide que se luche conjunta y permanentemente contra la dictadura instaurada por Mariano Ospina Pérez y Laureano Gómez. Enseguida Jaime reunió a la gente más comprometida de su pueblo para contarles lo de la carta. Uno de los asistentes lo denunció ante el inspector por "estar lavando cerebros en contra del gobierno y fundando guerrillas". El inspector no tardó en aterrizar en la finca de Jaime y le revolcó todo hasta encontrar la dichosa carta. Así lo incriminó: Jaime fue enviado a prisión por rebelión, aunque la verdad consistía en que fue encarcelado por liberal.

En prisión Jaime fue ejemplar. Rápidamente se hizo de un cargo de quinta categoría que radicaba en cuidar las puertas de su patio y notificar movimientos extraños. Esta experiencia le sirvió para ir ideando su escape, ocurrido una despejada noche de verano. Jaime simplemente desapareció y se ocultó por meses en las montañas del nudo de Paramillo. A su escondrijo sólo le llegaban alimentos y noticias de la forma como lo buscaban los conservadores —Liberal, algún día cogemos tu cabeza y bailaremos sobre tu tumba—. Jaime nunca más podría dedicarse a la agricultura. Él, que jamás había peleado con nadie, que solo deseaba cosas buenas a toda la gente que conocía, se había convertido en un perseguido político. La suerte estaba echada: no tenía nada que perder, pero sí mucho por vengar.

El Sinú dejó de ser simplemente su casa y se convirtió repentinamente en su causa. Jaime encontró cientos de personas que ya habían dado el viraje hacia la resistencia. Le hicieron fiesta y le pidieron que ayudara a organizar una guerrilla. Jaime no dudó. Coordinó reuniones y puso en práctica todo lo aprendido en su época de obrero y sindicalista. El primer nombre que se le ocurrió fue Divisa Roja y su principal lema era “moral sin ley contra ley sin moral”.

Si el Estado conservador no respetaba nada y arrasaba con familias enteras, violando y descuartizando mujeres y niños, Divisa Roja sí respetaría esos preceptos y solo iría a la lucha hombre a hombre. Así fueron cinco años en los que Jaime lideró en el sur de Córdoba, lo que devino consecutivamente en las Juntas Patrióticas de Liberación, una organización más de supervivencia y autodefensa que de



agresión constante. No eran más de cincuenta hombres, de los cuales apenas una treintena estaba armada. Los otros improvisaron con palos y correas armas de juguete que a lo lejos podían pasar como fusiles de verdad.

El primer combate sucedió en Dabeiba y ningún liberal murió, pero sí siete policías. Al cabo de un par de meses, en otro enfrentamiento, también salieron ilesos, mientras del lado policial cayeron doce. De ahí en más se posicionaron en el Llano del Tigre, lugar que funcionaba como guarida de descanso y entrenamiento y, lo mejor, como despensa.

Uno de los episodios que más marcó la consciencia de lucha de Jaime, tuvo que ver con una acometida conservadora que terminó con un bebé de dos años con la cabeza estallada sobre una enorme piedra, mientras los victimarios reían desaforadamente al ver el desespero de su madre. Ese día Jaime se dio cuenta de que su reyerta estaba establecida en contra de auténticos monstruos y en favor de los más repulsados, y que, en adelante, no desperdiciaría un sólo minuto de su vida para contrapesar toda la perversidad recibida.

En la época de Rojas Pinilla, Jaime empezó a pensar en la posibilidad de amnistiarse. El nuevo presidente de la república permitía a las guerrillas liberales reincorporarse a la vida civil. Jaime no desaprovechó la oportunidad e intentó volver a la agricultura, pero fue imposible: le ofrecieron trabajo como inspector de policía y él aceptó y cumplió a cabalidad y con honores su labor, hasta que

cuatro años después del nombramiento lo sacaron sin decirle nada. Jaime volvió a San Jorge y se dedicó al comercio con aparente calma, pero los hostigamientos volverían a aparecer y lo arrastrarían, una vez más, hacia las brisas revolucionarias.

Fue en los meses en los que iniciaba esta nueva insurrección que Jaime se encontró en Montería con el inspector de policía que lo alentó a organizar el territorio con el tema de los maestros y las escuelas. Jaime no sólo era un hombre reconocido, sino muy admirado. La gente confiaba en él. De una forma silenciosa, Jaime empezó a llamar a la creación de comités de acción, con el objetivo de crear células ideológicas que dieran forma a la proyección de una guerrilla que superara la autodefensa y que se concentrara en una lucha organizada, capaz de hacer frente a las ofensivas conservadoras de una forma multilateral, orientada por preceptos filosóficos y políticos que ostentaban, a largo plazo, la ilusión de tomar el poder. Así se fueron incluyendo nuevas palabras en la jerga revolucionaria: imperialismo, burguesía, terratenientes. Así como también nuevas figuras, algunas cercanas y otras más que lejanas: Che Guevara, Fidel Castro, Marx, Lenin, Mao. La maquinaria partisana, sin que lo pudiera certificar Jaime, ya estaba en marcha y empezaría a llamarse EPL.

Jaime no podía creer el apoyo que recibía el movimiento. Gente hacía favores sin que fueran pedidos, llegaban donaciones de comida, cosían uniformes gratis, se fundaron periódicos, había gente dispuesta a prestar servicios de vigilancia y hasta de espionaje sin pedir nada a

cambio. Era el desarrollo de la solidaridad de clase y, naturalmente, la consolidación de la pretendida consciencia campesina. Para ingresar sólo hacía falta jurar mirando hacia el horizonte de la tierra amada: ¿Jura usted por la patria y por la revolución luchar con su compañero hasta el final? Todo se centraba, primero, en labores de lucha y, después, en labores políticas, con el auspicio de largas jornadas de debate y comprensión doctrinal. Era la ejecución de la revolución, una revolución hacia el socialismo que tenía que, sí o sí, desembocar en la construcción de una nueva sociedad. Una sociedad paradisiaca, sin alcaldes, ni policías, ni cuarteles, sino con hombres libres e iguales, forjados en centros de educación popular. En el noroccidente colombiano estaba el fuego bajo la ceniza.

Jaime seguía al frente de la Junta Patriótica del sur de Córdoba. Desde allí, lejos de los combates, se dedicaba a la política. Un día le invitaron a viajar a la República Popular China, pero por problemas con el visado terminó yendo a Albania, país que le convenció totalmente de que sí era posible un mundo nuevo, sin ricos y con los privilegios de la tierra, el esfuerzo y la inteligencia humana bien repartidos. Al volver al país Jaime trajo consigo la responsabilidad que le faltaba: fomentar aquella nueva y suspirada realidad.

Pasó una década y ya Jaime estaba casado no sólo con la revolución, sino con una hermosa mujer que había perdido a sus dos primeros esposos en la causa guerrillera. La conoció mientras ella dirigía un comité de salud dedicado a guerrilleros heridos en combate. La invitó a tomar





tinto una, tres, diez, veinte veces, hasta que por fin ella cedió a acompañarlo a un combite. Allí, entre bailes y guarapos, le declaró sus afectos recitándole los mejores apartes de la conferencia sobre el amor que Lenin dictó en la Universidad Comunista Sverdlov en 1919. Ella no resistió el romanticismo colombo-bolchevique y le dio el sí. Jaime recuerda que celebraron la unión durante cuarenta y ocho horas seguidas, justamente en la víspera de un aniversario de la independencia colombiana.

El tiempo empezó a pasar factura y los quebrantos de salud llegaron, inesperados, a pregonar el cambio generacional. Después de varios años de combativo matrimonio, Jaime y su esposa se retiraron a presenciar cómo el mundo que habían soñado se alejaba cada vez más de la realidad posible. Cómo todo viraba en la dirección contraria a la que ellos habían apostado su vida. En los albores de los años noventa, Jaime y su esposa seguían creyendo que todo es cosa de organización, y que la guerra nunca termina hasta que no se cumplen los cánones que la inventaron, tanto de una parte o de la otra. O se gana o se pierde. Ganar es estar vivos, perder es morir en la guerra. Algo ganaron, aunque no sabían muy bien qué, si de estar vivos se trataba, capaz era porque en el fondo había algo más. De lo contrario, daba igual el cementerio, alguna fosa común o la simplicidad del olvido.

Muchos años después de aquel definitivo cara y sello y, con el proyecto político revolucionario naciente, Jaime ya tenía claro que todo el esfuerzo compendiado tenía sentido si se lograba cambiar radicalmente el rumbo de la

región y, por supuesto, del país. Mientras abrazaba a sus seres queridos, el último día de 1969, Jaime no dejaba de pensar en el sacrificio y compromiso que se le venía encima. El reloj marcó las doce de la noche y la música alegre del año nuevo resonó en sus oídos por última vez. Fue su madre la que le dijo: Hijo, la vida son problemas, un hombre sin problemas ¿para qué vive? De los problemas hay que sacar ideas capaces de transformar esos problemas en soluciones; y vivir, vivir para siempre, con los demás, en los demás y para los demás. Jaime no sabía que esa era la sentencia de su destino.

De campesino a tantas muchas otras cosas mutó Jaime Rendón. La violencia nunca fue una elección, sino una escueta obligación que supo transformarse en porfiada vocación. Violencia que se convirtió en idea. Idea que se convirtió en acción. Acción que se convirtió en guerra. Guerra que se convirtió en verdad. Verdad que se convirtió en vejez. Vejez que frustró todo. Colombia nunca fue como Albania y Jaime, sentado en alguna orilla del río Sinú, con una cerveza en su mano izquierda, no puede perdonárselo.

Agradecimientos

Agradecemos a la comunidad de la vereda de Santa Anita, municipio de Tierralta, por abrirnos las puertas de sus casas. Por la generosidad a la hora de reconstruirnos sus historias y vidas extraordinarias. Al Cinep por invitarnos a reflexionar en torno de la Teología de la Liberación. A los investigadores e investigadoras que, a lo largo del tiempo, han formado parte de este inagotable tejido. Por último, al ICANH, por el estímulo que otorgó para llevar a cabo este ejercicio de divulgación etnográfica.

Una iniciativa de:

Catalina Serrano

En alianza con:

G Jaramillo Rojas

Título investigación original: “Los campesinos del Nudo del Paramillo, despojo y reproducción de la vida en una región de frontera agraria” investigación ganadora de los estímulos del ICANH 2020.

© 2020, Catalina Serrano

Edición, diseño, ilustración y encuadernación:

Biblioteca Popular Bruce Lee

Editor: Nicolas Uribe Pantoja

Diseño: Mónica Mejía

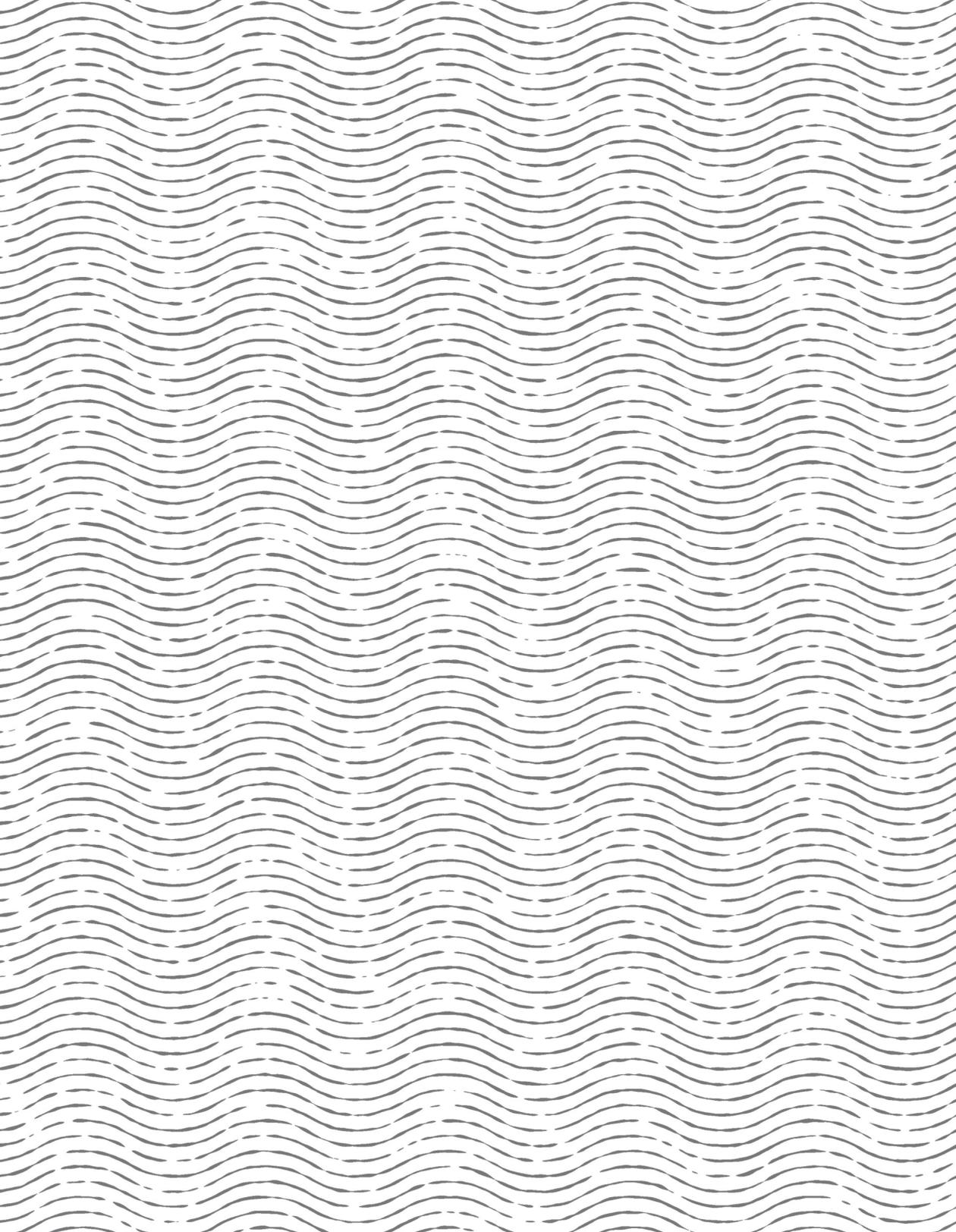
Ilustración: Juan Pablo Calle Del Llano

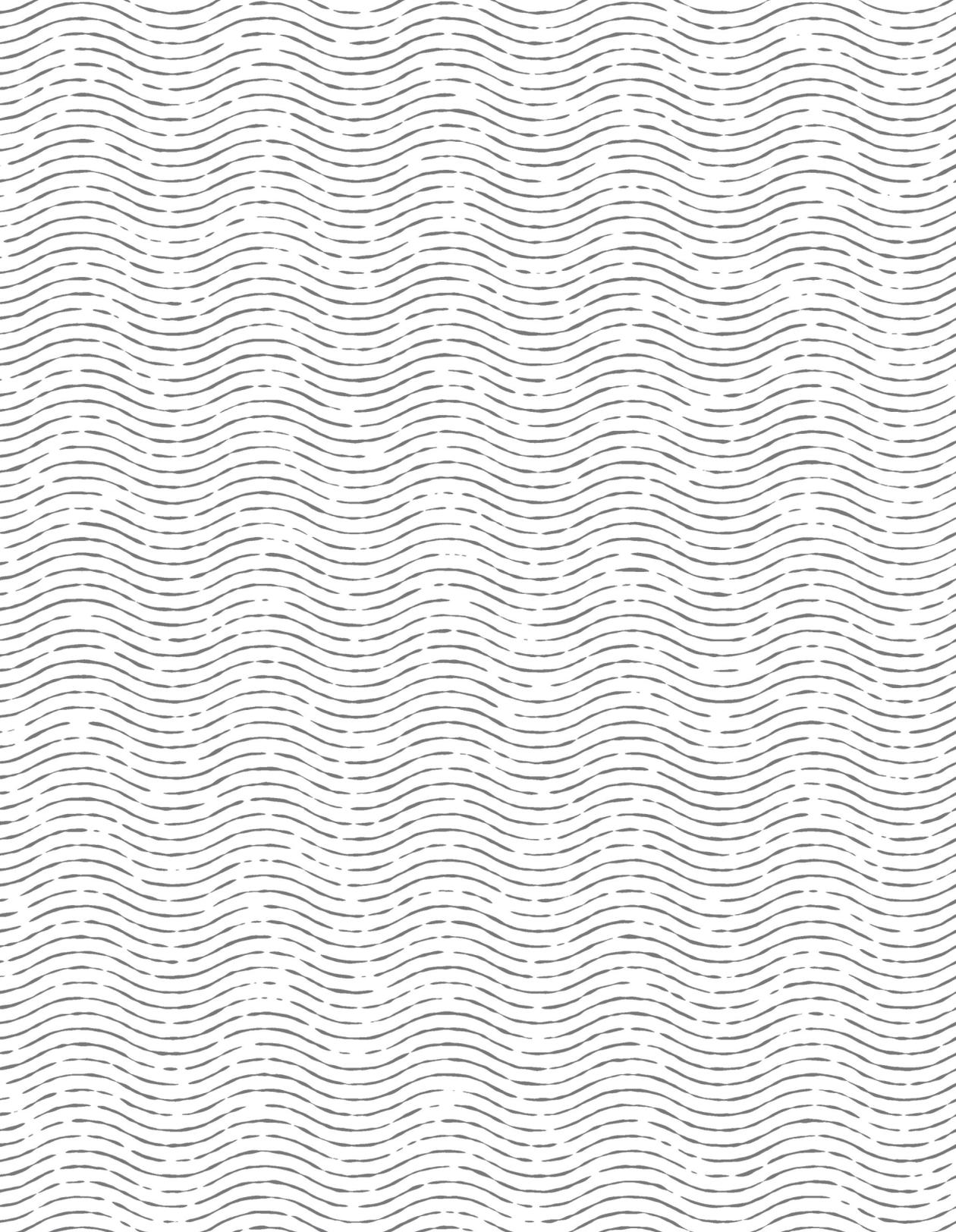
Encuadernación: Nicolás Uribe Pantoja,

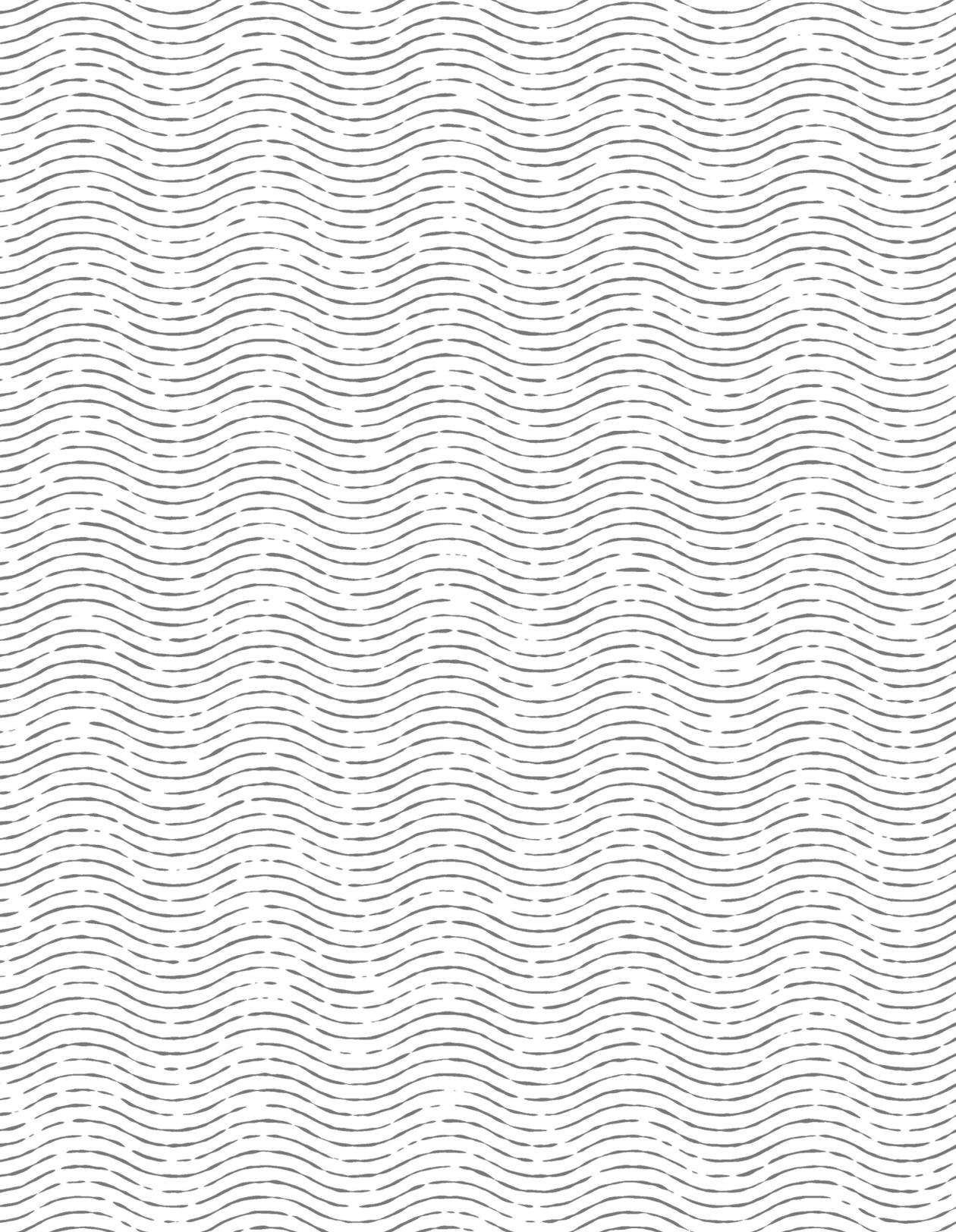
Margarita Tobón y Juan Alejandro Correa

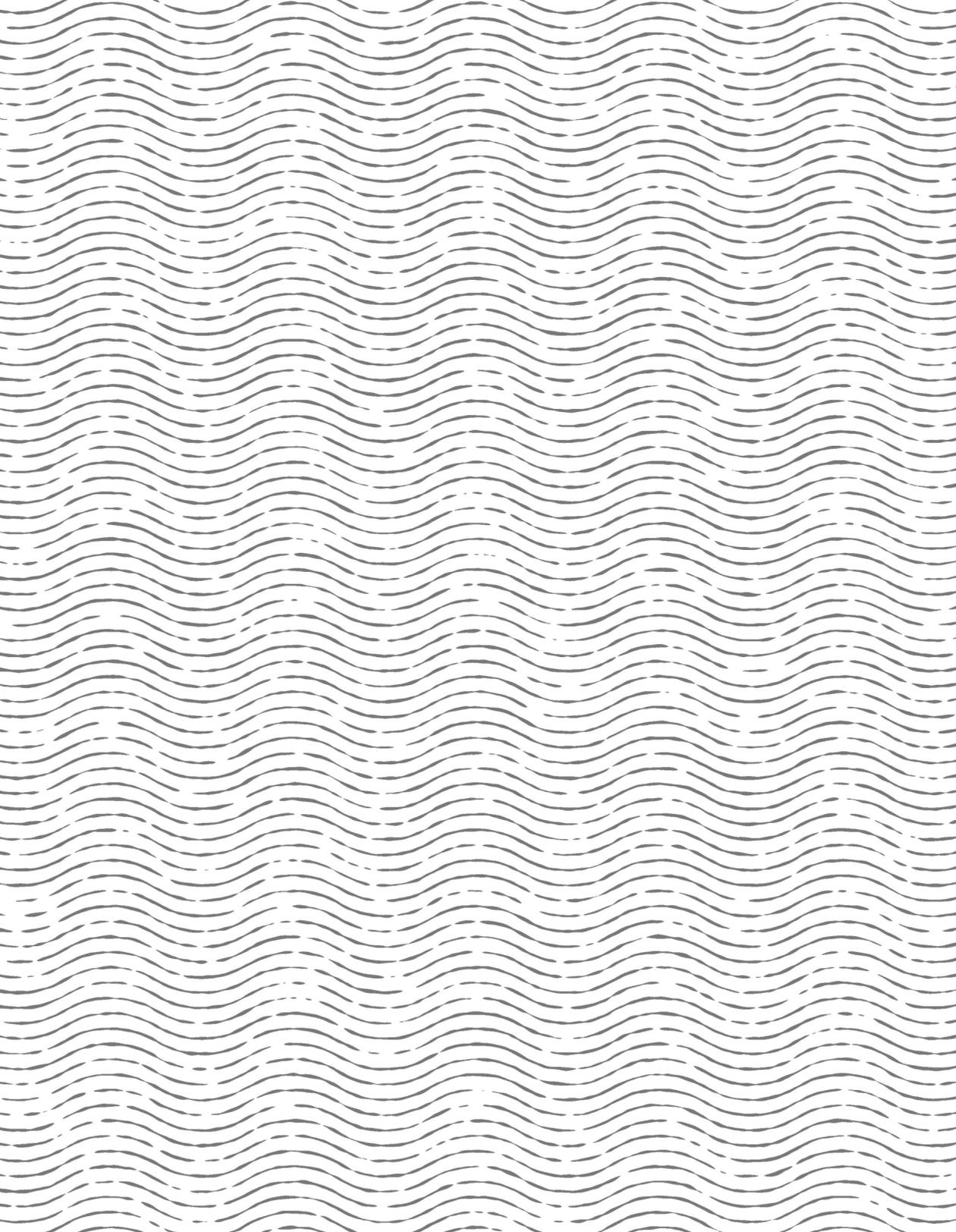


Esta edición artesanal de **Aunque se acabe este mundo o nuestras vidas** se terminó de ilustrar y diagramar en diciembre del 2021. Para el cuerpo del texto se utilizó la tipografía Avenir diseñada por Adrian Frutiger, papel Bond de 90g para interiores y Propalcote 240g para su cubierta. Libros hechos a mano en el taller casero de la Biblioteca Popular Bruce Lee entre diciembre del 2021 y febrero del 2022, en Cali, Colombia. El tiraje consta de 100 ejemplares numerados:







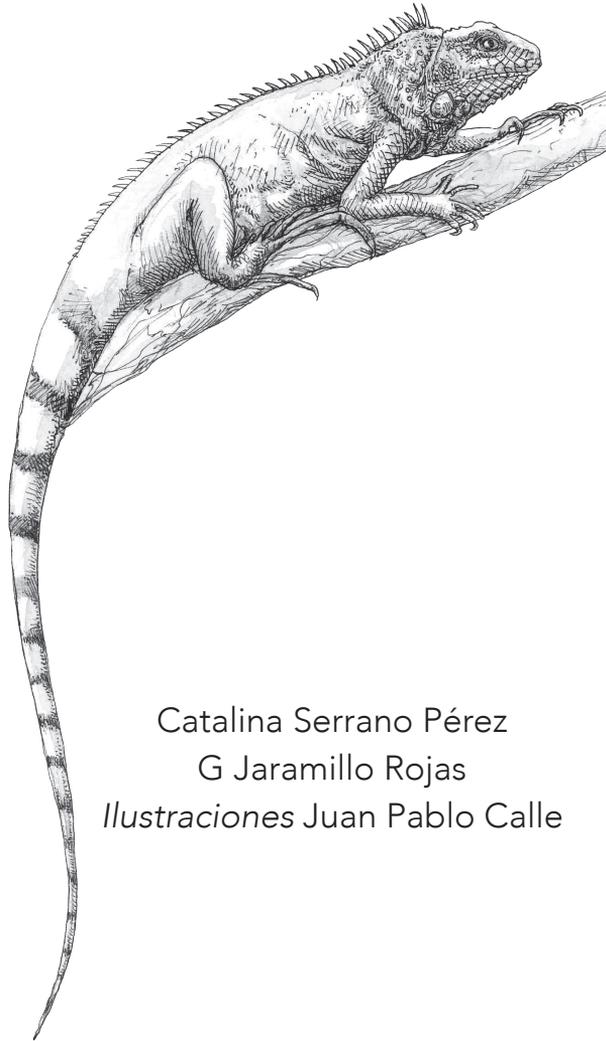


**AUNQUE SE ACABE ESTE MUNDO
O NUESTRAS VIDAS**

Historias del Nudo del Paramillo

AUNQUE SE ACABE ESTE MUNDO O NUESTRAS VIDAS

Historias del Nudo del Paramillo



Catalina Serrano Pérez
G Jaramillo Rojas
Ilustraciones Juan Pablo Calle

Introducción

El Nudo del Paramillo es uno de los lugares más intrincados de la realidad colombiana. En su sistema montañoso palpitan las contradicciones de la cordillera central andina, los bosques del Urabá y las planicies hacendadas de la costa caribe. Aunque fue declarado zona de conservación natural en los setenta, desde hace más de cien años este territorio ha sido habitado por poblaciones indígenas y campesinas que se resguardaron en sus bosques huyendo de fenómenos de despojo territorial y violencia, construyendo allí corregimientos enteros, que en los noventa fueron borrados del mapa en medio de un conflicto que involucró megaproyectos hídricos, así como estrategias paramilitares y guerrilleras de dominio territorial.

Las siete historias aquí narradas son crónicas de ficción resultado del diálogo entre una de las investigaciones ganadoras de los estímulos del ICANH 2020: “Los campesinos del Nudo del Paramillo, despojo y reproducción de la

vida en una región de frontera agraria”, de Catalina Serrano y la interpretación periodística y literaria de G Jaramillo Rojas. Los autores esperamos generar un acercamiento tanto a la realidad del territorio, como a la infinidad de maneras que existen para abordarlo imaginariamente, con el objetivo puntual de reconstruir los lazos de la memoria que el tiempo no solo va borrando, sino que, en el peor de los casos, la desnaturaliza.

Deseamos, entonces, que estas historias sean una excusa para que las nuevas generaciones reconozcan la historia de sus antepasados y que les sirvan como testimonios de vida para sobreponerse al olvido y valorar el entramado sociocultural que ha sabido determinarlos como individuos. Ahora bien: ¿por qué crónica de ficción? Es sencillo: eso que llaman realidad no es otra cosa diferente a la multitud de percepciones que se desprenden de un hecho aparentemente común, pero que es interpretado de formas diferentes por quienes viven u observan el contexto. Así las cosas, la crónica de ficción nos permite transitar aquellas percepciones de maneras en las que los lectores pueden verse reflejados, sin caer en la teatralización de una realidad para someterla al difícil juicio de la objetividad. Damos prioridad a la imaginación, ya que por medio de esta es que puede superarse cualquier tipo de verdad, feliz o dolorosa, y proyectarla sobre las estancias de lo soñado o, en otras palabras, de lo fantásticamente posible.

Autores

Catalina Serrano Pérez (Tunja, 1990). Antropóloga, educadora popular y viajera. Investigadora de la memoria de las poblaciones rurales de Colombia, los territorios de frontera agraria, dinámicas del conflicto armado y defensa de derechos humanos.

G Jaramillo Rojas (Bogotá, 1987). Sociólogo, periodista y docente. Autor de los libros *Sur* (Fallidos Editores, 2019), *Cubanías* (9editores, 2020), *Sal* (Fallidos Editores, 2021) y *Sensorium. Historias bogóticas* (9editores, 2021).

Índice

Cometierra. *G Jaramillo Rojas*

Edelia. *Catalina Serrano Pérez*

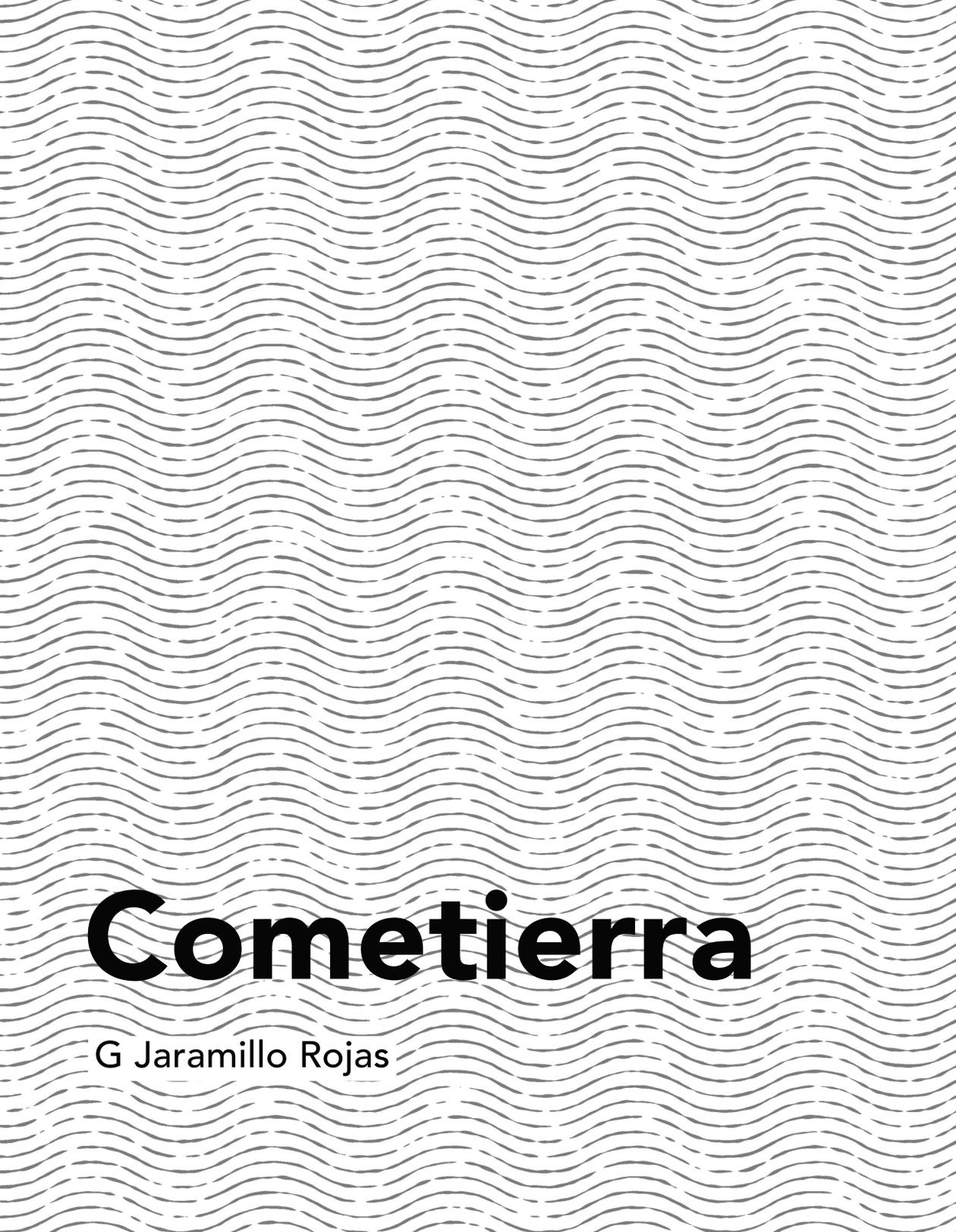
Usted vea, pero no toque. *G Jaramillo Rojas*

Aunque se acabe este mundo o nuestras vidas.
Catalina Serrano Pérez

Doncel Marroquín. *G Jaramillo Rojas*

El tiempo de la selva. *Catalina Serrano Pérez*

Fuego bajo la ceniza. *G Jaramillo Rojas*

The background of the entire page is a dense, repeating pattern of thin, wavy, horizontal lines. These lines are slightly irregular in their curvature, creating a textured, water-like effect. The lines are dark gray or black, set against a white background.

Cometierra

G Jaramillo Rojas

A Juan José Altamirano le pusieron un revólver en la cabeza. Nosotros no somos bobos, le dijeron. Sabemos que usted se llama Julio. Juan José se mantenía sereno. Tenía claro que si tenía que morir aquella mañana sería diciendo la verdad. No señores, yo me llamo Juan José, pero si me parezco a Julio es porque él es mi hermano, respondió una y otra vez. La mezcla de calor y angustia se traslucían en un sudor denso y amarillento. La camisa de Juan José no solo permanecía entrapada, sino completamente sucia debido a la cantidad de veces que lo habían arrojado al suelo. Yo solo soy un campesino, esta es mi tierra y no le debo nada a nadie, repetía. El dolor era una mirada aguda que se perdía en el cielo o en las copas de los árboles. Juan José pensó en su padre, hombre desplazado como él que jamás pudo retornar. Cuando Juan José volvió sabía que esto podía pasar en cualquier momento. Y el momento había llegado: otra vez lo estaban doblando cara al abismo de la historia de su familia. Como una mata de arroz que saca el gajo permanecía con el rostro lleno de barro y un



revólver paramilitar ceñido a la coronilla. La primera vez que salió corriendo con su familia, Juan José tenía 14 años. Aquella vez sus padres abandonaron 8 mulas, 26 vacas y 4 caballos. Ahora, cuando tiene 40, las cuentas vuelven a ser igual de claras: 6 mulas, 39 vacas, 7 caballos, 11 cerdos y medio centenar de gallinas. Él sabía que no debía estar por ahí, exponiéndose a problemas que nada tenían que ver con él pero que por el solo hecho de habitar la región lo hacían partícipe. No obstante, hay cosas que, en definitiva, la gente tiene que hacer personalmente. Horas antes de su captura Juan José desayunó sancocho con huevos y café, besó a su esposa en la frente y salió a cerrar la venta de 2 de sus mulas y 4 vacas.



Aquella primera migración obligada llevó a la familia Altamirano a Medellín, aunque la familia habría de llegar incompleta a la capital antioqueña, debido a que en una de esas largas caminatas el papá de Juan José sufrió un infarto y murió repentinamente. Entre Juan José, Julio y Joaquín levantaron a su padre y lo cargaron, metido entre costales dos días enteros, sorteando montañas y valles, ante la mirada atónita de campesinos e indígenas. Lo enterraron en un campo cerca a un río. La madre y sus hermanas prepararon el cuerpo, le cantaron, lo lloraron, lo despidieron y siguieron el viaje. Una muerte de la que aún nadie se recupera. Después, hubo una segunda migración. Juan José y sus hermanos regresaron a la región. La madre y las hermanas se quedaron en Medellín. Iban y venían, mientras trabajaban pequeñas parcelas aledañas a

la que antes era su tierra. Levantaron una casa y Juan José y Julio se quedaron a vivir. Cuando todo estuvo listo, Joaquín decidió regresar e instalarse en Medellín. Así pasaron tres años, aparentemente tranquilos, sin inconvenientes de ningún tipo, hasta que otra vez surgió de la nada aquella voz ronca y virulenta, que amenaza y cumple y, sin más, propició un nuevo desplazamiento. De esa segunda vez a Juan José le quedó enquistado un pequeño plan: ahorraría para comprar un revolver, legal, no para delinquir sino para autoprotegerse de la realidad que alguien le había forzado a cargar como propia.



Los paramilitares le gritaron, a lo lejos: Julio, Julio Altamirano, deténgase o se arrepentirá. Juan José avanzó hacia la maleza de una quebrada con la intención de confundirlos y fue cuando escuchó un par de tiros. Él sabía que esos tiros habían sido disparados al cielo, pero que eran la primera sentencia de muerte si no acataba las órdenes. No le quedó otra que bajarse del caballo y llenarse de valor, mientras escuchaba a los hombres acercarse. Cuando lo vieron, cuatro hombres se abalanzaron sobre él, mientras otros dos dirigían la escena. Le quitaron la peinilla que había heredado de su padre, la montura de la bestia, el sombrero de cuero y el revolver. ¿Si no debe nada por qué anda armado?, le preguntaron. Juan José calló. Mire Julio... Yo no soy Julio, soy Juan José. Mire Julio... Que no soy Julio. La peinilla fue instalada en el cuello de Juan José. Mire, acá arriba vive doña Berta, ella me reconoce y puede decirles cómo me llamo. Uno de los hombres que dirigía la escena agarró

cuesta arriba y al cabo de media hora volvió con doña Berta. La mujer, asustada, respondió afirmativamente: Sí señores, él se llama Juan José y yo no tengo nada que ver con él, sé su nombre porque Julio, el hermano, en algún momento hizo negocios de animales con uno de mis hijos. ¿Y Julio? ¿Usted lo ha visto por acá? Doña Berta movió la cabeza negativamente. Los paramilitares empuñaron el revólver de Juan José y le espetaron: díganos dónde está su hermano o le volamos la cabeza con su propio revolver. Yo no tengo nada que esconder, el hermano mío está en la casa. Pueden ir a buscarlo allá. Ustedes saben dónde vive él, pero les aseguro que él tampoco tiene velas en este entierro. ¿Cuál entierro?, le recriminaron. Pues él es campesino como yo y no se mete con nadie: ustedes tienen mal la información. Uno de los hombres dio la orden de ir a buscar a Julio. A esa altura ya habían llegado seis hombres más. Dos horas pasaron, el bochorno del mediodía acechaba con potencia, hasta que llegaron con Julio. Lo traían sin camisa, descalzo, con las manos amarradas y un grueso collar al pescuezo. Juan José intuía la ejecución y no se dejó amarrar las manos: si me van a matar mátenme suelto, les dijo, con rabia hacia afuera, pero enteramente espantado por dentro. La voz del comandante se hizo escuchar: como está tan bravito, no lo amarren, pónganlo a comer tierra, que nunca se le olvide el sabor de la tierra. Suelten a mi hermano, suplicó Julio. ¿Por qué nos quieren matar?, preguntó Juan José. El comandante insistió: ¡llénenle la boca de tierra a ver si se calla! Miren, si nos van a matar por favor no nos tiren al río, es lo único que les pido, dejen que nos encuentren y nos despidan como a todo el mundo, no les tengo miedo y si no estuviera

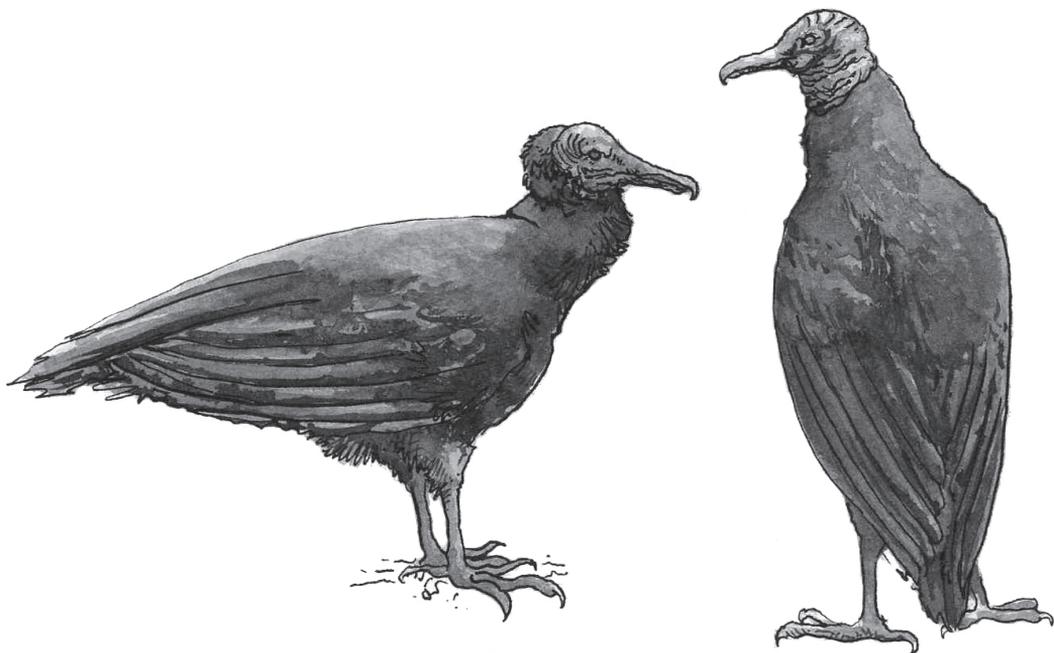


amarrado hasta les quito los fusiles y por lo menos a uno me llevo, dijo Julio. El comandante quedó fascinado con las palabras de Julio y, entre silbidos de pájaros, le expresó suavemente: Mire, hombre, gente así es que necesitamos para la guerra, si usted es tan verraco podría demostrarnos que hace cualquier cosa ¿no? Le damos un arma y listo. Julio miraba fijamente el rostro sufriente y embadurnado de su hermano. A mí me gusta un arma de trabajo y hasta la compro, pero a mí armas regaladas no me gustan y para hacer maldades menos, me da mucha pena, pero si nos van a matar háganlo, pero por la verdad, que por la verdad murió Cristo. Todos los hombres escuchaban con atención la extraña conversación entre Julio y el comandante. Mire cucho —habló el comandante— de tanta persona que yo he lidiado y me ha tocado ajusticiar, la única a la que voy a perdonar es a usted y quiero hablarle por las buenas porque hay que ser muy hombre para pararse así ¿me entiende? Le pregunto puntualmente y espero me responda con más puntualidad: ¿Usted fue el que dio bala a los primos Valencia? Los cacaoteros de La Esperanza. Fíjese cómo los mataron de feo, por la espalda, la verdad que hay que ser muy hijueputa para eso ¿no le parece? Y ahí, en frente de las mujeres y los hijos. Eso no se hace. Un no rotundo salió de la boca de Julio: no señor, yo no he matado a nadie. El comandante prendió un cigarrillo y se lo fumó todo, pausadamente, en completo silencio, dándole la espalda a la escena. Ve, Julio, le voy a perdonar la altanería, porque usted es un valiente y de pronto lo voy a necesitar en la guerra. Los sollozos de Juan José interrumpieron al comandante. Suéntenlo —gritó— ¿o es que quieren matarlo? No

sean malparidos, déjenlo respirar el aire de esta mañana maravillosa. Juan José se incorporó y completamente agitado fue a vomitar entre la maleza. El barro en su rostro ya estaba seco. No me vuelva a recalcar eso porque yo no lo voy a acompañar a ninguna guerra, no quiero participar en grupos armados ni nada de eso, si lo hiciera me meto, pero del lado del gobierno y para pelear por el país contra otro país, no a esta vaina sin sentido, terminó Julio. Tranquilo papá —replicó el comandante— de alguna forma nosotros también somos el gobierno.



Juan José permanecía mareado y dolorido. Intentaba limpiarse el rostro y dejar de lado el espanto, cuando escuchó el tiro que le quitó la vida a Julio. No quiso mirar. Se acurrucó con las manos entre la cabeza. Allí quedó entumecido, impidiendo el brote de las lágrimas y con la sangre trémula a punto de reventarle las venas. Lo último que escuchó fue la voz del comandante: Oiga, cometierra, nosotros no somos ladrones. Ahí le dejamos su revólver encima de la valentía de Julio, su hermano. Tiene veinticuatro horas para irse y no volver nunca más por acá y si se pone de bocón a decir lo que no pasó, le caemos a Medellín y le aplicamos la de los sapos ¿entendió? Juan José dejó que se fueran aquellos hombres aciagos. Cuando ya solo se escuchaba el dócil rugir de la selva y el susurro inmortal de la quebrada, Juan José se acercó al cuerpo de Julio, retiró el revolver, le levantó la cabeza, le cerró los ojos y empezó a recitar, con los labios negros y el tufo de su tierra: *Dale señor el descanso eterno y brille para su alma la luz perpetua.*



Edelia

Catalina Serrano Pérez

Tení 18 años la primera vez que salí del Manso. Fuimos con mis primos y una tía en balsa. Como era invierno bajamos ligero y en tres días ya estábamos en Frasquillo Viejo. Tuvo que enfermarse Ismael para que me dejaran viajar. Mi papá siempre dijo que las mujeres éramos para la casa, no para el monte, y mucho menos pa' andar en el río. Después de Ismael seguía yo, y atrás mío mi mamá parió otros cinco pelaitos que para ese momento todavía estaban chiquitos. Entonces, como no había nadie más, me tocó esa vez bajar a mí con los cerdos.

Mis primos le hicieron un entambao' al chiquero y ahí metieron los cerdos. Eran 50 juntando los de los Rodríguez. Los metimos todos y les llevábamos su maicito y les íbamos echando agua por el camino para que no sufrieran el viaje y, cuando nos cogía la noche, buscábamos un playón y ahí mismo amanecíamos para embarcar nuevamente. El viaje me tocó fácil, porque en verano cuando el agua está bajita podía demorarse más, hasta 8 días bajando y más del doble subiendo.

Ni imaginar cómo habrá sido en épocas de los mayores, que hacían un atao' de 50 animales y los bajaban por un camino que atravesaba el monte. Esa gente sí era muy verraca, echaban los cerdos en manada por un camino que salía del Manso y llegaba a la Esmeralda, de Esmeralda a Torres y de Torres a Río Verde hasta el cerro, y por ahí volteaban hasta Carepa. Era como un mes de viaje. Eso sí que era muy duro, tocaba llevar escopeta y de noche prender antorchas para espantar las fieras.

Abel, mi tío, siempre contaba que en una de esas se encontró con la pantera negra. Cuando yo lo escuchaba me daba como un escalofrío de solo imaginarme ese animal deslizándose en la oscuridad. Dice mi tío que era el animal más hermoso que ha visto, que tenía el pelo pegaito al cuero, lisito y con visos azules, que el día que lo vio llovía y el agua le resbalaba por el pelaje. Dicen que esa pantera era más salvaje que el propio tigre, y eso ya era mucho decir, porque en esa época el tigre se sacaba a los pelaos por entre el cerco de Achama.

Lo cierto es que en un descanso del viaje mi tío Abel cruzó al otro lado del río y allá se la fue a encontrar. Estaba encima de un árbol con la mirada fija y empezó a hacer un gruñido profundo que casi hace desmayar a mi tío del susto. A ese animal no se le daba nada de ver a los hombres, al contrario, ya estaba dispuesto a atacar a mi tío. Él, ligero sacó el choco y le fue echando candela. Qué sentimiento le dio cuando vio caer a semejante bestia desde allá arriba hasta el suelo, pero pues no podía hacer otra cosa. Al final resultó bueno el cuento porque

por ese cuero le dieron una buena plata en Antioquia, y con eso se hizo a varias cositas, entre ellas unas botas que le duraron años. Unas botas que siempre le recordaban al animal.

Pero volviendo al cuento, yo no sé qué se le dio a mi papá para dejarme ir esa vez, siendo yo toda una señorita. Aunque claro, en esa época uno no tenía miedo de nada porque todo el mundo era la misma familia: ese es mi tío, ese es mi primo, mi abuela, mi abuelo, pa' donde quiera que uno cogiera pal lado del Sinú, pal lado del Manso, era la misma familia. La misión del viaje era bajar los cerdos, negociarlos y con la plata comprar una medicina para Ismael, unas telas para mi mamá y sal. En esa época no era que hiciera falta comprar muchas cosas. Allá arriba lo teníamos todo. Si necesitaba jabón con la misma grasa del cerdo se hacía, si necesitaba grasa para fritar tenía el fruto de la palma Mil Pesos, el azúcar se sacaba de la caña, no el propio azúcar, pero sí la miel y el guarapo, y así, todo lo iba sacando uno de la naturaleza y por eso la gente era más recursiva, más despierta.

Entonces, como le venía diciendo, yo en ese viaje fui tan feliz... ¿Sabe? Porque yo nunca había salido de la vereda. Lo más lejos que había estado era ahí por las Bocas del Manso y, de ahí para abajo, todo fue novedad para mí. Además ¡cosas de mi Dios, yo no sé! Pero justo en ese viaje me tocó a mí estar con Mateo. Y es que me acuerdo claritico... ya yo a Mateo lo había visto en una fiesta en diciembre. Él era de Zancón. En esa época uno pasaba un diciembre y se quedaba con esas ganas de que llegaría

el otro, pero los años eran larguísimos, eternos. No como ahora que llega uno y al ratico ya viene el otro.

Entonces para el diciembre de esa fiesta yo me acuerdo de que me tocó convencer a mi papá para que me dejara ir. Porque es que en ese entonces sí que era fregado. Eso hasta que uno no cumpliera los veinte años no podía mirar por ahí a nadie, ni nadie mirarlo a uno. Como que existía ese pudor de antes... Me tocó fue convencer a mi hermano Diógenes ¡imagínese eso! El pelao tenía 10 años menos que yo, pero me tocaba llevarlo de chaperón. Si Diógenes no iba me tocaba quedarme guardadita en la casa.

Me acuerdo de que tenía un muñequito de madera. Eso era como un saltarín, uno de esos que llaman ahora ¿cómo es? Un gimnasta, creo. Era como un muñequito colgado de una pita que estaba metida entre dos varas largas, con un palo cortiquitico atravesado en la mitad. Uno le espichaba los palos abajo y el muñeco daba el bote en la parte de arriba ¿si me entiende? Era bonito bonito ese muñeco. Con pinticas azules y blancas, todo en maderita tallada. De esas cosas que ya no se ven. Pues me tocó entregárselo al Diógenes para que me llevara a la fiesta. De la fiesta no me acuerdo mucho, sí que era con radiola, de esas que uno le giraba la manivela, porque allá ni luz eléctrica. Bailamos unas dos canciones, yo creo. Mateo le pidió permiso a Diógenes para dos piezas, y dos piezas bailamos, pero nada más.

De lo que más me acuerdo es de ese viaje. De ese sí me acuerdo bien. Uff, es que usted hubiera visto esos

paisajes: el agua del Sinú allá arriba era como de un verde esmeralda, clarita clarita, mientras en el Tigre y en el Manso el agua era un poquito más turbia, pero si usted la cogía entre las manos ya se daba cuenta de que era transparente. Y dulce, eso sí, no como el agua aquí abajo que ya viene salada y caliente. Allá era dulcecita, yo creo que porque nacía ahí mismo en la montaña. Entonces imagínese uno ir navegando en esa agua que parecía como azul turqués, como esmeralda, eso era una maravilla. Donde había casas todo era más fresco y en la orilla del río se veía puro bijao, tacana, iraka y rastrojo. Y ya en unos poquitos pedacitos de montaña era que el monte se ponía espeso y no dejaba pasar la luz, entonces uno veía esos árboles que sin mentirle eran de diez arcadas. ¡Eso era una cosa impresionante!

El Mateo iba de aquí para allá y de allá para acá. A mí sí me llamaba la atención, pero yo como que no lo miraba mucho, porque es que yo iba a lo que iba, y para qué, pero yo siempre fui muy responsable. En todo caso yo si sentía esa tensión cuando él pasaba por ahí cerquita. Me tocaba dejar la cabeza gachaita para no ir a cruzármele con la mirada, y así de reojito como que ya yo me fui acostumbrando a su presencia. Como que fui perdiendo el susto y la vergüenza. Alguna cosa hablamos, pero yo no era capaz de mirarle la cara, me quedaba mirándole el torso, los brazos, las gotas de agua. Igual, eso a él no se le dio nada. Al final nos sentamos en el borde de la balsa a contemplar el paisaje. Yo solo miraba hacia el frente, como entre nerviosa y tranquila, y ahí poquito a poco resultamos en la charla.





Nos quedábamos mirando el agua y, en un remolino de esos, usted miraba y eso de pronto era piedra, y no era piedra, era puro pescao, sí, puro pescao, a eso le decían el cardumen, y así cualquier remolino que usted veía que era hondo, era pescao. —Mira, allá hay un cardumen de pescao— le señalaba yo con el dedo. Ya Mateo y los otros pelados tiraban el anzuelo pa' acá o pa' allá y eso le salía un rubio o un bocachico. Viajamos en la subienda, me acuerdo, por ahí en noviembre. Ya el verano estaba para entrar, entonces se veía el pescao por toda la orillita así en filita... eso si fue algo que no se volvió a ver jamás.

Llegamos a un punto que había un chorro. Bueno, con el embalse ya ese chorro desapareció. Ya no se nota casi, pero en ese tiempo era un chorro que para subir el pescao ahí era difícil porque el agua tenía como una caída. Entonces había un poco e' gente, como indígenas. Yo era la primera vez que iba por tierras de indígenas, y ahí estaban parados en las piedras comiendo pescao con chócolo. Porque el pescao llegaba ahí y para poder subir lo que hacía era que saltaba. Eso el pescao brincaba y brincaba, usted viera...

El Mateo se lanzó pa allá pa ve cómo es que era eso, y yo como venía apurada me recosté en la balsa. Bueno, pasó un rato y yo a ese pelao' no lo vi más, yo no sé. Yo veía a todos menos a Mateo, y me entra como esa angustia. Yo no sé, si a lo mejor yo... yo no sé, pero a mí me entró como esa angustia de no verlo más, como esa ansiedad. Yo me río ahora porque es que yo creo que eso no era para tanto, pero como ya yo... Y bueno, cuando aparece ese pelao'

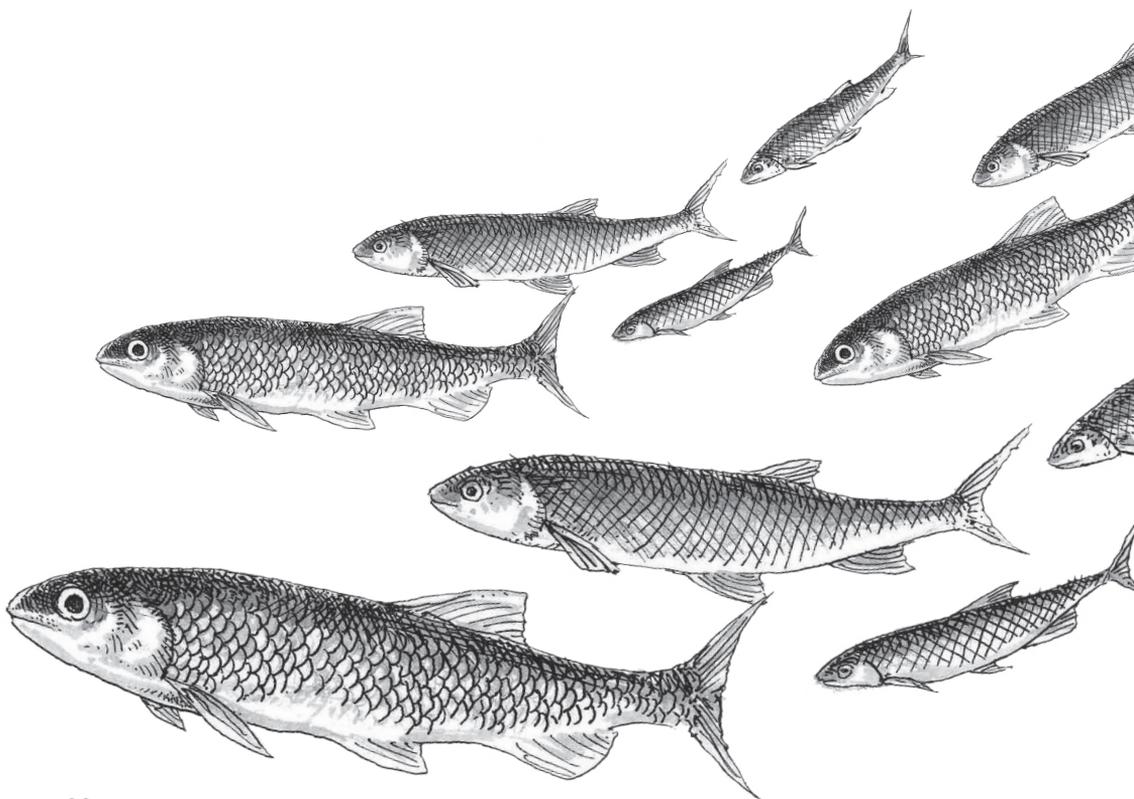
¡Zuas! ¡De la nada! fue que apareció ahí al ladito mío, salió del agua todo mojado ahí al lado de donde yo estaba sentada. Y claro, eso fue para mí la felicidad, yo ahí, por primera vez lo miré a los ojos ¿sabe? Y es que me recuerdo de ese momento: ese pelao' todo empapao', todo muerto de risa, y con esos ojos brillantes brillantes que eso parecían el Sinú con el sol poniente. Y bueno, así fue. Así con esta cara que usted me ve en este instante, así con esta cara lo miré yo, es que es como si se me devolviera el caset.

Y bueno, ese fue el cuento. De ahí nos fuimos que pa una tienda que quedaba en Las Claras, luego al Gallo y lo más abajo que estuvimos fue en Frasquillo Viejo. Todo eso que le digo es aquí más arribita, bueno, era, porque de eso ya no queda nada. Todo eso se perdió, había otro pueblo, Tukurá, pero ese se acabó rapidito. La gente se fue yendo y ya cuando fue el llenado de la represa ya todo eso se acabó. Esas tiendas no prosperaron porque se metió la violencia y entonces a la gente le daba miedo. La violencia acabó con todo lo bonito que había allá.

Eso era muy bonito, ahora no sé, llevo mucho sin ir. Los amigos que pasan por allá son los que me cuentan: en tal parte todavía se ven las cosas que tenían antes, donde yo vivía dizque se ve un pedazo de corral, la escuela dizque la volvieron a construir. Familia mía todavía hay un cuñado, un primo, todavía hay familia por ahí regadita. Pero sí, ya yo después quedé viuda y bueno...

A mí la muerte de Mateo no me afecta tanto ¿sabe? A mí lo que de verdad me duele es mi muchacho. Tanto

tiempo y sin saber dónde fue a parar... Pero como le digo, a mí no me gusta hablar de eso, eso... no, es que para qué. Lo que es a mí, si usted me pregunta, a mí déjenme allá, en ese día en esa balsa, eso es lo único. Lo demás no vale la pena ni hablar.





**Usted vea,
pero no toque**

G Jaramillo Rojas

La tristeza vino del bajo Sinú. Subió a estas tierras y se instaló como una indestructible telaraña. El Paramillo nunca más volvió a ser igual. En serio. Aunque yo creo que puede que un día vuelva a serlo. Eso no lo descarto. Esta esperanza no es religiosa ni nada de eso. Es más bien optimismo porque es que vea esta maravilla de tierra: donde usted tira una semilla algo crece. Usted solo tiene que esperar. Esto no se encuentra en todos lados. ¿O sí?

Yo ni siquiera había nacido cuando el problema ese entre liberales y conservadores. Mi padre me lo contaba con lujo de detalles. Cuando hablaba de eso se ponía raro. Cambiaba de emociones como quien cambia de ropa en el transcurso de un día caluroso. Todas las generaciones anteriores a la mía tienen algo que ver con esa telaraña. Para bien o para mal se vieron involucrados en algo que muchas veces ni siquiera comprendían, pero vivían diariamente. La tristeza básicamente fue gestionada por esa violencia. Hoy el parque es sinónimo de peligro, pero cuando yo era niño era sinónimo de libertad.

Mi madre llegó, por el río Esmeralda, en 1948. Venía de Antioquia huyendo del miedo y buscando tierras fértiles para vivir y trabajar. Ella dice que la primera sensación fue de desconfianza cuando vio a los que habitaban estas tierras, pero que no tardó mucho en darse cuenta de la amabilidad de aquellos indígenas y, posteriormente, en sentirse identificada con una misma intención: defender el territorio.

Nací en 1961 y en mis primeros años habité el parque como si fuera mío. Esto quiere decir que iba y venía por muchos de sus caminos, bosques y recovecos sin miedo alguno. Jugaba a soñar con hermanos, primos y amigos. Hasta con los animales. Como en aquellos años no había tanta deforestación era muy fácil ver bestias salvajes como tigres, osos, venados y serpientes.

Mientras nosotros jugábamos a ser grandes, los mayores tenían largas jornadas de montiar. Se reunían diez o quince y se internaban en silencio a cazar puercos manados o dantas. Lo que encontraran por ahí. Utilizaban escopetas y lanzas. Nosotros, de niños, soñábamos con acompañarlos, pero no nos dejaban porque era peligroso. Ni siquiera perros permitían, porque los puercos podían llegar a ser tan agresivos que los mataban. Cuando regresaban de las faenas se repartían lo cazado en partes iguales. Tiempos aquellos.

Me gustaba hablar con indígenas porque aprendía mucho de ellos. Por ejemplo, para cazar, atraían los animales con un sonido proveniente de un tubo que ellos mismos

fabricaban y después usaban una broquera para lanzar dardos que adormecían la presa. Los animales nunca sufrían cuando eran cazados por ellos, mientras que a mí sí me daba pesar cuando mis mayores los cazaban, porque era evidente el dolor. Igual esto no influía en que yo disfrutara de los banquetes y la felicidad de compartir en comunidad. Nunca entendí, por ejemplo, por qué los indígenas sí hacían trampas para cazar y nosotros no. Varias veces vi tapires, armadillos y guartinajas, colgando de árboles. De niño comía mico guisado, negro o colorado, pero después del desplazamiento nunca más volví a probar ese manjar.

Cuando tocaba celebrar algo, los grandes preparaban las bebidas alcohólicas. Ponían a fermentar panela y hacían chicha o guandolo. Recuerdo que dividían el trabajo muy bien, de acuerdo con edad, sexo e incluso privilegiando las habilidades de cada uno. También trabajaban en grupo para prepararlo todo y al agasajo le llamaban combite. —El próximo sábado haremos un combite en donde don José—. Y allá, a la finca de don José, llegaba todo el mundo. Podían ser hasta 100 personas. Estas celebraciones no solo se hacían por matrimonios o nacimientos, sino también eran comunes para agradecer las diferentes cosechas. En la comunidad todos eran agricultores, músicos, cocineros, animadores.

Un día, sin ningún tipo de advertencia, los grupos armados empezaron a controlar estas fiestas. Llegaban en cualquier momento y tocaba atenderlos. Ponían restricciones a diestra y siniestra. Daban órdenes, no dejaban hacer determinado tipo cosas y obligaban a los campesinos a

hacer otras. Así fue como los combites dejaron de ser el centro de la alegría de la comunidad para convertirse, incluso, en un espacio de exposición que podía terminar de las formas más increíblemente feas.

Tengo un recuerdo muy puntual: por allá a mediados de los setenta, el EPL mató una persona de una misión médica y el Estado, por medio del Ejército, respondió reprimiendo a los campesinos y militarizando la región. Esa fue la primera vez que la comunidad vio un helicóptero y todo el mundo se asustó. Las mujeres corrían y los niños lloraban de pánico, pero no por el aparato, sino porque en esos años el pensamiento que había dejado la guerra partidista era que las fuerzas del Estado solo tenían como misión aplastar a la población civil. El ruido del helicóptero y el polvo revoloteando en las veredas era lo de menos, lo que ahuyentaba era el Estado que desaparecía campesinos para después hacerlos aparecer como supuestos guerrilleros. No les interesaba proteger a nadie, solo sumar estadísticas.

En la época del presidente conservador Belisario Betancourt, esto a principios de los ochenta, todo el mundo estuvo con mucho miedo porque creían que iban a invadir la región para matarlos a todos. Entonces, para salvarse de esa guerra, la gente solo tenía como opción refugiarse en la montaña, es decir, subir al Paramillo, ya que allí no llegaba tan directamente el conflicto. Los campesinos, casi todos de filiación liberal, aprendieron a conocer el territorio y así resistieron el embate de las fuerzas del Estado.

Me parece que la bronca hacia el Ejército viene de esta época. El miedo se despertó entre los pobladores, porque si en algo se especializó esta institución fue en golpear al pueblo para sacar información que nadie tenía. Amedrentaban. Por ahí tres o cuatro veces en el trascurso de mi infancia vi hombres colgados de árboles, sí, tal cual como las bestias que cazaban los indígenas, y los azotaban y los obligaban a decir cosas para inculparlos a ellos y a la comunidad. Todo lo hacían a plena luz del día y no les daba pudor ni siquiera el hecho de que hubiera niños viendo toda esa barbarie. Por cosas como estas fue que mucha gente se afilió a la guerrilla: más como una forma primero de resistir a toda esa crueldad y, posteriormente, como una manera de venganza por todo el salvajismo recibido.

Mi padre murió a los 42 años. Una muerte repentina y muy dolorosa. Mi mamá quedó sola con nueve hijos. Yo y tres de mis hermanos no pudimos despedirlo porque el ejército no lo permitió. Cuando el hombre murió mi mamá estaba en el pueblo con mis hermanos mayores. Ese mismo día cerraron el paso hacia el Paramillo porque creían que así incomunicarían bloques guerrilleros. Desde el momento en el que mi papá murió, hasta que volví a ver a mi mamá y hermanos, pasaron cuatro meses, cuatro meses estuvimos encerrados en la casa familiar con mis tres hermanos menores. No podíamos irnos a ningún lado, puesto que éramos muy niños, pero sí escuchábamos los rumores de que algunas familias amigas abandonaban sus fincas, desplazadas por el Ejército. Bueno, acá sí debo decir que los soldados nos ayudaron a no morir de hambre a





mis hermanitos y a mí. Nos compartían sus alimentos y nosotros los recibíamos con un miedo que, por suerte, nunca más he vuelto a sentir.

Al cabo de esos sombríos cuatro meses, cuando por fin quitaron el bloqueo y llegó la chalupa que nos bajaría a Tierralta para el reencuentro familiar, fue el momento más feliz de mi vida. Diez años tenía yo. Lloramos y prometimos no volver a separarnos nunca más. Al día siguiente fuimos a la tumba de mi papá y por fin pudimos decirle adiós.

Hoy tengo cinco hijos y he luchado contra viento y marea para que nunca tuvieran que atravesar por las mismas circunstancias mías. Básicamente mi lucha ha sido alejarlos del entorno de violencia infinita. No ha sido fácil, porque una de las principales fuentes económicas para la gente de la región, sobre todo la gente joven, es todo lo que tiene que ver con los cultivos ilícitos y una vez alguien entra en esa lógica, es muy difícil salir. Por lo menos salir con vida. Por suerte a ningún hijo mío lo ha salpicado la guerra. De todas formas, no agradezco nada de lo malo que he tenido que pasar, pero sí sé que la violencia me ha hecho una persona más fuerte. Yo nunca me armé, pero sí tuve muchos amigos que lo hicieron y hoy no están vivos.

Lo malo es malo aunque lo haga el santo y lo bueno es bueno aunque lo haga el diablo, decía mi mamá. Esta es una enseñanza de vida para mí, con otra que siempre que puedo la reproduzco a modo de consejo a gente que aprecio: usted vea, pero no toque. Como forma de conducta el ver y no tocar me ha servido para sobrevivir a todo esto

que cuento. Espero que un día el Paramillo vuelva a ser ese lugar mágico que era y que no solo mi familia y yo podamos retornar, sino toda la gente que tantos años después solo tiene recuerdos horribles de esta tierra tan hermosa. Párese usted en el lugar que quiera y mire hacia cualquier lado. La verdad, yo no conozco el cielo, pero así, tal cual como lo que vemos, me lo imagino.



The background of the entire page is a repeating pattern of thin, wavy, horizontal lines in a light gray color, creating a textured, water-like effect.

Aunque se acabe este mundo o nuestras vidas

Catalina Serrano Pérez

Te lo dije mil veces, Milita, todas las veces que nos sentamos en el banquito de madera al atardecer. ¿Te acuerdas? Vigilábamos que las gallinas no te escarbaran la huerta y nos poníamos a hablar de todo un poco. A esa hora, por la luz del sol que está como despidiéndose, uno se pone profundo, trascendental. También te lo dije por las mañanas, ya cuando el nuevo día despuntaba y desvanecía los pensamientos que te atormentaban por las noches. Yo no quería preocuparte, por eso siempre lo mencionaba cuando andabas de buen genio, tan tranquila que ni siquiera eso te podía perturbar. De cualquier forma, tú seguiste creyendo y, a la larga, yo también. Las cosas tenían que continuar y así seguimos viviendo. Levantamos a los muchachos hasta cuando se pudo.

Antes de conocerte, Milita, ya yo me había recorrido todas esas partes. Trabajé donde unos tíos en Esmeraldita, y de ese punto anduve por todo lo que es Batata y Río Verde. A esa edad uno aprende varios oficios. Comencé por raicillero con mi tío Alberto. Llegábamos en medio del





monte y ahí nos instalábamos para sacar la raicilla que crecía a la sombra de los árboles más grandes. Armábamos campamentos que duraban hasta tres meses. Nos íbamos con 30 hombres y una sola mujer para cocinar. Después de eso bajábamos y todito se lo vendíamos a los de la farmacéutica, que la usaban para fabricar medicina contra la malaria. El trabajo era bueno, pero acabó tan pronto los árboles más grandes cayeron y la sombra dejó de dominar el paisaje. Ya no había espacio para que la raicilla se refugiara del sol y la plantica se fue mermando hasta que se acabó la bonanza.

Después de eso, como todavía era muchacho, me dediqué a aprender el oficio de boga. Subía y bajaba el río llevando la madera que sacaban los aserradores. En esa época no se tenían las motosierras y había que sacar el bloque de madera en bruto, lo tiraban al río y uno tenía que lidiarlo para que bajara flotando hasta Tierralta. Allá se usaba una cierra manual para ripiar el tronco, con un hombre adelante: el cabecero, y otro atrás: el colero. Eso podían pasar los días destajando un solo tronco. Ya con la madera lista me iba navegando por el Sinú, abajo, hasta llegar a las haciendas de los ricos, que preferían la buena madera para sus mayorías.

Y así fui aprendiendo de todo, también fui arriero y aserrador. Sabía sacarle el aceite al Canime y al Algarrobo para venderlo en los pueblos. Mucho de eso me sirvió cuando me volví hombre de hogar, momento en que nos vinimos a vivir donde mi padre. Es que Milita, de joven se camina mucho, pero yo digo que es importante tener a

dónde llegar. Y esas tierras fueron el mejor puerto. Hoy en día pienso que, si hubiéramos sabido todo lo que nos iba a tocar rodar después y si de pronto las cosas se hubieran hecho distinto, hoy todo eso sería un buen pueblito. Lo sé.

Cuando nos organizamos, te hice la casa de cedro y de roble, porque en esa época esas maderas sí que abundaban. Acomodamos esa finquita a tu gusto, llegamos a tener todo tipo de animales, cada uno en su corral, 40 cabezas de ganado, cerdos, cabras, gallinas, cocadas... Había pa' tomar la leche y pa' hacer el quesito. La finca tenía su cañaduzal y su cacaotera, incluso el café, aunque poquito, lo llegamos a tostar. Trabajamos duro durante largo tiempo y las palmas de coco crecieron bastante.

Allá todos nos levantamos con la orientación de que el gobierno no nos iba a ayudar en nada. Tuvimos siempre que ayudarnos entre nosotros. Por ejemplo, había que mejorar cualquier circunstancia que nos conflictuara, porque nos necesitábamos tranquilos para vivir y estar en paz.

Ya yo sé que tu todo eso lo sabes Milita, y que no te gusta recordar, pero desde lo de Río Grande a mí me gusta darles vueltas a las cosas, aunque se me pasen los días en ello. Y ahora que tú lo dices, sí, el trabajo no ha cambiado mucho, el maíz sigue siendo pa' los marranos y el arroz pa' nosotros...



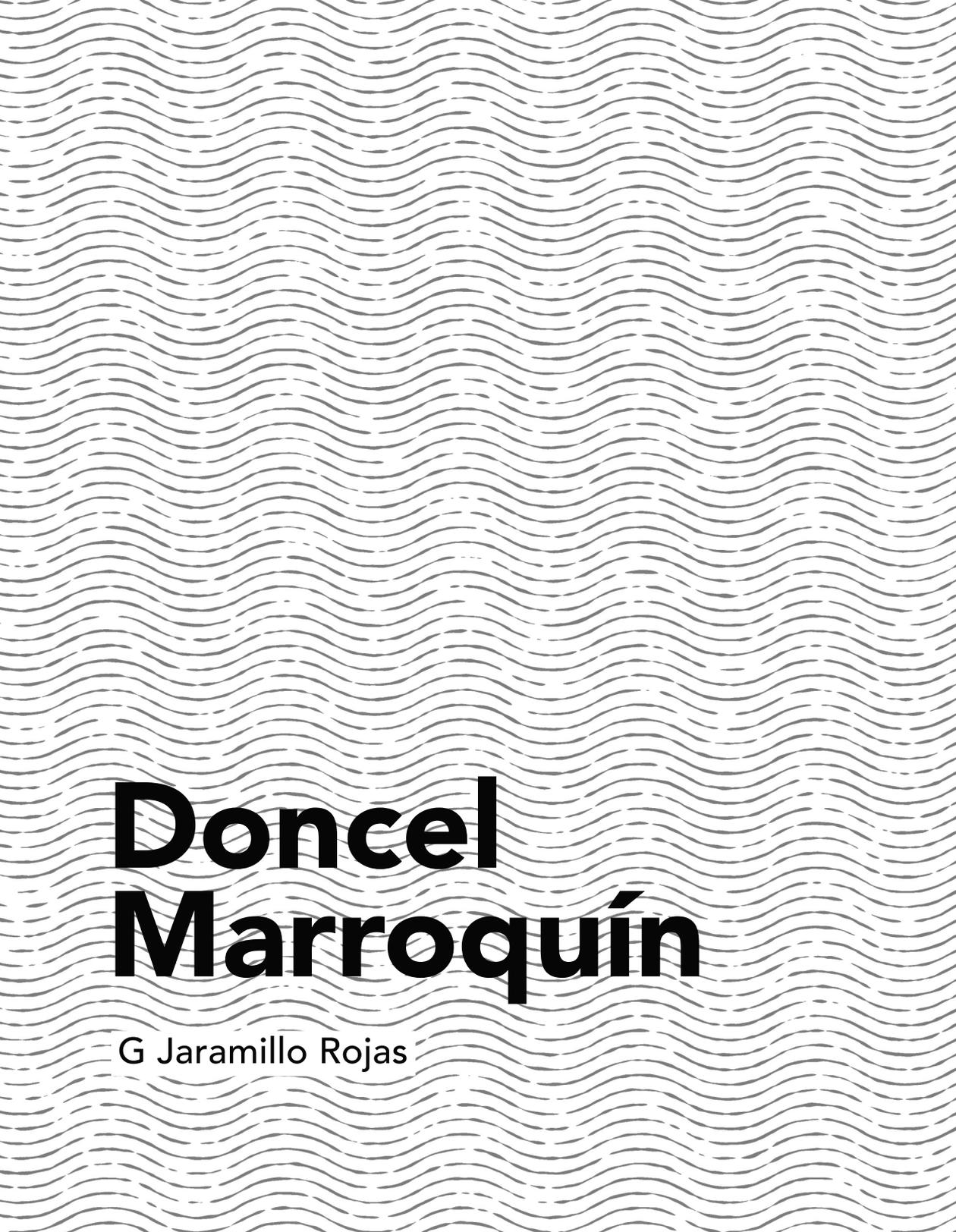
Con ese cuento de la conservación llegaron primero fue los de la empresa a hacer unos estudios. La gente del EPL también nos había dicho, que había que controlar el corte de madera, que solo unos pocos palos por familia, que pensáramos en el futuro de nuestros hijos, decían, pero eso era otra cosa. Lo de conservar el agua y construir la represa comenzó fue por una gente que vino del norte a hacer unos estudios, decían que eso era un proyecto que lo tenían planeado de mucho tiempo atrás.

A nosotros nos dieron un mes para irnos. Que, si no, iba a entrar la ley a sacarnos porque todo lo de la finca era ilegal. La misma empresa fue a medirnos y ahí nos enteramos que todo lo nuestro eran 89 hectáreas. 89 hectáreas que nos tocó dejar. Ahí empezó un poquito lo duro, pero fue solo una probadita de lo peor que se venía encima. Yo no sé, si uno siguiera las señales, si le hiciera caso a ese instinto, a esos nervios que le entran a uno cuando las cosas empiezan a cambiar. Lo cierto es que al irnos perdimos mucho. Todo se deshizo, Milita: tocó empezar de cero.

De la finca de 89 hectáreas salimos pa' Río Grande. Con los cuatro milloncitos que nos dieron por las mejoras empezamos la nueva finquita, y ahí nos aguantamos unos 8 años más, hasta que nos sacó la violencia. Después quisimos volver, pero que ya eso era zona de conservación, nos dijeron. Y por eso es que ahora estamos acá abajo, instalados, y de aquí nos quieren volver a sacar, que porque es un préstamo, dice la empresa.

El vigor de antes se nos fue perdiendo con cada nuevo comienzo, y es que sin la fuerza de los muchachos todo es más difícil. Nos mataron a un equipo de fútbol completo. Ya lo de Río Grande fue lo más tremendo, digo yo, y cuento esa historia porque la viví: a mí fue a uno de los que me tocó salir al río a recoger los cadáveres que iban bajando. Recogimos quince el primer día, de esos, cuatro venían a pedazos y nosotros con una vara larga alcáncelos pa' que la corriente no se los llevara. En esa época se puso de moda la cámara y nuestras primeras fotos fueron de cadáveres: los de ellos, los de nosotros, los desconocidos.

Lo que yo sí digo, como hombre honesto que soy, es que a nosotros nos siguen debiendo lo de la tierra. ¡Eso es innegable! Puede que yo no tenga un título, pero pagué por esas hectáreas de Río Grande. 55 hectáreas le compré a Yolanda Meléndez y como testigo tengo el oficio de compraventa. Y nadie puede decir lo contrario, que no nos vengan a tratar de corronchos pendejos porque no lo somos. Ha de pervivir la voz del hombre que es honesto, y ha de hacerse lo justo, aunque se acabe este mundo o nuestras vidas. Al fin y al cabo, esa es la misma vaina.

The background of the entire page is a dense, repeating pattern of thin, wavy lines that create a textured, water-like effect. The lines are black on a white background and curve in a consistent, rhythmic fashion across the entire surface.

Doncel Marroquín

G Jaramillo Rojas

Una mañana de año nuevo, cuando Doncel Marroquín apenas tenía doce años, se prometió a sí mismo que un día tendría tanta tierra y ganado como fuera posible. Cuando le contó a su madre la promesa que se había hecho, ella le preguntó que de dónde había sacado ese deseo y Doncel le respondió con una seguridad que la dejó sin palabras: *Má, quiero tener, tener mucho para compartirlo todo.*

Aunque en el transcurso de su infancia la madre le regaló gallinas, un pavo, un marrano e incluso un ternero, los primeros animales que Doncel compró, de su propio bolsillo, fueron cinco pollos. Para adquirirlos, Doncel trabajó en el establo de la finca del abuelo materno durante dos semanas. De ahí en más, los cuidó mejor que a sus hermanos. Los alimentaba con el mejor maíz que conseguía y les ponía música de Alejo Durán con el objetivo de que no sufrieran ningún tipo de estrés.

Al cabo de cien días (la abuela le había dicho que ese era el tiempo que debía esperar para garantizar mínimo

tres kilogramos) Doncel amarró los pollos y salió a venderlos. Corría el mes de junio y la excusa que tuvo para vender la pequeña pollada fue el día del padre: "Hágale el sancocho a su papá con pollo 100% natural", "Su papá se sentiría orgulloso de que usted apoya a los pequeños productores", "Si a su papá se le rompe un hueso en la boca le devuelvo la plata y le encimo otro pollo", decía Doncel, mientras caminaba por veredas alledañas.

La ganancia fue a parar a una improvisada alcancía que el mismo Doncel fabricó usando como base una caja de zapatos. Guardó hasta el último centavo y se dirigió al establo a pedir más trabajo. Su abuelo le dijo: ¿y el estudio qué? Y Doncel respondió: Mire abuelo, usted no estudió y mire todo lo que ha logrado, déjeme ayudarle que yo quiero ser como usted.



El día que Doncel cumplió treinta y cinco años toda la familia, amigos y vecinos se reunieron para celebrar su vida. Eran tantas personas que tuvieron que matar cuatro reses. En el discurso de agradecimiento, Doncel no solo correspondió el cariño de su gente, sino que también dejó claro que su trabajo para con la tierra solo tenía sentido si podía ser compartido y que el tremendo agasajo era una muestra de eso.

Para ese entonces, Doncel contaba con setecientas cuarenta cabezas de ganado, varias decenas de caballos de paso fino, diversas fincas de metros incontables y era

un hombre reconocido y admirado en la región. Atrás habían quedado esos episodios violentos que por momentos hicieron tambalear su potentada proyección. Todo el mundo se mataba entre sí. No había tregua. No solo era la muerte y la desaparición física, sino la crueldad: entre más brutal y desalmada fuera la forma de acabar con el otro, mejor. No obstante, Doncel siempre se mantuvo al margen de la infamia, hasta que un día esta tocó su puerta.



Doncel se deshizo de la desconfianza y explicó a los hombres que él no tenía nada que ver con ningún bando y que su única labor era la de trabajar la tierra y ayudar a la gente. Que preguntaran por él en la región y todo el mundo les iba a decir lo mismo. Los hombres terminaron la conversación pidiéndole una plata mensual para garantizar su seguridad y, de paso, ayudar con la causa antiguerillera. Doncel se negó a dar dinero.

Días después tocaron su puerta otros hombres. Le preguntaron que qué tenía que ver con las personas que había atendido la semana anterior. Doncel dijo exactamente lo mismo y añadió: no tengo porqué cerrar las puertas de mi casa a la gente que quiere venir a conversar conmigo sobre los problemas locales. Los hombres usaban palabras raras para Doncel: lucha de clases, igualdad, oligarquía, terratenientes. También le pidieron plata y Doncel, también, se negó.





Doncel siguió trabajando. Compraba, criaba y vendía animales. También comercializaba ropa y enseres que traía de Medellín o de Montería. Una madrugada, Doncel decidió salir a pescar al río con Pancho, su hombre de confianza. El sol aún no salía y se escucharon varios balazos. La tibia madrugada se volvió un hielo en los ánimos de Doncel. En la canoa había suficiente pescado. Las atarrayas estaban copadas de peces de todos los tamaños. Doncel y Pancho volvieron a casa y guardaron silencio el resto del día.

En aquella época, nadie pensaba en la maldad. Todos eran buenos amigos y vecinos. La comida sobraba y la gente no se enfermaba tanto. Nadie sabía qué era el paludismo o la malaria. No obstante, cuando alguien se enfermaba todo se curaba con hierbas. El dolor de barriga lo curaban con una bebida, para la culebra una bebida, y así con cada dolencia. Pero lo que no tendría cura sería la violencia, esa enfermedad que se convierte en noche eterna, en dolor insondable.

De una vida apacible, Doncel pasó a experimentar la zozobra. Aprendió que el miedo se transmite en silencio. Y que es como un virus que todo lo carcome a su paso. Toda la gente que lo rodeaba permanecía tensa. De repente un conflicto político-ideológico mutó en una guerra contra todo el mundo.



Doncel empezó a chocar con los grupos. Veía cómo la violencia se hacía de la región y muchas personas abandonaban sus tierras. La cuestión era obvia: Doncel tenía tanta tierra que era sospechoso de haberla conseguido por mala vía. Tanto para unos, como para los otros. Le decían explotador y latifundista. Le gritaban tacaño y guerrillero. Doncel no entendía por qué tanta hostilidad si él lo único que había hecho a lo largo de su vida había sido ayudar a los demás.

En un cuaderno viejo Doncel tenía anotada la cantidad de animales que había regalado a amigos, vecinos y campesinos sin esperar nada a cambio. También las parcelas que había cedido a campesinos pobres para que se pusieran a trabajar. Las campañas médicas que había traído a la región. Las reformas viales y de luz eléctrica que había gestionado para el beneficio común. Muchas personas que eran amigas cambiaron totalmente y dejaron de hablarle. Doncel descubrió que le tenían rabia.



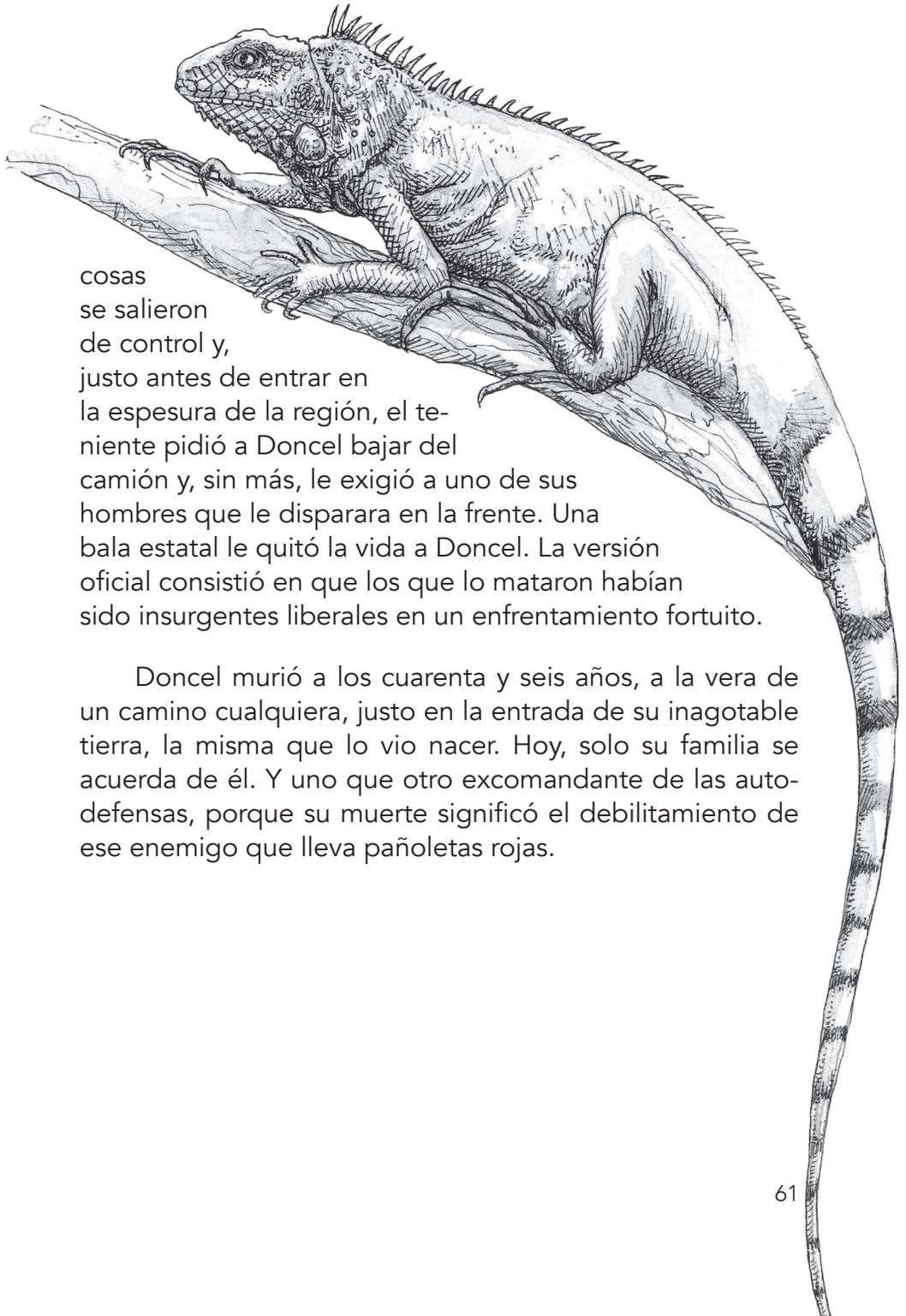
Un día las amenazas y presiones estallaron. Aparecían muertos de la nada y todo el mundo miraba para otros lados. Quemaban casas, mataban animales, pintaban lemas de guerra. Ejércitos de varios colores, con discursos diferentes jugaban al control. Antiguos campesinos mutaron en guerreros. Causas opuestas: unos por el dinero y el territorio, otros, por la libertad y la igualdad. No había licencias. Tomar partido significaba beligerancia.

Doncel y su familia tuvieron que salir obligados de la región, apenas con lo que llevaban puesto. Las guerrillas liberales lo consideraban objetivo militar y los nacientes grupos de autodefensas una amenaza al pretendido equilibrio territorial. De cualquier manera, todos los actores pedían lo mismo: dinero, apoyo, tierras. Peticiones nunca asumidas. Obligaciones que acarrearón su desplazamiento.

Más temprano que tarde, con la necesidad de recobrar el sentido de su vida, Doncel empezó a relacionarse con capitanes del Ejército y políticos de turno. El objetivo: buscar ayuda para recuperar sus tierras y luchar conjuntamente en contra de quienes lo habían sacado. Lo que no intuía Doncel era que de esta forma estaba tomando aquel partido que había evitado por años. Si no estaba de acuerdo con nada que se saliera de la ley, entraría a participar de la misma con la palabra justicia tatuada en su mente.

Doncel se involucró tanto con los entes estatales que empezó a sentirse un militar más. Gastó una fortuna apoyando brigadas de patrullaje y hasta planes de inteligencia. Daba dinero a uniformados para que se pusieran de su lado y lo ayudaran. Una tarde, en reunión con un capitán del ejército, Doncel propuso una fecha para ir a su tierra y recuperarla. En el transcurso de los días siguientes se concretó la acción militar.

Cuando el día llegó, Doncel se vistió de verde y, desde que salieron del batallón, empezó a producirse un altercado con un teniente. Doncel no estaba de acuerdo con la logística que el teniente planteaba para entrar a su tierra. Las



cosas
se salieron
de control y,
justo antes de entrar en
la espesura de la región, el te-
niente pidió a Doncel bajar del
camión y, sin más, le exigió a uno de sus
hombres que le disparara en la frente. Una
bala estatal le quitó la vida a Doncel. La versión
oficial consistió en que los que lo mataron habían
sido insurgentes liberales en un enfrentamiento fortuito.

Doncel murió a los cuarenta y seis años, a la vera de
un camino cualquiera, justo en la entrada de su inagotable
tierra, la misma que lo vio nacer. Hoy, solo su familia se
acuerda de él. Y uno que otro excomandante de las auto-
defensas, porque su muerte significó el debilitamiento de
ese enemigo que lleva pañoletas rojas.

El tiempo de la selva

Catalina Serrano Pérez

Su abuela había muerto sin dejar otro recuerdo que el nombre de dos caseríos a pocos kilómetros de allí. Su legado había sido un pueblo. Una pequeña planada de casas al final del mundo, de la que pocos sabían su existencia. Un diminuto legado que para algunos era tan grande como el mundo entero.

Con los años el caserío creció. Llegó a ser un corregimiento con al menos cinco vías de tierra transitadas por ejércitos de motos. Tenía una plaza central, una cancha multideportiva y niños y jóvenes que la deambulaban con las sudaderas verde limón que funcionaban como uniforme para la escuela. En la plaza se celebraban carnavales y concursos de mapalé para los que se ensayaba durante meses. Como todo pueblo, tenía también sus cantinas en madera y bloque, su puesto electoral cada vez que había elecciones y un puente amplio para llegar hasta allí. El puente, sin duda, era la mayor prueba de existencia de este sitio. Era alto y de estructuras metálicas grandes y amarillas, atravesaba el caudaloso río y conectaba con las carreteras del resto de la región.





La abuela llegó a este lugar en la plena mitad del siglo XX, cuando todo era monte. Era uno de los grupos de familias que fue entrando al bosque en medio de la guerra. Ella ayudó a montar un campamento que sirvió como refugio a viajeros que compartían el mismo rumbo. De esta forma, la familia se fue organizando. De vez en cuando subían viajeros con informaciones que ponían en jaque la paz familiar. A veces la información viajaba de tan lejos que se requerían de a dos o tres relevos para que alguna persona llegara a donde se encontraba la abuela.

La mayoría decía que ella había sido guerrillera, otros sencillamente no lo sabían, y es que con el paso del tiempo sus historias se iban mezclando y tergiversando. En lo que todos coincidían era en que la abuela había tenido dos maridos y nunca tuvo miedo de usar el machete con la diestra o la siniestra. En su honor la cancha del pueblo fue bautizada con su nombre.



Eduardo, por su parte, llevaba una vida mucho más tranquila que la de su abuela. Pasaba las tardes en la hamaca o reparando cosas en el taller de la finca. A sus 24 años todavía no se casaba y las muchachas dispuestas no faltaban. Pocas cosas inquietaban a Eduardo, casi ninguna. Su rostro impassible no llegó a tener nunca las marcas de la edad, ni en ese entonces ni pasados los años. Esta condición especial le valió el apodo de Viejoniño, con el que se le llamó tantas veces que llegó a olvidarse de su verdadero nombre. Viejoniño era el quinto de trece hermanos, por lo

que su particularidad pasaba desapercibida en medio de las personalidades variopintas de los otros doce.

Lo único que desvelaba a Viejoniño era la cacería. Después de las labores matutinas que toda finca familiar necesitaba, se sentaba junto a sus perros de patas negras y blancas, les daba baños con preparados de hierbas para que mejoraran su olfato, les pulía las uñas y les untaba con aceites las patas. Eran perros entrenados para cazar en el bosque. Minuciosamente seleccionados al nacer de entre las fincas de sus vecinos, las que Viejoniño visitaba cada vez que le llegaba la noticia de una perra recién parida. Prefería los cachorros de pelo corto, pegado al cuero, para que se deslizaran con más facilidad entre las empalizadas. Los de orejas largas, servían para seguir el rastro con la nariz pegada al suelo y los de ojos miel brillante eran elegidos por su avidez para encontrar el rastro del saíno en las corrientes de aire.

Esa fue la juventud de Viejoniño: el trabajo en la próspera finca familiar y las tardes de inmersión en sus perros y en la cacería. Salía cada tanto con sus hermanos para internarse en el monte y regresaba con saínos, armadillos y ñeques que se sumaban a la abundante y diversa oferta alimenticia que les proporcionaba la finca. A veces se internaba solo y, a riesgo de un encuentro con el tigre, pasaba horas, días y noches cautivado por el espesor de la selva. Su mundo interior era un misterio que pocos conocían y que tal vez solo se revelaba, tan profundo, tan brillante y despierto, en los intersticios más oscuros de la manigua.

De las pocas veces que Viejoniño se veía cautivado con un acontecimiento de este mundo era cuando Juvenal Domínguez visitaba la finca de sus padres. Aquel hombre de mediana edad iba y venía por toda la región trayendo noticias, objetos y productos de interés para todos. Se decía que había heredado el secreto de un viejo curandero que había visto en su persona el talento y el espíritu para custodiarlo. Por eso, cada vez que alguna persona era mordida por una serpiente venenosa, sus familiares acudían presurosos a Juvenal, que luego de baños de hierbas recitaba el secreto al oído del afectado y con esto empujaba el veneno fuera de la herida, salvando así aquella vida de una muerte segura.

Viejoniño y Juvenal eran buenos amigos, motivo por el que las visitas de Juvenal a la finca podían extenderse por semanas. Cada vez que Juvenal llegaba, Viejoniño se abalanzaba con cientos de preguntas sobre los acontecimientos de los caseríos vecinos y sobre los nuevos productos que comercializaba. Juvenal, que consideraba esas semanas en la finca como su temporada de descanso, se deslizaba en conversaciones interminables con Viejoniño, que iniciaban con los chismes que a toda la familia interesaban y terminaban con disertaciones profundas a propósito de las propiedades aromáticas de las plantas.

De esta forma fue que Juvenal propuso a Viejoniño la idea de internarse en el bosque hacia el norte. En aquella visita Juvenal traía, como los viajeros a los que alimentaba la abuela, importantes razones de más abajo, de las que podría depender la vida de toda la familia. Sin embargo,

esto no se llegaría a comprender en ese momento, incluso Viejoniño jamás llegaría a percibir la magnitud de lo que sus ojos verían. Para la vida tranquila que el destino quiso otorgarle, todo aquello no dejó de ser más que un mal presentimiento sobre el futuro, un futuro que iba más allá de su vida misma y de los años que caminaría sobre la tierra. Un futuro que le pertenecería a sus hijos y a los hijos de sus hijos.

Se fueron entonces con sus tres perros. A la familia le comentaron de un asunto de caza, pues jamás comprenderían los motivos de su partida. Ellos mismos no tenían claridad sobre lo que esperaban encontrar, por lo que de madrugada salieron siguiendo el antiguo camino que sus padres habían abierto para el tránsito del ganado y, desviándose en algún punto hacia el nororiente, se internaron varios días en la selva. Al atardecer del quinto día empezaron a encontrar señales de habitación humana. Con sigilosa caminata se acercaron hasta lo que parecía una hacienda de tierras bajas, instalada extrañamente muy adentro de la selva.

Al acercarse, vieron por primera vez la luz eléctrica que alumbraba el interior de una gran casa de altas paredes blancas. Mientras ellos se refugiaban cubiertos bajo el grueso manto de la selva nocturna, allá afuera varias decenas de hombres y mujeres departían en medio del estruendo musical, y alumbraba una piscina de lozas claras coronada con blancas estatuas, ¿Qué era eso?, se preguntaba Viejoniño acostumbrado a los alrededores de su finca, donde nada realmente nunca cambiaba. Aquella visión

de otros tiempos llamaba la atención por su blancura, su galantería y sus armas. Años después sus hijos llegarían a conocer ese lugar como El Diamante.

El destello de aquel diamante, sin embargo, se sentía como un rayo de luz que atravesaba el pecho. Una espina cargada. Protegidos por la selva y por su propia intuición, los viajeros guardaron silencio expectante casi toda la noche, y se retiraron en silencio de allí, sorprendidos y sin poder asimilar todo lo que habían observado. Años después aquel lugar quedaría cubierto por miles de metros cúbicos de agua, tras una gran inundación que cambiaría el porvenir de toda la región, borrando pueblos y montañas enteras del mapa. Viejoniño y Juvenal, que no sabían todo eso, sintieron en aquel momento un sabor amargo que se instalaría para siempre en sus gargantas.

Cincuenta años después de esa visita, frente a las ruinas del Diamante, que no duró más de veinte, los hijos menores de Viejoniño llegarían con sus familias buscando trabajo como obreros para el llenado de la represa, cuando de la próspera finca no les hubieran dejado sino las cenizas y ellos no fueran más que un rastro de familias tristes que deambulaban sin rumbo en medio de aquellas montañas.

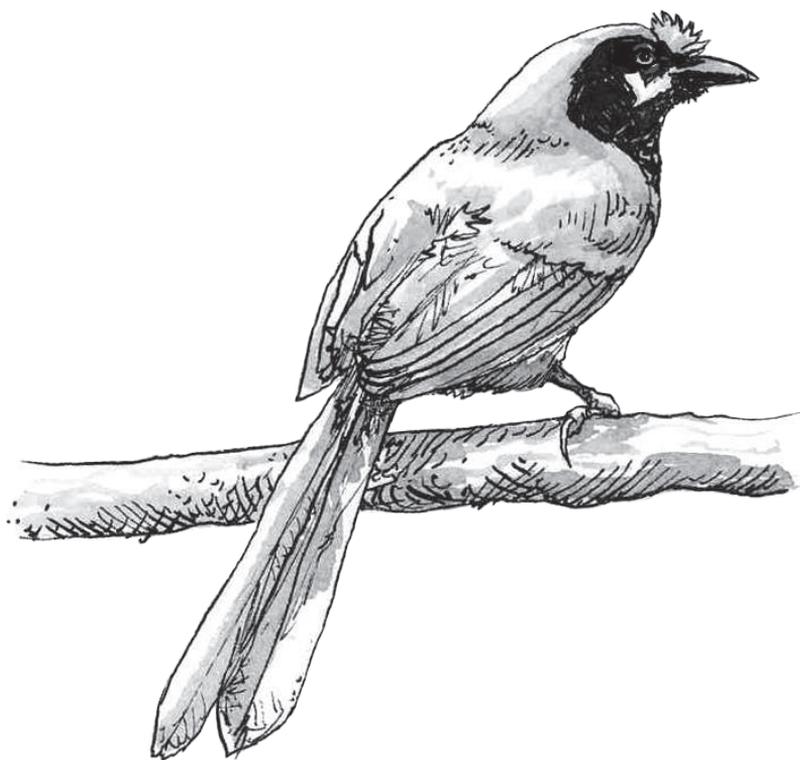


De regreso a la finca el viaje se hizo largo y silencioso. Abstraídos, cada uno intentaba darle un orden lógico en su mente a lo que había visto. Con el pasar de las horas y



los días fue evidente que el retorno les estaba costando el doble de tiempo, ambos lo sabían, pero ninguno se atrevió a decir ni una sola palabra, sus mentes se mantenían ocupadas yendo y viniendo sobre lo acontecido. Fueron tantos los esfuerzos que cada uno hizo por explicarse aquellas visiones, que al final lo más sencillo fue dejar que la vida pasara sin decir nada. Con la ilusión de que al borrarlo del lenguaje se borraría del pensamiento. Aquel viaje llegó a ser no más que un recuerdo lejano de la única vez que a Viejoniño se le perdió uno de sus perros entre la montaña.

Juvenal, que regresó varias veces a la finca, después de un tiempo no los visitó más. No fue por rabia, ni por descuido, simplemente un día sin darse cuenta pasó a ser un desaparecido. Compartía su situación con mucha gente, por lo que no fue sorpresa que su nombre pasara al olvido y, con él, su secreto para sanar heridas de serpiente. Así pasa con todo en estas tierras: se inunda, se desaparece, se esfuma del mapa. Si uno se descuida, al final no queda ni una piedra sobre la otra. Los nombres de los pueblos se hacen invisibles en la oscuridad de la manigua y permanecen allí, titilando, a la espera de que alguien los reclame como propios, de que los tome con sus manos y los ubique en su futuro. Aquellos pueblos de la selva, siempre titilantes en medio del olvido.



The background of the entire page is a dense, repeating pattern of thin, wavy, horizontal lines. These lines are slightly irregular in their curvature, creating a textured, water-like effect. The lines are black on a white background.

Fuego bajo la ceniza

G Jaramillo Rojas

1967 fue un año tenso como cable de electricidad. En nochevieja, Jaime Rendón brindó con toda su familia. Uno a uno abrazó y deseó lo mejor. A nadie extrañó el entusiasmo de Jaime. Por el contrario, él se caracterizaba por llevar impresa en su rostro una interminable sonrisa. Al día siguiente, primero de enero, cual gesta cubana, Jaime tenía un plan: abandonar la comodidad de su vida y, así, entregarse a sus ideas.

Jaime Rendón tenía el justo devenir del país en su cabeza y, para eso, debía ungir sus manos de acción. ¿El objetivo? Arrebatarse el poder a la oligarquía desatando una guerra popular. Jaime había usado cada día del año para llevar a cabo un concienzudo y estricto tránsito entre la simple resistencia y la concreción de la lucha revolucionaria. En otras palabras: en 1967 Jaime pasó de ser un combatiente liberal para convertirse en un guerrillero comunista. De cualquier manera, la confrontación armada ya formaba parte de su imaginario político y, de lo que se trató puntualmente fue de una reestructuración filosófica que no le hizo cambiar de pensamiento, sino más bien, según él mismo, afianzar y pulir el que ya tenía instaurado.

No obstante, Jaime había dejado de lado la ínfula facciosa y un par de años atrás había depuesto las armas más como una forma de supervivencia en un contexto en el que la palabra hostilidad se quedaba corta. La resistencia se había desarrollado orgánicamente. Para nadie era un secreto que los campesinos del nororiente colombiano se dedicaron fue a no dejarse matar y esta circunstancia implicó el desarrollo de la autodefensa como maniobra tanto de aguante como de orgullo. Jaime sabía que sus años de resistencia le habían hecho ganar algo que de otra manera jamás habría podido obtener: la vida. Él, por una parte, entendía muy bien que estaba vivo por haber luchado y, por la otra, que él no se volvió guerrillero porque sí, sino que básicamente lo habían obligado a convertirse en tal.

La deposición de armas que llevó a cabo Jaime fue una estrategia a mediano plazo. Corría el año 1965 y Jaime viajó a Montería por asuntos personales y fue en un quiosco en el que conoció a un inspector de policía que rechistaba constantemente del gobierno conservador. Se conocieron tomando cerveza. El inspector dejó clara su preocupación en torno a lo que sucedía y planteó la posibilidad de armar un grupo insurgente en la tierra de Jaime, aprovechando que es una zona de difícil acceso gracias a la complejidad de su geografía. Jaime regó su pasado en medio del tufo cervecero y se alineó con el inspector. La borrachera fundó un nuevo ánimo.

No era fácil entrar en una región tan hermética. El trabajo de campo o, mejor, el trabajo ideológico, debía

ser delicado. Por tantísimo dolor, los campesinos se mostraban desconfiados de lo foráneo, puesto que habían sido siempre los agentes externos los que habían forjado la zozobra y el engaño. En conversaciones y borracheras posteriores, el inspector y Jaime acordaron la forma de entrada en las comunidades del Alto Sinú: escuelita por aquí, escuelita por allá. La acción pedagógica permitiría labrar consciencias nuevas, no beligerantes, sino más bien reflexivas y sensatas. Así funcionaba la convicción de los nuevos amigos.

En 1967 se fundó formalmente la guerrilla. Muchas de las armas fueron entregadas por Jaime, que las había enterrado en una esquina remota de la finca de su gran amigo Arcesio Buenaventura: ocho fusiles, una carabina punto 30, cuatro carabinas 22, unos 500 tiros y dos brújulas chinas. Lo necesario para emprender el alzamiento. No un sueño cumplido, sino una misión que abanderar.

En sus primeros años de adolescencia, Jaime creyó fervientemente que el trabajo asalariado era la salida y en breve descubrió que era una mentira gracias a su trabajo como obrero ferroviario. Allí conoció a enormes figuras del sindicalismo colombiano que le enseñaron todos los mapas disponibles para llevar a buen puerto la lucha. Presenció la represión y la sangre derramada en las zonas bananeras y, una vez, desempleado y amedrentado por tanta sinrazón, se enlistó en el ejército en busca de un futuro del que no tardó en desilusionarse.

Aquellos años vertiginosos le permitieron a Jaime conocer, desde la entraña, ambos bandos del paisaje nacional, y comprender las dinámicas de funcionamiento, tanto discursivas como prácticas. Al volver a su tierra, con una mano adelante y otra atrás, con un montón de pensamientos encima y una realidad encendidamente abrumadora, Jaime decidió lanzar una moneda de cincuenta pesos al aire: si caía sello se devolvía a Medellín (ciudad en la que había prestado el servicio militar) a sobrevivir o, si caía cara, se quedaba en su tierra (San Jorge) a vivir. La moneda dio dos veces consecutivas cara y Jaime se quedó. Fue su labor como agricultor y criador de cerdos la que le hizo relacionarse con muchas personas de la región que posteriormente se volvieron compadres de vida y, después, compañeros de resistencia liberal, para desembocar en camaradas guerrilleros.

Las cosas empezaron a pintar rojas, tanto de sangre como de pensamiento. En medio de uno de los tantos embates conservadores, Jaime recibe una carta de un comandante liberal del Casanare en el que pide que se luche conjunta y permanentemente contra la dictadura instaurada por Mariano Ospina Pérez y Laureano Gómez. Enseguida Jaime reunió a la gente más comprometida de su pueblo para contarles lo de la carta. Uno de los asistentes lo denunció ante el inspector por "estar lavando cerebros en contra del gobierno y fundando guerrillas". El inspector no tardó en aterrizar en la finca de Jaime y le revolcó todo hasta encontrar la dichosa carta. Así lo incriminó: Jaime fue enviado a prisión por rebelión, aunque la verdad consistía en que fue encarcelado por liberal.

En prisión Jaime fue ejemplar. Rápidamente se hizo de un cargo de quinta categoría que radicaba en cuidar las puertas de su patio y notificar movimientos extraños. Esta experiencia le sirvió para ir ideando su escape, ocurrido una despejada noche de verano. Jaime simplemente desapareció y se ocultó por meses en las montañas del nudo de Paramillo. A su escondrijo sólo le llegaban alimentos y noticias de la forma como lo buscaban los conservadores —Liberal, algún día cogemos tu cabeza y bailaremos sobre tu tumba—. Jaime nunca más podría dedicarse a la agricultura. Él, que jamás había peleado con nadie, que solo deseaba cosas buenas a toda la gente que conocía, se había convertido en un perseguido político. La suerte estaba echada: no tenía nada que perder, pero sí mucho por vengar.

El Sinú dejó de ser simplemente su casa y se convirtió repentinamente en su causa. Jaime encontró cientos de personas que ya habían dado el viraje hacia la resistencia. Le hicieron fiesta y le pidieron que ayudara a organizar una guerrilla. Jaime no dudó. Coordinó reuniones y puso en práctica todo lo aprendido en su época de obrero y sindicalista. El primer nombre que se le ocurrió fue Divisa Roja y su principal lema era “moral sin ley contra ley sin moral”.

Si el Estado conservador no respetaba nada y arrasaba con familias enteras, violando y descuartizando mujeres y niños, Divisa Roja sí respetaría esos preceptos y solo iría a la lucha hombre a hombre. Así fueron cinco años en los que Jaime lideró en el sur de Córdoba, lo que devino consecutivamente en las Juntas Patrióticas de Liberación, una organización más de supervivencia y autodefensa que de



agresión constante. No eran más de cincuenta hombres, de los cuales apenas una treintena estaba armada. Los otros improvisaron con palos y correas armas de juguete que a lo lejos podían pasar como fusiles de verdad.

El primer combate sucedió en Dabeiba y ningún liberal murió, pero sí siete policías. Al cabo de un par de meses, en otro enfrentamiento, también salieron ilesos, mientras del lado policial cayeron doce. De ahí en más se posicionaron en el Llano del Tigre, lugar que funcionaba como guarida de descanso y entrenamiento y, lo mejor, como despensa.

Uno de los episodios que más marcó la consciencia de lucha de Jaime, tuvo que ver con una acometida conservadora que terminó con un bebé de dos años con la cabeza estallada sobre una enorme piedra, mientras los victimarios reían desaforadamente al ver el desespero de su madre. Ese día Jaime se dio cuenta de que su reyerta estaba establecida en contra de auténticos monstruos y en favor de los más repulsados, y que, en adelante, no desperdiciaría un sólo minuto de su vida para contrapesar toda la perversidad recibida.

En la época de Rojas Pinilla, Jaime empezó a pensar en la posibilidad de amnistiarse. El nuevo presidente de la república permitía a las guerrillas liberales reincorporarse a la vida civil. Jaime no desaprovechó la oportunidad e intentó volver a la agricultura, pero fue imposible: le ofrecieron trabajo como inspector de policía y él aceptó y cumplió a cabalidad y con honores su labor, hasta que

cuatro años después del nombramiento lo sacaron sin decirle nada. Jaime volvió a San Jorge y se dedicó al comercio con aparente calma, pero los hostigamientos volverían a aparecer y lo arrastrarían, una vez más, hacia las brisas revolucionarias.

Fue en los meses en los que iniciaba esta nueva insurrección que Jaime se encontró en Montería con el inspector de policía que lo alentó a organizar el territorio con el tema de los maestros y las escuelas. Jaime no sólo era un hombre reconocido, sino muy admirado. La gente confiaba en él. De una forma silenciosa, Jaime empezó a llamar a la creación de comités de acción, con el objetivo de crear células ideológicas que dieran forma a la proyección de una guerrilla que superara la autodefensa y que se concentrara en una lucha organizada, capaz de hacer frente a las ofensivas conservadoras de una forma multilateral, orientada por preceptos filosóficos y políticos que ostentaban, a largo plazo, la ilusión de tomar el poder. Así se fueron incluyendo nuevas palabras en la jerga revolucionaria: imperialismo, burguesía, terratenientes. Así como también nuevas figuras, algunas cercanas y otras más que lejanas: Che Guevara, Fidel Castro, Marx, Lenin, Mao. La maquinaria partisana, sin que lo pudiera certificar Jaime, ya estaba en marcha y empezaría a llamarse EPL.

Jaime no podía creer el apoyo que recibía el movimiento. Gente hacía favores sin que fueran pedidos, llegaban donaciones de comida, cosían uniformes gratis, se fundaron periódicos, había gente dispuesta a prestar servicios de vigilancia y hasta de espionaje sin pedir nada a

cambio. Era el desarrollo de la solidaridad de clase y, naturalmente, la consolidación de la pretendida consciencia campesina. Para ingresar sólo hacía falta jurar mirando hacia el horizonte de la tierra amada: ¿Jura usted por la patria y por la revolución luchar con su compañero hasta el final? Todo se centraba, primero, en labores de lucha y, después, en labores políticas, con el auspicio de largas jornadas de debate y comprensión doctrinal. Era la ejecución de la revolución, una revolución hacia el socialismo que tenía que, sí o sí, desembocar en la construcción de una nueva sociedad. Una sociedad paradisiaca, sin alcaldes, ni policías, ni cuarteles, sino con hombres libres e iguales, forjados en centros de educación popular. En el noroccidente colombiano estaba el fuego bajo la ceniza.

Jaime seguía al frente de la Junta Patriótica del sur de Córdoba. Desde allí, lejos de los combates, se dedicaba a la política. Un día le invitaron a viajar a la República Popular China, pero por problemas con el visado terminó yendo a Albania, país que le convenció totalmente de que sí era posible un mundo nuevo, sin ricos y con los privilegios de la tierra, el esfuerzo y la inteligencia humana bien repartidos. Al volver al país Jaime trajo consigo la responsabilidad que le faltaba: fomentar aquella nueva y suspirada realidad.

Pasó una década y ya Jaime estaba casado no sólo con la revolución, sino con una hermosa mujer que había perdido a sus dos primeros esposos en la causa guerrillera. La conoció mientras ella dirigía un comité de salud dedicado a guerrilleros heridos en combate. La invitó a tomar





tinto una, tres, diez, veinte veces, hasta que por fin ella cedió a acompañarlo a un combite. Allí, entre bailes y guarapos, le declaró sus afectos recitándole los mejores apartes de la conferencia sobre el amor que Lenin dictó en la Universidad Comunista Sverdlov en 1919. Ella no resistió el romanticismo colombo-bolchevique y le dio el sí. Jaime recuerda que celebraron la unión durante cuarenta y ocho horas seguidas, justamente en la víspera de un aniversario de la independencia colombiana.

El tiempo empezó a pasar factura y los quebrantos de salud llegaron, inesperados, a pregonar el cambio generacional. Después de varios años de combativo matrimonio, Jaime y su esposa se retiraron a presenciar cómo el mundo que habían soñado se alejaba cada vez más de la realidad posible. Cómo todo viraba en la dirección contraria a la que ellos habían apostado su vida. En los albores de los años noventa, Jaime y su esposa seguían creyendo que todo es cosa de organización, y que la guerra nunca termina hasta que no se cumplen los cánones que la inventaron, tanto de una parte o de la otra. O se gana o se pierde. Ganar es estar vivos, perder es morir en la guerra. Algo ganaron, aunque no sabían muy bien qué, si de estar vivos se trataba, capaz era porque en el fondo había algo más. De lo contrario, daba igual el cementerio, alguna fosa común o la simplicidad del olvido.

Muchos años después de aquel definitivo cara y sello y, con el proyecto político revolucionario naciente, Jaime ya tenía claro que todo el esfuerzo compendiado tenía sentido si se lograba cambiar radicalmente el rumbo de la

región y, por supuesto, del país. Mientras abrazaba a sus seres queridos, el último día de 1969, Jaime no dejaba de pensar en el sacrificio y compromiso que se le venía encima. El reloj marcó las doce de la noche y la música alegre del año nuevo resonó en sus oídos por última vez. Fue su madre la que le dijo: Hijo, la vida son problemas, un hombre sin problemas ¿para qué vive? De los problemas hay que sacar ideas capaces de transformar esos problemas en soluciones; y vivir, vivir para siempre, con los demás, en los demás y para los demás. Jaime no sabía que esa era la sentencia de su destino.

De campesino a tantas muchas otras cosas mutó Jaime Rendón. La violencia nunca fue una elección, sino una escueta obligación que supo transformarse en porfiada vocación. Violencia que se convirtió en idea. Idea que se convirtió en acción. Acción que se convirtió en guerra. Guerra que se convirtió en verdad. Verdad que se convirtió en vejez. Vejez que frustró todo. Colombia nunca fue como Albania y Jaime, sentado en alguna orilla del río Sinú, con una cerveza en su mano izquierda, no puede perdonárselo.

Agradecimientos

Agradecemos a la comunidad de la vereda de Santa Anita, municipio de Tierralta, por abrirnos las puertas de sus casas. Por la generosidad a la hora de reconstruirnos sus historias y vidas extraordinarias. Al Cinep por invitarnos a reflexionar en torno de la Teología de la Liberación. A los investigadores e investigadoras que, a lo largo del tiempo, han formado parte de este inagotable tejido. Por último, al ICANH, por el estímulo que otorgó para llevar a cabo este ejercicio de divulgación etnográfica.

Una iniciativa de:

Catalina Serrano

En alianza con:

G Jaramillo Rojas

Título investigación original: “Los campesinos del Nudo del Paramillo, despojo y reproducción de la vida en una región de frontera agraria” investigación ganadora de los estímulos del ICANH 2020.

© 2020, Catalina Serrano

Edición, diseño, ilustración y encuadernación:

Biblioteca Popular Bruce Lee

Editor: Nicolas Uribe Pantoja

Diseño: Mónica Mejía

Ilustración: Juan Pablo Calle Del Llano

Encuadernación: Nicolás Uribe Pantoja,

Margarita Tobón y Juan Alejandro Correa



Esta edición artesanal de **Aunque se acabe este mundo o nuestras vidas** se terminó de ilustrar y diagramar en diciembre del 2021. Para el cuerpo del texto se utilizó la tipografía Avenir diseñada por Adrian Frutiger, papel Bond de 90g para interiores y Propalcote 240g para su cubierta. Libros hechos a mano en el taller casero de la Biblioteca Popular Bruce Lee entre diciembre del 2021 y febrero del 2022, en Cali, Colombia. El tiraje consta de 100 ejemplares numerados:

